CORONA

POÉTICA

DE

DA. MARIA

CRISTINA

DE BORBON

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia
F Madrazo

N.º de la procedencia

Had /393

CORONA POÉTICA

DE

DOÑA MARÍA CRISTINA DE BORBON,

REINA DE ESPAÑA.

CORONA POÉTICA

DE

DOÑA MARIA CRISTINA DE BORBON,

REINA DE ESPAÑA.

MADRID,
IMPRENTA Y ESTEREOTIPIA DE M. RIVADENEYRA,
calle del Duque de Osuna, número 3.

1871

63202

DOÑA MARÍA CRISTINA DE BORBON.

«Al considerar á la nueva Reina, jóven, bella, instruida, amable, la nacion la habia mirado con cariño y la habia saludado con fe, como á la aurora de un porvenir hermoso. . . . . .

. . . . . .

»Oyóse nuevamente la gran voz de las musas españolas, no envilecida con ecos humillantes, sino proclamando á los vientos sus instintos de gloria, su confianza de regeneracion.»

(D. JOAQUIN FRANCISCO PACHECO, *Historia de la regencia de la Reina Cristina*, tomo I, pág. 167.)

I.

Si no existiera la inconsecuencia, si la injusticia y la ingratitud desapareciesen del mundo, los partidos políticos experimentarian una trasformacion completa, ó acaso y más bien desaparecerian ellos igualmente por entero de la haz de la tierra. ¡Hasta tal punto son en ellos de esencia aquellas dos malas cualidades! ¡En tal manera constituyen su primera y fundamental condicion de vida!

Hay fenómenos en la Historia que desconciertan todas

las previsiones de la prudencia, lo mismo que todos los cálculos de la política, porque no parece sino que en ellos están invertidas, como á placer, las leyes mismas de la lógica. Obsérvase, á veces, otra cosa todavía más singular: hay ocasiones en que esas leyes se ven simultáneamente cumplidas en unos puntos y quebrantadas en otros, sin que aparezca fácil de descubrir á primera vista la causa de tal contradiccion, la cual suele no patentizarse por entero, á ménos de que se vaya á buscar su clave en uno de los más tristes y vergonzosos secretos del corazon humano.

Han dicho algunos moralistas de mal humor que todo se perdona en el mundo ménos los beneficios recibidos; grave error, por cuanto la experiencia diaria nos acredita que tampoco se perdonan siempre los agravios, aunque es verdad que mejor y más frecuentemente se suelen perdonar éstos que aquéllos. Y sin embargo, hasta esta misma regla falla algunas veces, de lo cual tenemos un ejemplo insigne en la actitud que de treinta años á esta parte vienen guardando con D.ª María Cristina de Borbon los partidos políticos en España. Ni beneficios ni agravios han sido perdonados á esta augusta Señora: la que para tantos fué misericordiosa y confiada hasta el heroismo, no ha alcanzado benevolencia ni áun justicia sino de muy pocos. Los partidos liberales la han hecho expiar cruelmente los favores que de su mano recibieron; más cruelmente todavía se han vengado de ella los absolutistas, á quienes derrocó del poder; y hoy, como el primer dia, y durante toda su vida pública, el ódio de esta faccion pertinaz, implacable, vela sobre ella como un enemigo en la sombra, y da la verdadera clave de muchos graves sucesos ocurridos en estos últimos años. Ya, sin embargo, y áun de algun tiempo á esta parte, el buen sentido público ha empezado á ver más claro en la tan intencionadamente oscurecida *cuestion de la Reina Madre:* probe-

mos nosotros á esclarecerla todavía un poco más. No es otro el objeto de este escrito.

Para que resalte con toda claridad la razon de las anteriores observaciones, echemos una rápida ojeada retrospectiva sobre el estado político de nuestro país en los dias, ya remotos (hoy, sobre todo, que se vive tan aprisa), en que vino á ocupar el que fué trono de dos mundos la cuarta esposa de D. Fernando VII. Muchas veces, y con gran elocuencia, así en prosa como en verso, se ha hecho la pintura que aquí rápidamente vamos á bosquejar, y siempre ha sido perdida para el efecto *inmediato* de hacer justicia á la Reina CRISTINA; no será esta vez, probablemente, mejor aprovechada que lo fué en aquellas ocasiones; pero ¿qué importa? La rápida corriente de los sucesos se lleva las palabras y los escritos contemporáneos, y las momentáneas impresiones que dejan en el ánimo, siempre más ó ménos apasionado de la muchedumbre, pasan por él como la sombra de los árboles que crecen á la márgen de los rios pasa por encima de sus aguas sin dejar rastro alguno; pero bueno es decir siempre la verdad, áun cuando á primera vista parezca inútil. Siempre hemos creido que no hay verdades inútiles, y mucho ménos nocivas : sólo la mentira es inútil, sólo es nocivo el error. Digamos, pues, lo que de buena fe consideramos ser la verdad en el punto de que se trata.

II.

No vamos á escribir la vida de D.ª MARÍA CRISTINA DE BORBON; tampoco vamos á historiar los sucesos del largo y fecundo período en que, ó influyó poderosamente en ellos como esposa de un rey absoluto, ó los dirigió como regente y gobernadora del reino durante la menor edad de su au-

gusta Hija, ó asistió meramente á ellos, ya de cerca, ya más frecuentemente de léjos y en una especie de mal disimulado ostracismo. Privada de todo influjo eficaz sobre la cosa pública en la primera faz de este último caso, y con más razon todavía en la segunda, por motivos sobre que dan bastante luz la célebre carta de Montemor y otros documentos que es inútil recordar, hasta inoportuno sería traer á cuento en este breve escrito sucesos en que la Reina CRISTINA no tuvo participacion, limitándose, segun propio testimonio, á lamentarlos profundamente. Claro es como la luz que ninguna responsabilidad puede caberle en ellos ni en sus desastrosas consecuencias, tantas veces por ella previstas y formalmente anunciadas; pero del período en que no sólo influyó, mas dirigió y gobernó, y en el que tan gran responsabilidad echó sobre sí tomando la más valerosa iniciativa en reformas trascendentales, preciso será decir lo bastante para que se comprendan bien dos cosas: primera, el papel que en aquel período hizo la augusta protagonista de las composiciones poéticas que dan materia á este libro; segunda, el alcance, la significacion y hasta el verdadero valor, si no literario, por lo ménos filosófico y político, de esas mismas composiciones. Hácese esto último patente con un ejemplo.

¿Quién duda que la primera y más importante de todas ellas, el *epitalamio* del gran Quintana, no puede ser apreciado en todo lo que significa y vale, si no se tiene en cuenta el carácter de la época en que fué escrito y la índole de los sentimientos que le inspiraron? Mal pudiera comprenderse de otro modo la inmensa impresion que produjeron aquellos versos, de los que con razon puede decirse que, más que un notable escrito, fueron un gran suceso. Esta observacion es aplicable en cierta medida á las más de las composiciones insertas en este libro; todas, más ó ménos,

llevan hondamente impreso el sello de las circunstancias en que se produjeron.

Lo que sobre todo quisiéramos pintar con verdad es el estado de las ideas en España por los años en que empezó á influir en sus destinos D.ª María Cristina. Ya que no nos propongamos relatar ordenadamente los sucesos de aquella época, lo cual no cuadraria á la índole de este escrito, ni áun cabria en él, digamos cuál fué la marcha, ó más bien la lucha de las ideas en España desde 1829 hasta la mayor edad de la Reina Isabel, en que cesó legalmente la representacion política de su augusta Madre. De buena gana, si ésta fuese ocasion oportuna para ello, prolongaríamos aquella pintura hasta la funesta insurreccion militar de 1854, dirigida ostensiblemente contra la ya entónces muerta influencia de D.ª María Cristina, en realidad con otras miras, y que, de todos modos, y sea de esto lo que se quiera, fué la precursora y hasta el claro anuncio de la gran catástrofe de 1868, facilísima desde entónces de prever, y prevista con efecto por todos los entendimientos algun tanto perspicaces.

Decir, pues, cuál era el verdadero estado de los ánimos en 1829, en que llegó á España D.ª María Cristina de Borbon, cómo y en qué medida lo modificó su personal influencia; cuál fué el juicio que mereció á los diferentes partidos, y la verdadera opinion que por cierto tiempo alcanzó entre ellos; cuándo y por qué causas se divorciaron de ella los que en un principio fueron sus más ardientes amigos; y por último, manifestar de pasada la influencia que ese divorcio fatal ha tenido en el hundimiento de la dinastía borbónica, tal es el plan de este pequeño ensayo de crítica histórica contemporánea.

III.

Los que todavía alcanzan á recordar los últimos diez años del reinado de D. Fernando VII; los que los conocieron *de visu*, y no habiendo recibido de ellos ni beneficio ni injuria, pueden juzgarlos sin pasion (que por cierto vamos ya siendo relativamente pocos), convienen casi unánimes en que hay dentro de aquel decenio, no ya una transicion lenta, sino un verdadero salto de un estado político á otro muy distinto. Comparada la España de 1823, inmediatamente despues de la invasion francesa, con la España de 1833, á la muerte del Rey Fernando, se ve que media entre ellas un abismo. En el órden de los tiempos sólo las separan diez años; en el órden de las ideas las separa un siglo. Decimos mal: no uno, sino varios siglos han pasado sobre nosotros, en diferentes períodos de nuestra historia, sin traer consigo mudanzas tan radicales como las que nos trajo aquel breve espacio de tiempo.

Fácil es la explicacion de este fenómeno, más aparente que real: á la manera que un campo no sembrado continúa indefinidamente siempre el mismo, y otro que recibe el beneficio de la siembra y el de las consiguientes labores se cubre á cada año de nuevas mieses, así la España de los siglos XVI, XVII y XVIII, por ejemplo, poco ó nada varió en su manera de ser, y la de principios del siglo presente fué por necesidad tomando el nuevo aspecto que le daban las ideas sembradas en ella desde fines del pasado por los preparadores, los fautores y discípulos de la gran revolucion francesa de 1793. La parte que de las semillas por ella lanzadas sobre el mundo trajo el viento hasta nosotros, produjo el primer conato de trasformacion liberal en nuestro sue-

lo, de que fué informe é inaplicable producto la *Constitucion de* 1812. Por informe y por inaplicable, no ménos que por prematuro, en el sentido de que el país no estaba en manera alguna preparado para él, aquel primer conato debia ser, y fué en efecto, infructuoso; pero la semilla estaba lanzada, habia más ó ménos prendido en el suelo, ó siquiera en algunos terrenos privilegiados, y era seguro que habia de venir la cosecha más tarde ó más temprano. La prudencia y un bien entendido patriotismo aconsejaban cultivar y dirigir en provecho comun la nueva planta que inevitablemente iba á nacer; Fernando VII y sus ciegos consejeros, arrastrados por detestables pasiones, prefirieron atacarla con el hierro y el fuego, figurándose ¡insensatos! que serian poderosos á arrancarla de raíz, y á restituir las cosas al sér y estado que tenian en tiempo de Cárlos IV.

Tal es aún hoy la ardiente aspiracion de nuestros partidos abiertamente anti-liberales, por más que algunos de sus hombres importantes tengan el pudor de decir que no piden tanto. Otros, en cambio, no titubean en declarar cínicamente que pedirian gustosos un poco más.

Otras causas contribuyeron, á más de la general ya expuesta, á precipitar la trasformacion de nuestro régimen social y político, y la más activa de todas, la que podemos llamar decisiva, la que en cierta manera, por decirlo así, *condensó los tiempos*, ó más bien la accion de los tiempos, en los tres últimos años del decenio de que vamos hablando, fué, á no dudarlo, el tan poderoso cuanto benéfico influjo de la Reina Cristina. Cien y cien veces se ha proclamado esta verdad, no sólo en los cantos de los poetas, sino en los discursos de los más graves oradores, y hasta en libros formales y en todo linaje de sesudos escritos.

Aquellos á quienes esa verdad duele, los que ven en ella un terrible cargo contra D.ª María Cristina, la declaran

indudable; no así los que consideran, con razon en nuestro sentir, que la Historia consagrará algun dia como título de gloria inmortal para D.ª María Cristina el hecho de haber activado la restauracion de nuestras antiguas libertades. Para ésos aquella verdad es muy dudosa; escatiman su reconocimiento, y áun llegan á negarla audazmente, á favor de los más repugnantes sofismas.

IV.

Raíces de todos ellos son siempre, si bien se mira, ó una deliberada ingratitud, ó pensando más piadosamente, una obcecacion de entendimiento, que casi frisa en los límites de la locura, dado que locura es, y no otra cosa, obstinarse de buena fe en negar la evidencia. En materias opinables, lícita es y casi siempre útil la controversia; en punto á hechos patentes, no cabe más que admitirlos, reconocer su existencia, salvo el derecho que á cada cual asiste de calificarlos como mejor lo entienda. Compréndese que la pasion nacida del espíritu de partido intente amenguar la parte, así de alabanza como de censura, que pueda corresponder á la influencia personal de D.ª María Cristina en la regeneracion política de España, atribuyendo esa influencia á miras interesadas de madre y de regente del reino. Fácil nos parece demostrar que en semejante modo de ver las cosas habria siempre mucho de malevolencia sofística; pero al cabo se comprende que haya quien así discurra; lo que no se comprende es que se niegue aquella influencia, y no sólo porque es de suyo evidentísima, sino por otra consideracion, que corroborando en términos generales esa evidencia, la hace ademas pasar por una especie de crisol, de que sale todavía más luminosa y capaz de herir hasta los ojos más

obstinadamente cerrados. Permítasenos detenernos un momento en esta consideracion.

Hay en los partidos, lo mismo que en los individuos, un instinto que rara vez les hace traicion, y es el que les da á conocer, no precisamente lo que les conviene, pero sí lo que los daña. Cuando una persona ó una cosa es unánimemente mal mirada por muchas gentes, es, de cien veces las noventa y nueve, señal infalible de que allí ven ellas y de que allí está realmente su daño. Ahora bien; si hay en el mundo una persona unánime y vigorosamente detestada por los partidos reaccionarios de España, sea cual fuere su bandera dinástica, esa persona es, á no dudarlo, D.ª María Cristina de Borbon; prueba infalible, á nuestro ver, de que aquel instinto seguro de que ántes hablábamos, les enseña que allí está la causa activa y primordial de su irreparable caida. De allí arranca su daño: *Inde mali labes.* Esto les dice su instinto, y ésta es, con efecto, la verdad.

La Reina Cristina personifica entre nosotros la regeneracion de España. Cierto que esa regeneracion no fué, en realidad, obra exclusivamente suya, sino tambien de los tiempos; pero cuando los tiempos se han cumplido, cuando la idea ha madurado, la divina Providencia, que entre las vanas agitaciones de los hombres lo encamina todo derechamente á un fin siempre bueno, elige una persona, ya de estirpe real, ya de humilde cuna, para ejecutora de sus inexcrutables designios. Esa persona fué, entre nosotros, en 1830, la Reina Cristina. Destinada á cambiar sustancialmente la faz de las cosas públicas, su venida produjo sombría alarma en los bien hallados con el estado presente, é indecible júbilo en los que deseaban un cambio más ó ménos radical en aquel estado de cosas; nada más natural, nada más lógico. En uno y otro sentimiento hubo algo de instintivo, á más de lo mucho que tenian de interesado, por cuanto se produ-

jeron espontáneamente áun ántes de sentirse los efectos de la venida de S. M.

«Tienen los partidos, dice el ilustre autor de quien hemos tomado el epígrafe de este escrito, un instinto admirable para elegir sus convenientes banderas y agruparse en derredor de personas determinadas. Nada habia hecho aún la Reina en favor de las reformas, en nada habia contrastado los proyectos de la bandería más ardiente, y sin embargo, los hombres reformistas, los hombres templados, los hombres que querian seguir la marcha del siglo, se habian agrupado desde el principio en derredor de ella, miéntras que el partido reaccionario de las pasiones y de las venganzas la miró venir con aversion, la miró reinar con celos, la miró elevarse con enemistad y con ódio.»

Despues de sentidas las consecuencias de la venida de S. M., lo que por cierto fué obra de muy poco tiempo, la intensidad de aquellos encontrados afectos subió naturalmente de punto; pero es un hecho que áun no habia pisado nuestras playas la jóven y hermosa Princesa de Nápoles, cuando ya era objeto de la implacable malquerencia de unos y del entusiasmo de otros. Explican, sin duda, este hecho las esperanzas que verosímilmente venía á destruir en los primeros y á despertar en los segundos; mas como al cabo todo esto no pasaba de una mera eventualidad, pues ni áun probable parecia que el Rey tuviese sucesion, permítasenos ver algo de instintivo, como deciamos ántes, así en el encono de los apostólicos de entónces, de que da testimonio el cúmulo de calumnias que propalaron contra la nueva Reina, como en el fanático amor de los liberales, que con ardientes caractéres parece como que se siente palpitar en todas las páginas del libro que hoy damos á luz.

V.

Pero si hasta aquí proceden con lógica los sucesos, siguiéndose los efectos á las causas, desaparece por completo esa lógica en cuanto damos un paso más en el camino de la historia contemporánea, y vemos á los partidos liberales, beneficiados por el influjo liberal de aquella augusta Señora, divorciarse de ella con ingratitud pasmosa, y convertirse así en cierto modo, con no ménos pasmosa imprevision, en indirectos auxiliares de sus propios y más encarnizados enemigos. Apénas se alcanza á comprender tamaño dislate.

¿Será que el antiguo régimen, destruido por la Reina Cristina, tuviese entónces y áun hoy entre nosotros más amigos de lo que comunmente se cree, y que á su poderosa influencia viven sujetos, sin saberlo ellos mismos, muchos que de buena fe se llaman liberales? Una organizacion ó si se quiere desorganizacion social (pues no otro nombre merece el régimen absoluto), que durante cuatro siglos ha dominado en un país, echa en él, por necesidad, raíces tan hondas, tan múltiples é intrincadas, que no bastan unos cuantos años de esfuerzos para arrancarlas ni áun descubrirlas todas, y que tal vez allí donde se cree que *no están*, están, sin embargo, reciamente apoderadas del terruño, y prontas á echar brotes nuevos á la primera ocasion favorable; de aquí tanto presunto liberal, en quien, con sólo arañarle un poco la epidérmis, se encuentra un absolutista. Á la manera del *plaqué*, sólo la superficie es en él de plata ú oro; debajo de la cascarilla se encuentra un metal que vale mucho ménos.

Esto nos recuerda una anécdota curiosa. Pocos dias despues de la revolucion de 1854 tuvimos con la justicia, por

cuestion de policía urbana, un ligero altercado, que requirió la intervencion del alcalde de barrio. Era éste un vecino honrado de nuestra propia calle, pequeño y redondo, especie de Sancho Panza, muy sentencioso, gran patriota y que se la echaba de muy justiciero. Despues de hacernos la cumplida justicia que en realidad nos asistia, oimos de sus labios, al despedirnos amistosamente, estas palabras gráficas: «Yo quiero justicia para todos. Mi máxima es ésta: — Al hombre de bien, protegerle; al ladron, ahorcarle, y *al judío, quemarle.*» Aquel pobre hombre, con su képis de miliciano y sus proezas en las barricadas, se creia de buena fe muy liberal, y era pura y simplemente un celoso, aunque algo rezagado, familiar del Santo Oficio. De esta especie de *anacronismos vivos* hay muchos en nuestra tierra. Entre las instituciones que al parecer pasaron ya para siempre, la Inquisicion es la que más hondas y tristes huellas ha dejado en nuestro carácter, en nuestras ideas y hasta en nuestras costumbres: de ahí las más de nuestras malas cualidades, y á su frente la INTOLERANCIA, rémora casi invencible para toda mejora duradera. Volviendo á nuestro liberal discípulo de Torquemada, no hay para qué añadir que era enemigo acérrimo de *la Cristina*, como groseramente llamaba él á S. M. la Reina Madre, y que se habia distinguido en el asalto de su palacio de la calle de las Rejas.

VI.

La Historia hará más justicia á D.ª MARÍA CRISTINA DE BORBON que los liberales de la estofa del que acabamos de recordar. Ella dirá las grandes dificultades que le fué preciso vencer en 1833 para quebrantar la poderosa organizacion de los diversos matices del partido absolutista, que á la

sazon dominaban en España, y dar vida política al partido liberal, que existia sin duda, pero aherrojado ó disperso, y de todas suertes completamente alejado de las regiones oficiales.

Y aquí viene como de molde fijar bien de una vez el valor de los nombres con que unos á otros se designan los partidos políticos en nuestro país, á fin de evitar confusiones, no siempre sin trascendencia; sólo así podrá comprenderse bien la especie de *mal entendu*, permítasenos este expresivo vocablo extranjero, en que no podemos ménos de ver la raíz primera y la explicacion única del fatal rompimiento de las hostilidades del partido liberal contra D.ª María Cristina. Por más que un proverbio francés diga que *le nom ne fait rien à la chose*, lo cual, desde cierto punto de vista es verdad, no lo es ménos que importa mucho á la claridad de las ideas que los nombres, y sobre todo las calificaciones de las cosas, signifiquen lo que éstas son realmente. La claridad de nuestro lenguaje político perdió mucho el dia en que á las antiguas denominaciones, realmente antitéticas, de *liberales* y *absolutistas*, que lo dicen todo, se sustituyeron las de *blancos* y *negros*, *progresistas* y *moderados*, *conservadores*, *apostólicos*, *realistas*, y otras cien, que ó nada dicen, ó expresan una idea falsa, ó cuando ménos incompleta ó meramente relativa y transitoria. El que parece á unos *moderado*, es furiosamente exaltado y hasta revolucionario para otros; sirva, sobre todo, de ejemplo el dictado de *conservador*, hoy tan en boga. ¿Qué partido no se titula y es realmente *conservador* desde el dia mismo en que llega al poder? Todos, con efecto, desean *conservarle*, y hasta perpétuo y tradicional en sus manos lo harian de buena gana si pudieran, calificando, por supuesto, de revolucionarios á cuantos intentan arrebatárselo, siquiera sea en nombre de las doctrinas generalmente llamadas conservadoras. La verda-

dera oposicion esencial entre los dos grandes partidos políticos que se disputan el dominio del mundo, — el liberal y el absolutista, — radica en la preponderancia que da el primero al principio de *libertad*, y el segundo al de *autoridad*, efecto, sin duda, de un *sentimiento de la dignidad humana*, más vivo en aquel partido que en éste, ó á lo ménos entendido por ambos de diferente manera; todas las demas diferencias entre ellos son de forma, no de esencia. En este sentido, no hay verdadera oposicion antitética ni áun entre monárquicos y republicanos; monarquías ha habido y hay muy libres, es decir, en cuya constitucion ha prevalecido el principio de libertad, como Inglaterra y Bélgica; y repúblicas en que el principio de autoridad ha prevalecido á punto de constituirlas en verdaderamente esclavas, como las de Esparta, Venecia y tantas otras, así en la antigüedad como en los tiempos modernos. Con profundo sentido escribia en 1818 el ilustre Benjamin Constant estas palabras: «Un republicano ilustrado está mucho más cerca de llegar á ser realista constitucional, que un partidario de la monarquía absoluta. Entre la monarquía constitucional y la república, la diferencia está en la forma; entre la monarquía constitucional y la monarquía absoluta, la diferencia está en el fondo» [1].

El desconocimiento de estas verdades elementales es lo que ha introducido en nuestro tecnicismo político esa confusion lamentable, orígen de tantas luchas estériles, en que, sólo por no entenderse, partidos esencialmente los mismos, ó por lo ménos muy afines, se han despedazado mutuamente con furor, como si fueran mortales enemigos.

Tal ha sido en España, de medio siglo á esta parte, el grande error, el principio radical de debilidad de los partidos liberales, y algo de esto ha sucedido tambien en las de-

[1] Prefacio de su tratado *De las reacciones políticas*.

mas naciones de Europa; todos ellos han consumido sus fuerzas en luchas intestinas, por cuestiones de *un poco más ó un poco ménos*, azuzadas y enconadas por sus naturales adversarios. De aquí tambien, y de su inmutable unidad de miras, proviene la gran fuerza de éstos, que, si no en todas partes alcanza á darles la anhelada victoria, basta, por lo ménos á hacer de ellos un peligro permanente para las instituciones liberales, una espada de Damócles, perpetuamente suspendida en muchas naciones de Europa, y señaladamente en la nuestra, sobre la causa de la libertad y de la civilizacion.

VII.

Es manera muy comun de decir, entre los que han historiado los sucesos de la primera mitad de nuestro siglo, que en los últimos años del reinado de D. Fernando VII dominaba en España el partido reaccionario, segun unos; el partido apostólico, segun otros; el realista, segun los más; que todas estas y otras denominaciones suelen emplearse para significar partidos que, aunque en el fondo parecen (y en nuestro concepto son) uno mismo, se diferencian, no obstante, en ciertas menudencias, á que los prácticos en estas cosas de la política militante dan suma importancia. Lo que no admite duda, es que desde el 1823 la gobernacion del Estado se hallaba toda entera en manos de hombres resueltamente enemigos de las ideas liberales, esto es, de *absolutistas* más ó ménos violentos. Los habia templados y de sana intencion, como el ministro de Hacienda, D. Luis Lopez Ballesteros, una de las escasas glorias de aquella triste época; los habia completamente irracionales, como..... tantos! pero todos pertenecian en diversos grados al gremio que

entónces se denominaba con el insultante apodo de servil (de que muchos, sin embargo, hacian gala), en el concepto de que á todos horripilaba igualmente la idea de una limitacion cualquiera á la omnipotencia del poder real. Para ellos la soberanía personal del Rey era indivisible, única y completa, como de derecho divino; no podia ser limitada, ni mucho ménos perdida, salvo por voluntaria y libre dejacion, con la sola obligacion, en este caso, de haber de transmitirla al heredero legítimo, ó más bien hasta sin esa obligacion; pues la transmision se verifica naturalmente de suyo y por virtud propia al nuevo Soberano. Tal es la verdadera teoría del derecho divino, y en ella estaban y están igualmente conformes todas las fracciones de la gran familia absolutista.

La única variedad importante que surgió por entónces entre ellas, y hasta probó, con escasa fortuna, la suerte de las armas en 1827, fué la de los partidarios del infante D. Cárlos, á que se dió el nombre especial de *apostólicos*, sustituido luégo por el de carlistas. Aquella variedad del servilismo político llegó á tomar mucho cuerpo por efecto de la fatal circunstancia de no haber tenido Fernando más que sucesion femenina, lo que vino á complicar la cuestion política con una cuestion de derecho; pero aquello no fué en realidad más que una revolucion intestina, una excision en el seno de un mismo partido, á la que era completamente ajena la idea liberal. Unos querian por reina á la hija primogénita de D. Fernando VII, pero la querian absoluta, como lo fueron su padre y su abuelo; repelian al infante D. Cárlos, pero no por razon de su fanatismo y de su aversion á las luces, sino porque veian más y mejor derecho en su sobrina; por lo demas, en ningun caso le hubieran aceptado sino á título de rey y señor absoluto. Tan absolutistas eran, pues, en las regiones oficiales (permítasenos insistir en esto) los parti-

darios del mejor derecho de la infanta Doña Isabel como los que atribuian ese mejor derecho al infante D. Cárlos; no así en la gran masa de la nacion, señaladamente entre las clases ilustradas. Para ellas la cuestion dinástica fué desde el primer momento una cuestion política; pusiéronse resueltamente al lado de la infanta Isabel por dos razones: primera, porque en efecto su derecho les parecia y era el mejor; segunda, porque en ella vieron una bandera y un ariete en contra del partido apostólico.

Con un admirable instinto de madre, con una percepcion clarísima de los verdaderos intereses de la nacion, y con un valor á que no se ha hecho toda la justicia debida, la Reina CRISTINA, sin titubear un momento, enarboló resueltamente, á la muerte del Rey, y puesta ya á la cabeza del gobierno de la nacion, la bandera liberal, que ya ántes y desde el dia mismo de su llegada á España habia cobijado con visible predileccion.

VIII.

Detengámonos un momento en este punto, pues es de esencia para nuestro propósito de apurar la verdad de los hechos, dejarle completamente esclarecido. No nos bastan tantos ilustres testimonios como pudiéramos añadir á los que ofrece este libro, eco de la opinion en aquellos dias de verdadera regeneracion social; queremos recordar hechos concretos, pruebas irrecusables, de que sin interes inmediato alguno, en vida del Rey, cuando todavía no estaba en juego la causa de sus augustas Hijas, la Reina CRISTINA fué liberal, y altamente liberal, no sólo en sus ideas, en sus tendencias, en su influjo cerca del Rey su esposo, manifestaciones todas de naturaleza privada, y sujetas á interpretar-

se de diversos modos, sino en sus actos públicos, decisivos, oficiales. Recordemos rápidamente los principales de su gobierno personal, para el que fué habilitada, con ocasion de la grave enfermedad del Rey, por decreto de 6 de Octubre (1832). Fué el primero, *tomado al dia siguiente* de su entrada en el mando, abrir las universidades, que de dos años atrás tenía cerradas el absolutismo teocrático, á la par que en Sevilla y otros puntos, se abrian escuelas de toreo; fiel en esto á su gran máxima política y condicion esencial de su existencia, de que es preciso procurar, por todos los medios imaginables, mantener á los pueblos en la más supina ignorancia. Nada más conducente al efecto que el fomento de las corridas de toros, con que tan eficazmente se desarrollan en todas las clases el amor á la holganza, los instintos feroces, la imprevision y el despilfarro, y todas las demas *fuentes de la miseria*, preparacion excelente para la esclavitud.

Siguen á aquel memorable decreto, con brevísimos intervalos, el de amnistía, de 15 de Octubre, los de 5 y 18 de Noviembre sobre presupuestos, y el de 26 de Diciembre, acaso el más importante de todos, suprimiendo la inspeccion general del cuerpo de voluntarios realistas, con que dió el golpe de gracia á aquella institucion anárquica, incompatible con toda reforma racional y hasta con todo gobierno un tanto ilustrado. Guardia pretoriana del bando apostólico, independiente en lo militar del ministerio de la Guerra, independiente en lo económico del ministerio de Hacienda, especie de ejército de ocupacion permanente, con vida y recursos propios para tener constantemente en jaque al Gobierno y á la misma potestad real, su existencia fue el despotismo de la plebe, y una de las más grandes ignominias de aquel lamentable período.

Tan acertada reforma, presagio seguro de la próxima y ya necesaria supresion de la demagogia armada, dió la me-

dida del varonil esfuerzo que animaba el pecho de la jóven Gobernadora, que no menor lo demostró osando la primera poner mano en el cáos de nuestra Hacienda é introducir la regularidad y limpieza entónces posibles en materia de cuentas; empresa colosal, que vanamente habia pugnado por llevar á cabo el honrado cuanto inteligente Lopez Ballesteros. Las várias disposiciones de 5 y 18 de Noviembre de aquel memorable año de 1832, encaminadas á poner órden y claridad en la gestion de los caudales públicos por medio de la formacion de presupuestos anuales, y de la cesacion de exenciones y privilegios ruinosos para la nacion, fueron de las que más justa popularidad dieron á la Gobernadora, por lo mismo que le granjearon más enemigos entre los interesados en la perpetuacion de aquéllas, para algunos, fructuosas tinieblas. A estas y otras saludables reformas económicas tuvo la honra de cooperar el entónces ministro de Hacienda D. Victoriano de Encima y Piedra.

Popular fué tambien en extremo, por su espíritu liberal y porque era una imperiosa necesidad de los tiempos, el decreto de 5 de Noviembre, creando el ministerio de Fomento; pero lo que elevó á su colmo el entusiasmo de las almas generosas y el furor de los apostólicos, fué el ya recordado decreto de amnistía (15 de Octubre), que de hecho puso término oficial á la bárbara reaccion, inaugurada en Octubre de 1823. Aquel entusiasmo rayó en delirio, y de él se ven centellear claros rasgos, no sólo en todos los escritos contemporáneos, sino hasta en el lenguaje de los más desapasionados escritores, cuando llegan á hablar de los sucesos de aquellos tiempos. Con este poético lirismo, que casi desdeciria de la severidad propia de la Historia, si no lo justificase la excepcional poesía del asunto, pinta uno de ellos, nada sospechoso por cierto, el historiador D. Mo-

desto Lafuente, la actitud de la Reina CRISTINA en los terribles dias de la enfermedad del Rey, ocasion de su tan fecundo paso por el supremo poder, que le permitió llevar á cabo todas aquellas grandes cosas: «La bella CRISTINA, con la solicitud, el interes y el afan de esposa tierna y de cariñosa madre, se constituyó á la cabecera del augusto enfermo con tal asiduidad, que, sin darse de dia ni de noche momento de reposo y de descanso, ni se separaba de su lado un instante, ni apartaba su vista del rostro de Fernando, observando todos sus síntomas y actitudes, y queriendo con los ojos adivinar sus deseos. Vestida con el sencillo y modesto hábito de Nuestra Señora del Cármen, suministrando por sí misma las medicinas al paciente, curando con sus delicadas manos las cisuras y tiñéndolas con la sangre que las sanguijuelas le hacian derramar, haciendo sin escrúpulo todos los oficios de enfermera, dirigiéndole siempre palabras de cariño y de consuelo, hondamente afectado su corazon, pero componiendo su rostro y su voz de modo que mostráran la conformidad de la virtud y la entereza del valor inquebrantable, dirigiendo interiormente preces al Eterno, pareciendo exclusivamente consagrada al cuidado del esposo, como del único sér que le interesára en la tierra, y como si no tuviese unas hijas queridas, cuya suerte la traia zozobrosa, la Reina CRISTINA era una de esas figuras sublimes, de esos tipos angelicales, de cuya realidad dudan las almas comunes, creyendo que sólo la poesía las puede inventar» [1].

Pongámonos ahora por un momento en la situacion de aquella augusta Señora á la muerte del Rey, y verémos tambien, claro como la luz, hasta qué punto se requeria que estuviese dotada de un alma muy entera y de un liberalismo muy ilustrado, para no ceder á la tentacion de procurar atraer

[1] *Historia general de España*, tomo XXIX, pág. 113.

á la causa de su Hija todos los elementos reaccionarios del país, en que á primera vista parecia que estaba entónces *la fuerza;* sacrificando sin piedad, ó más bien dejando en su abatimiento á los elementos liberales, que ostensiblemente, á los ojos de una inteligencia vulgar, parecian no tener ninguna. Nada le hubiera sido más fácil, y todo la brindaba á ello, así el halago del poder absoluto, como el interes aparente de la Reina niña. Si hay hombres para quienes la cuestion de personas va siempre por delante y por encima de la cuestion de ideas, siendo éstas para ellos una especie de armas que emplean indistintamente en pro de una candidatura, á la manera que los cañones rayados y las ametralladoras sirven lo mismo para defender la libertad que para sostener la tiranía, lo más comun en el mundo no es esto; la cuestion de ideas y de intereses suele prevalecer sobre la de lealtad á determinadas personas, y es seguro que, salvo unos pocos servidores fieles, *rari nantes*, los más de los partidarios de D. Cárlos se habrian agrupado al rededor del trono de Doña Isabel II, por poco que la Gobernadora les hubiera dado la seguridad de que el antiguo absolutismo teocrático iba á renacer en España con todo el vigor que les prometia el fanático hermano de D. Fernando VII.

IX.

Se ha dicho, con el piadoso propósito de deprimir á Doña María Cristina de Borbon, y amenguar el mérito de su liberalismo, que éste no fué en ella espontáneo, sino sugerido y forzado por la necesidad de oponer una bandera á la bandera del absolutismo que tremolaba D. Cárlos. ¡Sofisma de la ingratitud! No hay absurdo de que ésta no eche mano, primero que someterse á la para ella tan pesada carga de *agradecer*

algo; obligacion dulcísima para las almas honradas. La verdad es que nada hay más infundado que aquella suposicion. Lo que el interes suyo propio y el de su augusta Hija aconsejaban más bien á la Gobernadora, era echarse en brazos de los hombres que poseian el poder, y sólo exigian, para ponerlo á su devocion, que se dejase de peligrosas novedades. ¿Qué podian contra ella los liberales de entónces? Ningun medio de accion, lícito á lo ménos, les dejaba el régimen vigente: ni el libro, ni la prensa diaria, ni la tribuna, ni la asociacion, ni nada de lo que da cohesion y vida á los partidos. Sólo tenian los medios ilícitos: la sociedad secreta, las publicaciones clandestinas, la conspiracion, en fin; y eso de *conspirar*, que hoy nos parece cosa tan sencilla, porque la hacemos sin el menor peligro, bajo el amparo de la ley, á las doce del dia y en mitad de la Puerta del Sol, siempre que nos viene á cuento [1], era cosa muy séria en aquellos tiempos; necesitábase tener un valor de raro temple para arrostrar los azares de una conspiracion, con la casi seguridad de ir á la horca, repugnante suplicio, abolido en España, sea dicho de paso, por la influencia civilizadora de la Reina CRISTINA, y sustituido por otro ménos bárbaro. Los gobernantes de entónces no eran, como los de ahora, unos almas de Dios, especie de tiranos de tragedia clásica, á quienes durante cinco mortales actos están llenando impunemente de improperios sus *víctimas*, hasta que al fin los degüellan alegremente, entre los aplausos de un público bonachon. Con un Chaperon, con un Conde de España, con un Gonzalez Moreno, con un Calomarde, no se gastaban bromas; habia que tentarse mucho la ropa ántes de resolverse á murmurar siquiera de cosas y

[1] *Conspirar* es, en su acepcion política, segun el *Diccionario* de la lengua, «unirse algunos contra su superior ó soberano». — No sólo esto no está hoy prohibido por ninguna ley, mas hay várias que regulan y protegen el derecho á hacerlo de ciertas y determinadas maneras.

personas que hoy escarnecemos hasta por chiste, de palabra y por escrito, sin que nadie se meta con nosotros; y tan familiarizados estamos con el ejercicio de esta libertad, que se nos figura que siempre ha debido suceder lo mismo; pero no es así. Por haber bordado ó mandado bordar una bandera, que se creyó destinada á los liberales, sufrió pena de garrote vil, en Granada, la hermosa y jóven D.ª Mariana Pineda, el 26 de Mayo de 1831, *cuando ya se habia mitigado mucho el rigor de las persecuciones contra el partido liberal.* Poco despues caian en el lazo de la más negra traicion el noble Torrijos y sus cincuenta compañeros, y ¡horrible hecatombe! *eran fusilados todos* en Málaga. ¡Juzgue el pío lector si sería cosa amena *conspirar* en aquellos benditos tiempos!

El poder entónces era detestado, sin duda, por la gente culta, pero muy temido, uno y otro con razon. Indudablemente la idea liberal habria acabado por sobreponerse á aquel odioso régimen, pero muy á la larga y á costa de rios de sangre.

X.

La venida á España de D.ª María Cristina puso término á aquel estado de cosas, y abrió real y verdaderamente una *nueva era.* Esta frase, de que tanto se ha abusado despues, no ha tenido nunca aplicacion más exacta. Si no cesaron de pronto las persecuciones, se atenuaron en gran manera; los liberales empezaron á respirar; ya no fueron los párias de la sociedad política. Se dió colocacion á algunos en sus respectivas carreras; salieron del ministerio y de las capitanías generales los personajes que más se habian señalado por su ensañamiento feroz contra el liberalismo. La ya otras veces citada amnistía, monumento de eterna gloria

para la noble Princesa que la decretó por un arranque espontáneo de su gran corazon y venciendo todo linaje de oposiciones, vino á colmar de júbilo á la nacion, haciéndole ver clarear en su horizonte la aurora de mejores dias.

Y esos dias lucieron, en efecto, para la tan trabajada España, si bien interrumpidos alguna vez por sangrientos episodios, inevitable y fatal secuela de las guerras civiles. Sábias leyes, reclamadas por el espíritu del siglo, empezaron á disipar el antiguo cáos administrativo, si bien no en todas se guardó el debido respeto á los derechos legítimos. El ejército y la milicia alcanzaron grandes triunfos, pero la sangre española corrió en abundancia, y no toda en los campos de batalla; hubo, en suma, muchos dias de gloria, pero algunos tambien de desolacion y luto. ¿Sobre quiénes hará recaer la Historia, cuando pueda escribirse imparcialmente, la responsabilidad de aquellos dias nefastos? Evidentemente sobre los que, rebeldes á su Reina legítima, movieron la guerra civil, desatando con ella las pasiones revolucionarias, debilitando la accion moderadora del Gobierno y convirtiéndose así, indirecta, pero muy eficazmente, en cómplices y áun fautores de la anarquía.

XI.

Llevaban en tanto adelante, con su perseverancia y habilidad características, los corifeos del bando apostólico, condensado ya en el gran partido *carlista*, su antigua obra de difamacion contra la Gobernadora, en cuya persona y hasta en cuyo nombre veian simbolizada la causa liberal. *Liberal* era entónces sinónimo de *cristino*. A aquella obra de difamacion se asociaron naturalmente, no sólo todos los interesados en la continuacion de los antiguos abusos, que la re-

volucion habia ya destruido ó amenazaba destruir, no sólo toda esa ininteligente multitud de desgraciados, *servum pecus*, á quienes devora una inextinguible sed de servidumbre, y que instintivamente aborrecen la libertad porque se reconocen indignos de ella, sino tambien los muchos que, de buena ó de mala fe querian precipitar á la revolucion por caminos de que la Gobernadora á su vez queria y debia apartarla. De los esfuerzos combinados de toda aquella gente salió esa atmósfera vagamente hostil á la Reina CRISTINA, que por entónces empezó á formarse de una manera casi insensible; que luégo se condensó y cundió con todas las gradaciones de *crescendo* que tan admirablemente expresa el aria de D. Basilio; que acabó por reventar en la deshecha borrasca de 1854, y de que todavía quedan algunos vestigios entre las clases ménos cultas de nuestra sociedad.

¡Resultado fácil de prever, y que de seguro no se escapó á la penetracion de la Reina Madre desde el dia mismo en que osó declararse en pugna con el terrible bando apostólico! Harto debia saber aquella tan ilustrada señora que ese partido ni olvida, ni perdona, ni repara en medios, y que, impotente para hacer el bien, es y será siempre y era sobre todo entónces, poderoso para hacer daño. A la manera de aquellos héroes que por salvar una causa corren impávidos á una muerte segura, la Reina CRISTINA arrostró con los ojos abiertos el abismo seguro á que corria, y se sacrificó gustosa por salvar al partido liberal, con el que por natural generosidad simpatizaba, y en quien veia un decidido defensor de los derechos de su augusta Hija. Acaso se figuró tambien que por su propio interes y por un poco de gratitud, aquel partido nunca haria causa comun *contra ella* con los enemigos de la libertad. ¡Hermoso error de un alma honrada!

XII.

Por largo tiempo debieron consolar á la Reina CRISTINA de aquellas tan mal nacidas animosidades los nobles acentos de la poesía, que, más perspicaz de lo que se cree, estuvo siempre unánime en su alabanza. ¡Cosa notable y en que no se ha parado bastante la atencion! Para deslindar bien el valor moral de los personajes históricos, no hay que fiarse tanto de las historias oficiales como de las leyendas y las tradiciones populares; la verdad *verdadera*, arrojada de aquéllas casi siempre por intereses bastardos, suele refugiarse en la opinion del vulgo, á quien ningun interes cortesano mueve, y que, abandonado á su propio juicio, juzga bien. Eso que se llama el sentido comun es su sola norma; el de nuestro buen pueblo ha empezado ya á hacer justicia, y se la hará cumplida algun dia, á la Reina CRISTINA. Ese dia será aquel en que llegue á conocer bien á los enemigos de aquella augusta Señora, que en su mayor parte son tambien los enemigos del pueblo, en cuanto lo son, con implacable saña, de la civilizacion y de la libertad. De cruel motejan al rey D. Pedro de Castilla los cronistas de su hermano y sucesor Don Enrique: para el pueblo y para los poetas fué y será siempre el *Justiciero*. Obsérvese cuán noble papel hace siempre aquel monarca en las tradiciones populares y en el teatro, cada vez que nuestros antiguos poetas le sacan á la escena. ¡No desdeñemos el criterio poético! Por algo la antigüedad denominaba *vates* á los poetas y les atribuia el dón de ver más claro y más léjos que los otros hombres, en lo pasado y lo porvenir.

En las poesías inspiradas por los beneficios que á D.ª MARÍA CRISTINA debió la nacion, encontrará la Historia algun

dia el retrato fiel de aquella augusta Señora. Prescindiendo de la parte que la adulacion, la gratitud á personales favores, y otros móviles de índole privada tienen siempre en las *coronas poéticas* de los grandes de la tierra, el observador sagaz encontrará en la de D.ª María Cristina de Borbon el signo patente de una renovacion social y política, debida en gran manera á su soberano influjo. Eso significan los acentos laudatorios del gran Quintana, al cabo de un elocuente silencio de diez años; eso las voces unánimes de toda la juventud inteligente de aquellos dias. Aquel melodioso concierto de voces robustas, que representaban el presente y el porvenir de España, no se limitaba á saludar á una persona Real; lo que saludaba con entusiasmo y amor era la restauracion de la patria, simbolizada en la hermosa y noble figura de la Reina Cristina: hagamos esta justicia á hombres como Quintana, Lista, Gallego, Pastor Diaz, Pacheco, los Duques de Frias y de Rivas, Donoso Cortés, Alonso (D. Juan Bautista), Escosura, Espronceda, Arrazola, Breton de los Herreros, Tapia, Olivan, Gil y Zárate, Pezuela, el Marqués de Molins, Ventura de la Vega, y tantos otros espíritus levantados, que ciertamente no hubieran pulsado la lira movidos de torcida ó frívola inspiracion. Alta y muy noble era la que los impulsaba. En la trasformacion política acometida por la Reina Cristina veian, no un interes de partido, sino el grande interes de la patria, el término de las persecuciones, el renacimiento de las luces, la restauracion de nuestras antiguas glorias. Y esta hermosa perspectiva, que áun lejana, hacia palpitar de jubiloso entusiasmo el corazon de los poetas, esto es, de los hombres que presienten y anhelan los progresos del porvenir, exasperaba y sacaba de tino á los hombres que viven adheridos á lo pasado, como á su roca la ostra, como la yedra infecunda á las tapias de los monumentos derruidos.

XIII.

¿Por qué extraña fatalidad la animadversion natural, fundada y justa á su manera de estos hombres, cundió el año 1840 á una gran porcion de los partidos liberales? Desde entónces cabalmente data el fatal divorcio de estos partidos con la que hasta entónces habia sido su ídolo: la que pomposamente habian denominado *Madre de los españoles* fué por ellos ¡oh mengua! despojada de la regencia del reino, y hasta de la tutela de sus tiernas Hijas. Una mala inteligencia, acaso inevitable, como deciamos al principio, trajo aquel lamentable resultado. Liberal sincera, como no podia ménos de serlo, dados su talento y su instruccion, muy superiores á lo que se acostumbra en su sexo y en su clase, la Reina CRISTINA no era, sin embargo, ni podia ser revolucionaria; natural era, pues, que los hombres de la revolucion le volviesen la espalda el dia en que se juzgaron bastante fuertes para prescindir de ella, y ese dia fué aquel en que creyeron poder contar con la espada de un general afortunado, á quien daban irresistible influjo el prestigio de la victoria y la ansiada pacificacion del reino. Aquel dia se declararon abiertamente enemigos de D.ª MARÍA CRISTINA los que hasta entónces no se habian atrevido á hacerlo, porque la necesitaban; y desde entónces tambien ha continuado el fatal divorcio. Fatal, en efecto; de consecuencia en consecuencia, su resultado final, fácil de prever, cien veces anunciado cuando áun era tiempo de evitarle, ha sido el naufragio de la dinastía. Hoy lamentan, sin duda, este resultado algunos de los que tan duramente expian el error en que con tan imprudente obstinacion incurrieron con tener apartada del trono, y hasta del reino, la ilustrada in-

fluencia, desinteresada y legítima, única tal vez, que hubiera sido capaz de salvarle en medio de las grandes borrascas y de las pruebas tremendas por que están pasando en Europa todas las instituciones seculares.

XIV.

Una sola reflexion para terminar. ¿Qué pedian, ántes de la revolucion de 1868, los partidos liberales coligados que la hicieron y que, con la sola excepcion del republicano, tal vez no creian ni deseaban que llegase hasta donde llegó? *Con la sola excepcion del republicano*, hemos dicho; y áun ese mismo partido, en su porcion más granada, ha demostrado, con una evolucion reciente, que sólo era en realidad antiborbónico, agrupándose sin gran dificultad al rededor de una nueva dinastía, con lo que se confirma una vez más la anterior observacion de Benjamin Constant. ¿Qué pedian ántes del 1868, volvemos á preguntar, los partidos liberales coligados que hicieron la revolucion? Mil veces lo dijeron por boca de sus hombres más autorizados: poner á cubierto de todo ataque las conquistas de la revolucion, hacer imposible un retroceso, por sorpresa ó por violencia, al régimen abolido en 1834, y para esto apartar del trono las influencias notoriamente hostiles al espíritu liberal del siglo. Pues bien; de buena fe lo preguntamos á todos los hombres de buena fe: ¿qué mayor, cuál más segura garantía podian tener contra las veleidades de restauracion absolutista por parte de la córte, que la presencia en ella de la que destruyó en España el régimen absoluto? ¿Nada les enseñó el curioso episodio, bien conocido ya hasta en sus más íntimos detalles, de la repentina aparicion y desaparicion del ministerio Cleonard-Manresa, por otro nombre el *minis-*

terio relámpago? La que desbarató de un soplo aquel peligroso juego, del mismo modo habria desbaratado otros mejor discurridos; pero esto era cabalmente lo que no se queria. La Reina CRISTINA estorbaba para ciertos planes, á que nunca renunciaron ciertas influencias de perdicion: por eso se la tenía muy respetuosamente confinada en París, y en ese mismo hecho se declaraba peligrosa su presencia en España. — ¡Peligrosa! Sí; lo era en efecto, pero no para los amigos de la libertad. Éralo únicamente para los que en ella veian un insuperable obstáculo á sus designios; á la única persona á quien no han perdonado ni perdonarán nunca; á la que abrió las universidades y las escuelas, que ellos tenian cerradas y cerrarian hoy de buena gana, si pudieran; á la que siempre, y á pesar suyo, se les representa con horror en la imaginacion, llevando en una mano el decreto de amnistía y el Estatuto Real en la otra; á la que, por más que se diga, y por más que se haga para evitarlo, legará á la posteridad un nombre glorioso, perpétuamente asociado á la restauracion de la libertad en España. La Historia lo dirá en su dia; y si, hollando sin pudor, como otras veces, los fueros de la justicia y de la verdad, negase una y otra á DOÑA MARÍA CRISTINA DE BORBON, justicia y verdad para ella encontrarán las edades venideras en el monumento que le consagró la gratitud nacional por la inspirada voz de sus más esclarecidos poetas.

XV.

Este monumento simbólico es el que hoy damos á luz en forma de libro, y en el solo interes de la justicia y de la verdad.

EUGENIO DE OCHOA.

D. MANUEL JOSÉ QUINTANA.

AL FELIZ ENLACE
DE S. M. C. EL SEÑOR DON FERNANDO VII
CON LA SERENÍSIMA SEÑORA
DOÑA MARÍA CRISTINA DE BORBON.
(1829)

CANTO EPITALAMICO.

AL REY, NUESTRO SEÑOR [1].

Nunca osára, Señor, la musa mia
Al eco unir del general aplauso
Los ecos de un aliento que se apaga,
Por la desgracia y por la edad cansado.

[1] Esta composicion no se encuentra en la coleccion de las obras completas del ilustre autor que él mismo formó en 1852 para la *Biblioteca* del Sr. Rivadeneyra, lo cual no impedirá que pase á la posteridad, ni, sobre todo, que fuese escrita en el año y la ocasion en que lo fué.

Ved cómo yace envuelta en largo olvido
Mi inútil lira; trémula la mano
Va sus cuerdas á herir, y á hallar no acierta
Su antigua resonancia y su entusiasmo.

Otra fuerza, otra voz, otra armonía
Pide al cantarse el venturoso lazo
En que vos afirmais vuestra ventura,
Y tambien su esperanza el orbe hispano;

Y á ensalzar dignamente de CRISTINA
La florida hermosura, el dulce encanto
Y la índole celeste, áun no bastára
A Píndaro su voz, la suya á Horacio.

Mi timidez iguala á mi respeto;
Pero vos lo quereis; y á quien los Hados
Quisieron siempre defender propicios,
Y en la alta cima del poder sentaron,

¿Cómo un flaco mortal, que sin su escudo
Juguete fuera del rencor contrario,
Este esfuerzo, aunque débil, negaría
Sin riesgo al fin de parecer ingrato?

¡Ah! no: suene mi voz, los aires rompa;
Y aunque ronca y cansada, el holocausto
Haga de su temor ante las aras
Del refulgente Sol que ya adoramos.

Quizá aquel fuego, que á mi musa un dia
Pudo animar en sus mejores años,

De sus yertas cenizas sacudido,
Vuelva á encenderse á tan hermosos rayos.

Otros la cantarán con más fortuna,
Con talento mayor, y hasta los astros
Alzar conseguirán su ínclito nombre
En las alas del genio arrebatados;

En mi supla al talento el buen deseo;
Y estos rudos acentos de mi labio,
Que van de vuestra Esposa al regio oido,
Hallen, Señor, si no alabanza, agrado.

CANCION.

Accipe fortunam generis, diadema resume,
Quod tribuas natis, et in hæc genetralia rursus,
Unde parens progressa, redi.

CLAUDIANO.

¡Oh belleza! alto dón, rico tesoro,
Precioso bien á la mujer guardado,
Con más vehemencia ansiado
Que el diamante oriental, y más que el oro;
¿Quién te dió ese poder? ¿De quién hubiste
La magia celestial? En donde quiera
Que muestres esa lumbre
Por siempre vencedora,
Reinar y avasallar como señora,
Rendir y embelesar es tu costumbre.
Vedla en los campos de Vertumno y Flora
Cuando los huella con gallardo brío,

Y allí en puros aromas y en colores
Humillará las flores,
Hijas del sol y alumnas del rocío.

O si ya de la selva en el sombrío
Recinto, al eco ronco
Del resonante caracol, las fieras,
Volando en su caballo, alza y fatiga;
Ellas con planta alada huyen ligeras
De la Ninfa veloz, y huyen en vano:
Su vista penetrante las persigue,
Y el rayo abrasador arde en su mano.
Arde y estalla; el plomo silba, caen,
Y el eco suena en torno. El bosque adora
Su bella cazadora,
Ansiando ufano que á batirle vuelva
La que con su atractivo sobrehumano
Es Flora en el jardin, Cintia en la selva.

Y si en el rico estrado reclinada,
Cual dama delicada,
Habla discreta y apacible rie,
¡Oh, cuál tras sí los corazones lleva!
Sea que el pié fugitivo en danzas guíe,
Sea que al sonoro acento
De su arpa, herida en delicioso tono,
Rinda las almas y embebezca el viento.

Subidla luégo al esplendor del trono,
Y á su aire augusto, á su ademan divino,
Veréis la tierra enmudecer, postradas

Ante ella las naciones,
Y en aplausos sin fin y adoraciones
Sus destinos cifrar en su destino.
¿Qué la beldad no alcanza
Cuando se une al poder? El mismo cielo
Obedece á su anhelo,
Si al cielo acaso conmover le agrada:
A una sola voz suya, á una mirada,
Apaga Jove el iracundo rayo,
Depone Marte la sangrienta espada.

¿No es tal, sacra Parténope, la excelsa
Jóven real, cuya dorada cuna
Tú ya meciste en su primer oriente?
Ella en su faz purpúrea y noble frente
Lleva escrita su gloria y su fortuna,
Y espléndida y riente
Se lleva por los campos de la vida,
Cual la estrella de amor, cuando en el cielo
Por los espacios lóbregos se lanza
A abrir la puerta al venidero dia;
Y brilla con la luz de la alegría,
Y es bella, como es bella la esperanza.

¿No es ésta ya la que á la régia silla
Destina alegre el Hado,
Con el pueblo español ménos airado?
¿La misma que en la orilla
Del Sebeto feliz creció primero
A ser delicias del Monarca ibero,
Y astro de paz benéfico á Castilla?

¡Oh, cuánto tarda ya! ¿Cómo no llega,
En alas de los céfiros traida,
A contentar el público deseo?
Tú, que el soberbio tálamo preparas,
Mira arder el incienso ante las aras,
Y vén á nuestra voz, santo Himeneo.

La sien ceñida de amaranto y rosas,
Con apacible vuelo
Del Olimpo á la tierra tú desciendes;
Por doquiera que tiendes
Las alas vagarosas
Huyen las nubes, se serena el cielo;
Y de la antorcha al sacudir la llama
Que la adorable Esposa á Iberia guia,
Del Ebro á Guadarrama,
Que todo se penetra en tu ambrosía.

Todo te aplauda; en resonantes himnos
Todo se inunde: el monte
Los diga al valle, y los repita el rio,
Y los aprenda el mar. ¡Ella aparece!
¿No veis cuál resplandece,
Del arrebol del alba enrojecida,
Por las Gracias ornada,
Y de alta gloria y majestad cercada?
¿No veis cómo á los rayos de su frente
Todo con grata admiracion se inclina?
Ella es: la augusta Reina de Occidente;
Ella es: la amable y celestial Cristina.

¡Nombre adorado, y en España ahora
Primera vez oido, oh, siempre seas
Con tanto amor y gratitud cantado
Como hoy estás de aclamacion seguido!
Estrechamente al de Fernando unido,
Escrito en letras de oro centelleas;
Y enmedio á los magníficos festones,
A las bellas guirnaldas con que el arte
Tu cifra con la suya enlazar pudo,
Es más estrecho el nudo
Con que la voz del regocijo alzando
Su alborozado aplauso al raudo viento,
Suben juntos á herir el firmamento
Los nombres de CRISTINA y de Fernando.

Vén, pues, y de tu estirpe, oh nueva Esposa,
La fortuna recibe: orne tu frente
La diadema esplendente,
Que pases luégo á tu progenie hermosa.
Aquí nació tu madre virtuosa;
De aquí el destino á la dichosa Italia
Nos la robó; y al saludar contigo
Este albergue Real, un tiempo suyo,
Ufana de la luz que la acompaña,
Decir parece á su querida España:
«Áun más que te debí te restituyo.»

¿Qué te suspende, oh musa? Ya Himeneo
Con su doble guirnalda
Ceñir la sien de los Esposos veo;
Ya el áureo velo tiende..... ¡Oh! No te atrevas

Más adelante á penetrar..... Un dia
La antigua poesía
En el canto nupcial, plácido y leve,
De amor el triunfo celebrar solia;
Cuando más halagüeña que sublime
La zozobra pintaba, el gozo, el llanto,
El inefable encanto
Del tímido pudor, que cede y gime,
Y tanto halago y tanto
De que entónces te adornas, oh hermosura,
Para más abrasar; la ufana rosa,
Cuando á besarla llega
El céfiro, amorosa
La pompa así de su beldad despliega.

No, empero, igual licencia, oh musa mia,
Te es permitida á tí; mayor reserva
Se debe á la deidad alta y triunfante,
Vénus sin duda en su gentil semblante,
Pero en decoro y majestad Minerva.
Deja ese tono, pues, de mil ya usado,
Y cantado ya á mil; diverso acento
En este gran momento
Deberá ser el tuyo, otras las sendas
Son que el délfico dios abre á tu gusto,
Y cuando al són del plectro el aire hiendas,
Cristina y la virtud te oigan sin susto.

Desde ese trono excelso, en que sentada,
Los ámbitos de Iberia señoreas,
Tiende la vista, y mira en todas partes

Arcos sublimes, títulos, trofeos
Y fiestas en tu honor; dulce tributo,
Que, vuelto en gala el doloroso luto,
Rinde á tus plantas la nacion hispana.
Recibe tú su amor y sus deseos;
Recíbelos, oh Ninfa soberana,
Con dulce afecto á sus plegarias pío;
Y la suprema voluntad doblando
Del amante Monarca á tu albedrío,
Haz de tus ojos al clemente fuego,
Benigno el mando y poderoso el ruego.

Que bien esta region merecedora
Es de tu afan y maternal cuidado;
Mira con cuánto agrado
La favorece el sol, qué rico el suelo,
Qué apacible es el aire; en donde quiera
Verás la primavera
Florecer y reir; y el siglo de oro
Renovado á tu voz, la dura encina
Y envejecido roble
De su áspero cabello
Miel para tí destilarán. ¡Cristina!
¿Buscas un bello clima? ¡Éste es tan bello!
¿Buscas un pueblo noble? ¡Éste es tan noble!
¿Acaso palmas del honor preguntas?
El mundo te responda, que, asombrado,
Por la española intrepidez doblado,
Apénas pudo contenerlas juntas.

Su número fué escándalo; y la suerte

El cáliz de favor, con que algun dia
Nos embriagó falaz, trocó á rigores;
Dos siglos de dolores
Vanse á cumplir, y áun viva
Parece arder su saña vengativa.
¡Oh discordia! ¡oh rencor! Tristes pasiones,
Ministras viles de venganza extraña,
Y ajenas tanto al corazon de España,
¿No es tiempo ya de que ceseis? ¿No es tiempo
De que sus hijos alcen
La frente al cielo con vigor? ¡Pudieran
Los castellanos pechos,
A tal fortuna y contratiempos hechos,
Ser tan grandes aún, si ellos quisieran!

Y habrán de serlo al fin; que decretado
Sin duda fué por el querer del cielo
Este enlace magnífico y sagrado
Para bien de un gran pueblo. ¡Oh digna Esposa
Del Monarca español, fiel compañera
De su incesante afan y alto desvelo!
Tú en obra tan sublime
Asístele eficaz: triunfo debido
Es ése á tu candor, á tu hermosura,
A tu espíritu excelso..... ¡Quién me diera
Romper el velo que la edad futura
Entre sombras esconde, y ver mi España,
Acorde dentro, respetada fuera,
Vuelta á la gloria y rica de ventura!
Acelerad, oh cielos, tales dias,
Y salgan ciertas las promesas mias.

¡Oh, cómo el genio imitador entónces
El inmenso caudal que en sí atesora
Desplegará, y en mármoles y en bronces
La efigie hermosa y los ilustres hechos
Dará de la inmortal restauradora!
¿Podrá á tanto bastar la fantasía?
¡Ah! miéntras que á porfía
Las artes, ostentando sus primores,
Contiendan en su honor, enmedio alzada,
Con dulce exaltacion y ardiente brío
Dirá la gratitud: «Vuestros loores
No pueden ser eternos sin el mio.
Éste es el perdurable, el verdadero,
El que conviene á su bondad divina:
Yo lo grabé en el pecho al pueblo ibero,
Cuando en letras de amor puse: ¡CRISTINA!»

D. JUAN BAUTISTA ARRIAZA.

I.

CRISTINA

EN EL ADVENIMIENTO AL TRONO.

(1829)

CANTO EPITALÁMICO.

No una vez sola, iluminando el cielo,
Ráfagas de carmin vierte la aurora;
Que cuantas linda en el nocturno velo,
Tantas le rasga, alegre, vencedora:
Así la Iberia, no una vez consuelo,
Sino mil haya en el afan que llora,
Y siempre un astro de feliz ventura
Sale á reirla en su mayor tristura.

Turbóla en tiempo la ambicion sangrienta,
Que en armas toda y fuego la circunda;
Mas apénas soberbio le presenta
Al noble cuello la fatal coyunda,
Cuando el valor antiguo, que alimenta
Los generosos pechos en que abunda,
Eleva hasta el nivel del heroismo,
Y precipita al monstruo en el abismo.

Ni le valió volver con cien cervices
Y con cien lenguas á ostentar su saña,
Y, en sedicion ardiendo, áun las raíces
Del honor y virtud robar á España;
El honor y virtud nuevos matices
Despliegan en la sangre que los baña,
Llevando, en triunfo del Monarca amado,
Al anárquico genio al carro atado.

No quedára recurso al Hado adverso
Para afligir á la constante Iberia,
Á no inventar su rabia el más perverso
Que á largos lutos pudo dar materia;
Dos Reinas, que adoraba el universo,
Asilos de infortunio y de miseria,
Gloria del pueblo, encanto del Monarca,
Una tras otra nos robó la Parca.

Profundo luto oscureció la tierra,
Sumióse España en mares de amargura;
El valor, que sobró para la guerra,
Faltó para sufrir tal desventura.....

Pero cuando más negra nos aterra
Tal tempestad, ¡qué luz serena y pura,
Qué sonrisa del cielo, qué bonanza,
Qué íris bello nos vuelve á la esperanza!

¿Qué claro rayo de Pirene altivo
La barrera oriental matiza y dora,
Cual con su pié de rosa fugitivo
Pinta en el cielo la risueña aurora?
¿De qué semblante parte el atractivo
Que á un tiempo nos admira y enamora?
¿Qué deidad nueva ilustra el horizonte,
Y en carro de marfil supera el monte?

Huyen de la desgracia los nublados;
Recobra el cielo el manto de zafiro;
En risa y en placer se ven trocados
De España el luto, el llanto y el suspiro;
Flores brota en sus riscos más nevados
Pirene al soportar del carro el giro,
Y de sus valles en los hondos huecos,
Cristina, sin cesar claman los ecos.

Cristina, ¡oh Dios! Cristina es halagüeño
Nombre, que Ebro ya escucha en sus orillas,
Y que, como al salir de un torpe sueño,
Repiten anhelosas las Castillas.....
Mas ¿qué region del mundo, ó qué risueño
Clima fecundo, en altas maravillas,
Nos vuelve el bien que nos faltó en Amalia?
Y me responde el eco: «¡Italia! ¡Italia!»

¡Oh region de placer! no eres llamada
Jardin del mundo, en vano, ó paraíso,
Ni en vano hacer de tí copia abreviada
De su vário poder natura quiso;
Gracias y amores te hacen su morada,
Artes y ciencias su crisol preciso;
Al par de España eres fecunda y bella,
Y algunas veces infeliz como ella.

De honor llenásteis con igual fortuna,
Juntas un tiempo, el campo de la guerra,
Y ante los héroes de que fuísteis cuna
Enmudecida se postró la tierra;
Juntas turbásteis la otomana luna,
Y hasta en los climas en que el sol se encierra
Juntas hicísteis el pendon tremole
Que rinde el mundo á la Borbonia prole.

¡Oh cuán preciosa flor es de la rama
Á cuya sombra tu esplendor se acrece
La que en Iberia el bálsamo derrama
Que nuestro luto y llanto desvanece!
Ya su presencia la esperanza inflama
Del Monarca y del pueblo, y les ofrece
Que á un tiempo encontrarán, dulce y piadosa,
La orfandad madre, la viudez esposa.

Y cual del sol la lumbre matutina,
Que empieza á despuntar tras noche oscura,
Dora primero el monte ó la colina,
Que entre flores se espacie en la llanura;

Así al trono español ántes CRISTINA
El rayo envia de su luz más pura,
Y llena de placer sereno y blando,
Ántes que al pueblo, al pecho de Fernando.

Que su alto aprecio á la nacion hispana
En él inspira el generoso anhelo
De asegurarla en sucesion lozana
Su bondad propia, paternal desvelo.
Así firmeza opone soberana
A tanto mal con que le prueba el cielo;
Por eso de su amor caros despojos
Resigna humilde, y templa sus enojos.

Mas luégo el gozo universal levanta
De insólito placer salva festiva,
Que al paso que CRISTINA se adelanta,
Los abatidos ánimos cautiva;
No hay árbol en contorno, ó verde planta,
Mirto amoroso ni gloriosa oliva,
Que no tienda sus ramos, y los doble
En triunfal arco á su cuadriga noble.

Ni le opone Pirene erguida espalda,
Cual Aníbal, un tiempo, á las legiones,
Ó cuando con horror vió hácia su falda
Precipitar los galos batallones;
Alfombras, sí, la brinda de esmeralda,
Grutas sombrías, verdes pabellones,
Y limpias aguas, que á la tropa amiga
Restauren del cansancio y la fatiga.

Tropa, mas no de ninfas fabulosas,
Es la que en torno al carro se divisa;
Virtudes reales son, dotes preciosas,
Que brillan en su rostro y dulce risa:
La piedad, que es blason de almas hermosas;
La concordia, en los pueblos tan precisa;
La modestia, la gracia y la dulzura
Llevan al trono en alas su hermosura.

Y las silvestres Dríadas, pulsando
Rústicas liras con cantar sonoro,
Van su descenso al valle acompañando,
Con grácil cuerpo y pié saltando en coro;
Las náyades del Ebro, despejando
De la onda clara los cabellos de oro,
Rivales de ellas en donaire y brío,
Anuncian su presencia al dios del rio.

Y Ebro, dejando el coralino lecho,
Al aire da su forma corpulenta,
Y derramada por el vasto pecho,
La ondosa barba su raudal aumenta;
Matizada su orilla á largo trecho,
Como un marco de flores se presenta
Del espejo que en su onda cristalina
Previene á tan augusta peregrina.

Y ella pasa sin ver grupos de amores
Que la siguen volando, entre placeres
Que á sus piés nacen, cual se anuncia en flores
La presencia de Vénus en Citéres;

Y votos son de alegres labradores,
Que en ella imploran el favor de Céres;
Ó expresion del amor que el Rey concibe
Que en boca de sus pueblos la recibe.

Si esto siente el umbral solo de España,
¡Qué será el corazon al poseerla,
Cuando admire que el mar que el Indo baña
Jamas la tributó más linda perla!
Por propia joya, no de tierra extraña,
La augusta madre nos la da al traerla;
Que si dió fruto en peregrino cielo,
La rama es hija del hispano suelo.

Por tal la acepta la nacion valiente
Que dilató su cuna á orbe segundo,
Siempre envidiada de extranjera gente,
Nunca rendida á Marte furibundo;
Y aquella misma generosa frente,
Que no humillára al domador del mundo,
Hoy reverente y con placer la inclina
Ante tus plantas, celestial CRISTINA.

De ellas se elevará con más firmeza
A empresas arduas de gloriosa estima;
Que cuando le estimula la belleza,
El valor español más se sublima.
Así del castellano la braveza
Á la expulsion del moro puso cima,
Porque Granada le sirvió de escuela,
Lidiar ante los ojos de ISABELA.

¡Qué no será cuando el dosel ostente
La sangre de seis héroes en tus venas;
Ver que en Luis y Fernando es tu ascendiente
La régia santidad; que en dar cadenas
Al bélico furor del brío ardiente,
De Henrico y Cárlos la memoria llenas,
Y con los grandes Luis y Cárlos partes
Bella patrona ser de ciencias y artes!!!

Las castellanas Musas, aunque fieles,
Temen ser á tu gloria escaso auxilio,
Como á la que ha nacido entre laureles
Que sombrean la tumba de Virgilio;
Empero de Aretusa en los vergeles
Ordena acorde el virginal concilio,
Ya que no deban á Petrarca ó Taso,
Pedir su lira á Herrera ó Garcilaso.

Llega, pues, Vírgen real, que ya Himeneo
Llora impaciente tu demora larga;
Vén á hacer de tus gracias dulce empleo
En este pueblo, que su bien te encarga;
Cumple de su Monarca el fiel deseo,
Y haz que el triste cipres y adelfa amarga
Que en su frente anudó la Parca dura,
Hoy vuelva en mirto y rosas tu hermosura.

Ofrenda digna de la régia pompa
Será tu mano, que, en virtudes rica,
El rayo adverso de la estrella rompa,
Que en nuestro daño su influencia aplica;

Así la Fama con su etérea trompa
Al Ebro, al Tajo, al Bétis lo publica;
Y que á la España colmarás de bienes,
Si le haces tantos como gracias tienes.

II.

AL DESEADO ARRIBO
DE LA REINA, NUESTRA SEÑORA.

(1829)

OCTAVAS.

En brazos del amor la Ninfa bella
Que la feliz Parténope ennoblece,
Cual en el cielo refulgente estrella,
En los mantuanos lares resplandece.
Apénas sienta su divina huella,
Nace el placer, y la alegría crece;
Llenando á toda Iberia de consuelo
El dulce bien que la concede el cielo.

Del Monarca de España más amado
Será la más augusta compañera,
Y en sus caricias mirará premiado
Su paternal afan la gente ibera.

La paz, asegurada en su reinado,
Derramará sus dones placentera
Sobre el pueblo leal que fiel la aclama,
Y Madre y Reina con placer la llama.

Plácido enlace, que la Europa admira,
Y asegura la union de tres naciones,
Que con envidia el universo mira
Gobernar á los ínclitos Borbones.
Eterno afecto al español inspira,
Y con grata efusion los corazones
Himnos cantan de amor á su Señora
Y á los Monarcas que la Italia adora.

Llega, ínclita CRISTINA; tu ternura
Premie del pueblo el sin igual respeto;
Y el gozo con que adora, en su ventura,
Del grande Cárlos al augusto nieto.
En el trono, por él, la virtud pura
Reina contigo, y el error sujeto,
Verá, cobrando España su decoro,
La venturosa edad del siglo de oro.

III.

HIMNOS CANTADOS EN LOS TEATROS[1].

(1829)

1.°

CORO.

De Himeneo la antorcha relumbre,
Suenen dulces los himnos de amor;
Y en el sólio aclamada se encumbre
De CRISTINA *la gracia y candor.*

ESTROFAS.

Saludemos al astro risueño
Que amanece á la hispana region;
Que es encanto y placer de su dueño,
Como al pueblo presagio de union.

Ella alienta los tristes desmayos,
Ella en gozo convierte el pesar
Y hace alegre con plácidos rayos
De esperanza las flores brotar.

CORO.

De Himeneo, etc.

---

1 Con música del maestro Carnicero.

De sus padres augustos seguida,
Aparece CRISTINA gentil;
Del deseo en las alas traida,
Como flora en las auras de Abril.

Y de la áurea carroza bajando
Entre encantos que atónita ve,
A su lado se encuentra Fernando,
Y la España postrada á su pié.

CORO.

De Himeneo, etc.

—

Si el Vesubio en sombríos fulgores
De CRISTINA la ausencia lloró,
Manzanares, vestido de flores,
Su presencia festiva aclamó.

¡Oh, cuál corren pastores y ninfas
A la orilla por ver y gozar
En el claro cristal de sus linfas
Retratada su imágen sin par!

CORO.

De Himeneo, etc.

—

Brilla hermosa en su rostro su alma,
En sus ojos su ingenio feliz,
Y su talle descuelga cual palma,
De la selva en el verde matiz.

Á su fama venció en gentileza,
Ni el retrato la pudo ser fiel;
Que se pinta tal vez la belleza,
Mas la gracia se esquiva al pincel.

CORO.

De Himeneo, etc.

—

Regios padres de joya tan bella,
Por quien goza la Iberia tambien,
Pues Fernando feliz se une á ella,
Recibid nuestro fiel parabien.

Lleve el *¡Vivan los dulces Esposos!*
Nuestra voz al celeste zafir,
Y ojalá que sus hijos preciosos
Igual *viva* nos puedan oir!

CORO.

De Himeneo la antorcha relumbre,
Suenen dulces los himnos de amor;
Y en el sólio aclamada se encumbre
De CRISTINA *la gracia y candor.*

2.°

CORO.

Guirnaldas de rosas,
Coronas de amor,
Premiad de CRISTINA
La gracia y candor.

VOZ SOLA.

Ornad, flores bellas,
Sus sienes hermosas,
Que hoy ganan gloriosas
De Iberia el laurel.
Sed puras como ella,
No armadas de espina:
Seréis de CRISTINA
La imágen más fiel.

CORO.

Guirnaldas de flores, etc.

—

De gracias y encantos
Su vista nos llena;
Honrada la escena
Con ella se ve.

Melpómene llantos
Y horrores desvia,
Y alegre Talía
Se rinde á su pié.

CORO.

Guirnaldas de flores, etc.

—

Mas ella, que al justo
Dar premio consigue,
Y al vicio persigue
Con fiera acritud,
Hoy mira con gusto,
CRISTINA, en tu cielo
Su hermoso modelo
De gracia y virtud.

CORO.

Guirnaldas de flores, etc.

—

Y vos, Reyes claros,
Que haceis tal presente,
Pues fuisteis oriente
De tan bello sol,
No es dado el pagaros
Los dignos tributos

Con ojos enjutos,
A pecho español.

CORO.

Guirnaldas de flores, etc.

—

¡Francisco! ¡Isabela!
¡Fernando! ¡CRISTINA!
Sus nombres combina
Con gusto el amor;
Mas ¡ay! que la Esposa,
En dia tan fausto,
De nuestro holocausto
Se lleva la flor.

CORO.

Guirnaldas de flores,
Coronas de amor,
Premiad de CRISTINA
La gracia y candor.

IV.

POESÍA AL SOL,

EN LOS DIAS DE LA REINA, NUESTRA SEÑORA.

(1831)

SONETO.

Templa por hoy ¡oh Sol! la abrasadora
Lumbre que tu brillante faz fulmina;
Deja reinar serena y peregrina
La amable luz de la risueña aurora.
La que es delicia á Céfiro y á Flora;
Que hace asomar la rosa entre la espina,
Y es como la sonrisa de CRISTINA,
Que cuanto más se ve, más enamora.
Basta esa risa al dia más hermoso,
Y más si la produce el dulce objeto
De quien es madre en brazos de su Esposo,
El único..... Mas no; que con respeto
Me responde un acento misterioso:
«El único no es ya..... guarda secreto.»

V.

A LA REINA, NUESTRA SEÑORA.

(1832)

SONETO.

Mirad la copia del sin par modelo [1]
En que más gracia á más virtud se aüna,
A quien la bella Nápoles dió cuna,
Y trono digno el carpetano suelo.
Miradla atenta á derramar consuelo
Sobre infortunios, tierna y oportuna,
Como refleja la modesta luna
La luz del sol por el nocturno velo.
Ved que esparciendo por el vago ambiente
Brillo sus ojos, y su falda flores,
Como el volcan que la miró en su oriente,
Todo lo anima en rayos protectores,
Todo el encanto de CRISTINA siente,
Y todo es á sus piés dichas y amores.

[1] Tomo II de la *Coleccion litográfica de cuadros del Real Museo*, 1832, frente al retrato de S. M. la Reina CRISTINA, en pié, pintado por D. José de Madrazo y litografiado por Mr. Legrand.

D. MANUEL DE-VOS Y SILVA MENESES.

EPITALAMIO[1].

(1829

ODA.

Levanta, lira mia,
Alta cancion al estrellado cielo,
Cual águila que guia
El vagoroso vuelo,
Y se remonta al sol huyendo el suelo.

Oiga mi voz la fama,
Y la repita con clarin sonoro;

1 La Real Academia de Buenas Letras de Sevilla, en el virtuoso matrimonio de los Sres. D. Fernando VII y Doña María Cristina de Borbon, Reyes Católicos de España y de sus Indias. Lo escribió, por su comision, el académico supernumerario D. Manuel De-Vos y Silva Meneses, capitan de infantería y alférez de la antigua Guardia Real.

Y al fuego que me inflama,
Propicio el almo coro,
Concierte el són en cítara de oro.

Que canto de Fernando
De Borbon y CRISTINA el himeneo;
Y al paso que enlazando
Sus cuellos á amor veo,
Anuncio ya los bienes que preveo.

Tú, que aliento le diste
Al cantor más que humano de Eliodora,
Clara musa, me asiste;
Dame su voz sonora,
Repite su cancion encantadora.

Y á esta reunion dichosa,
Donde preside Pálas atenea,
Y la rama olivosa
Que al Bétis hermosea,
La sien le cubre que el laurel rodea.

Anuncie dignamente
Tan próspero suceso el verso mio,
Miéntras el eminente
Del mantuano rio
Eleva hasta CRISTINA el voto pío.

¡CRISTINA! la que el cielo
Grato concede á su Real Esposo;
La que en ligero vuelo,

Con el arco famoso
Flechó el hijo de Vénus poderoso.

Y de amor inflamada,
La dulce patria en que vivió dejando,
Viene ya destinada,
Sus pueblos amparando,
A ser delicia y gloria de Fernando.

Del Pirineo vedla
En la elevada cumbre, que el sol dora;
Venid, reconocedla,
Que es cual brillante aurora,
Del claro dia bella precursora.

Ved, ved en su alta frente
De las tres gracias el cabal modelo.
¡Cómo en ella el prudente
Consejo, á par del celo,
Brilla, que en bien de España le dió el cielo!

En sus ojos hermosos
Lucen la dignidad y la dulzura:
Mirad, ¡ay! cuán piadosos
Animan su figura,
Y al pueblo muestran toda su ternura.

Al *Viva* lisonjero
Responde, en risa y en placer bañado,
Su labio placentero,
De corales ornado

Y para dicha nuestra señalado.

Y en el pecho divino,
Donde el amor sus bienes atesora,
Fijó el alto destino
La silla bienhechora,
En que santa piedad por siempre mora.

¡Ah, sí, desciende! Iberia
Madre te aclama, y de su seno hermoso
Lanzando la miseria,
Erige el venturoso
Trono, do reines con tu augusto esposo.

Y prepara á tu alteza,
Matizado de flores, el camino
Bella naturaleza,
Y el pueblo de Barcino
Entona en tu loor canto divino.

¡Cuál ¡ay! se afana ansioso
Por recibir su bella Soberana,
Que al afecto amoroso
Le corresponde ufana,
Teñido el rostro de encendida grana!

Alza del raudal puro
El Ebro, al divisarla, ovosa frente,
Y con el brazo duro
Detiene la corriente,
Y al pasar la saluda reverente.

Al són de mil loores,
A los augustos brazos de Fernando,
Entre tiernos amores
Que la vienen cercando,
Llega, el plácido ambiente perfumando.

Abre, santo Himeneo,
Abre tu templo, y la dorada pira
Arda. Sí, arder la veo;
¡Ah! y España la mira,
Y oye el voto aceptar por que suspira.

Al trono de Pelayo
Ya sube leda la risueña Esposa,
Y del alto Moncayo
A Tarifa arenosa
Atruena el aire multitud dichosa.

El noble, el fiel Ibero,
Que en union tan felice complacido,
Mira abierto el sendero
Del bien que hubo perdido
Cuando fué de discordia perseguido.

Alma invencion despliega
Sus vastos planes: á su genio ardiente
Complacida se entrega,
Y del ramo eminente
Orla orgullosa su gallarda frente.

Sí, felices Esposos;

Dias de paz, de gloria, y de ventura
Esperan los dichosos
Pueblos, en que natura
Pródiga abrió la mano, siempre pura.

Por vosotros guiado,
Ascienda el español al alto asiento
Do fuera colocado
Cuando con firme aliento
Al mundo de Colon partió contento.

En él las bellas artes
Recobran su esplendor, y el prodigioso
Pincel copia en mil partes
Al Ibero glorioso,
Á par, CRISTINA, de tu rostro hermoso.

El mármol ya se anima,
Oscureciendo al griego y al romano,
Y en la elevada cima
Del Parnaso, el hispano
Quita á Homero la trompa de la mano.

Y la altanera ciencia
Ciñe á sus hijos lauro apetecido,
Y goza en la opulencia
Del pueblo enriquecido
Del fruto que al saber fué concedido.

Sol, tu curso adelanta,
Luciendo bello en tan dichoso dia;

En él tu són levanta,
Amada lira mia,
Y publica de España la alegría.

A tí, en tanto, descienda
Grata fecundidad, augusta Esposa;
El santo cielo atienda
Mi súplica ardorosa,
Y tu amor premie prole numerosa.

D. M. HERNANDO PIZARRO.

I.

HIMNO EPITALÁMICO[1].

(1829)

CORO.

Sacros himnos en torno resuenen,
Suban hoy nuestros votos al cielo,
Pues que mira el hispánico suelo
Nueva aurora de gloria lucir.

¡Venturoso mil veces el dia
Que encendiendo su antorcha Himeneo,
Del augusto Fernando el deseo
Ha llegado por fin á colmar!

[1] Al feliz enlace del Sr. D. Fernando VII (q. D. g.) con la Serenísima Infanta DOÑA MARÍA CRISTINA DE BORBON. El Excmo. Ayuntamiento y el Real Tribunal del Consulado de Cádiz.

¡Venturoso el magnífico enlace,
Que la gran sucesion asegura,
Y con ella la gloria futura,
La abundancia, la union y la paz!

CORO.

Sacros himnos, etc.

—

La virtud y el deber han formado
La alianza que amor solemniza,
Que del mundo á la faz patentiza
Del Monarca el contínuo anhelar;
Y por ella, en un próspero dia,
Querrá el cielo benéfico y justo
Concedernos el vástago augusto
A quien llama el destino á reinar.

CORO.

Sacros himnos, etc.

—

Lagrimosa y en lutos envuelta,
Sin consuelo la patria gemia,
Al mirar que en la tumba se hundia,
Con Amalia, su amparo y su bien;

Mas le plugo al eterno destino
Señalar con su dedo la Italia,
Concediendo en CRISTINA otra Amalia,
Que trocase la angustia en placer.

CORO.

Sacros himnos, etc.

¡Vedla, vedla, como astro fulgente,
Lustre y gloria del tálamo hispano,
Extendernos clemente su mano
Y ofrecernos su apoyo y favor!
¡Vedla, á par, con magnánimo pecho,
Nuestras penas antiguas borrando,
Y á la augusta piedad á Fernando
Prevenir con leal corazon!

CORO.

Sacros himnos, etc.

La orfandad, la viudez afligida,
Las virtudes y el mérito alientan
Al mirar que en el trono se asientan
La clemencia, justicia y amor;

Y cual Febo disipa las sombras
Un torrente de luz derramando,
Va ejerciendo CRISTINA y Fernando
En España su gran proteccion.

CORO.

Sacros himnos, etc.

—

Alza ¡oh Tajo! la frente serena,
Coronada de verde espadaña;
Alza, y mira cuál vuelve en España
La feliz esperanza á brillar;
Y en tu plácida orilla convoca
De tus ninfas divinas el coro,
Porque al són de sus liras de oro
Oiga Hesperia sus dichas cantar.

CORO.

Sacros himnos, etc.

—

¡Y tú, Alcídes, la heroica, la fuerte,
Que en sus bronces durables la Historia
Eterniza tu nombre, tu gloria,
Tu opulencia y antiguo esplendor!

Pues que luce un risueño horizonte,
Precursor de tu aumento futuro,
Abandónate al júbilo puro,
Alza en himnos al cielo tu voz.

CORO.

Sacros himnos, etc.

—

Y si indaga CRISTINA tus hechos,
Y si anhela saber tus acciones,
Le presenta los rotos pendones
Que arrancastes al Vándalo atroz;
Mas si busca civiles virtudes,
Si respeto y cariño desea,
Un ejemplo hallará en Eritrea[1]
De lealtad, de constancia y de amor.

CORO.

Sacros himnos, etc.

—

Coronaros, ¡oh vírgenes puras!
Coronaros de mirtos y rosas,

[1] Cádiz, antiguamente Eritrea.

Y hoy en torno del sólio, gozosas
La cancion de himeneo entonad;
Y que el ínclito lazo que deja
En union á los regios esposos,
Haga, en fin, á sus pueblos dichosos,
Luzca, en fin, como el íris de paz.

CORO.

Sacros himnos en torno resuenen,
Suban hoy nuestros votos al cielo,
Pues que mira el hispánico suelo
Nueva aurora de gloria lucir.

¡Y vos, Señor, que las egregias sienes
De San Fernando en la potente silla,
Ceñís con la diadema de Castilla,
Gozad feliz de tan inmensos bienes!

¡Gozad en dulce vínculo la Esposa,
Que añade un nuevo timbre á vuestra historia,
Y á quien dé el cielo la brillante gloria
De vuestra estirpe prolongar dichosa!

Sí; mire el orbe vuestro nombre y fama
Dilatarse á los siglos venideros;
Que vuestras armas lleven los Iberos
Adonde el eco del honor los llama.

Y que al nacer el Príncipe que un dia,
Honor del pueblo astur, el cetro rija,
Nada tu augusto corazon aflija,
Hundida al Dite la discordia impía.

¡Oh esperanza feliz! Ya desplegando
Sus espléndidas alas la victoria,
Rápida vuela al templo de la gloria,
Y fija en él el nombre de Fernando.

¿Lo veis?..... ¡Señor, salud! Así el destino
Da, justo, á las virtudes recompensa;
Pues te hizo ya inmortal, sénos defensa;
Muéstranos de los triunfos el camino.

Hispanis os contempla sin segundo,
Y en el noble entusiasmo que la inflama,
Arrebata las trompas á la Fama
Para extender la vuestra por el mundo.

II.

Á S. M. LA REINA GOBERNADORA,

CON EL FAUSTO MOTIVO

DE LA APERTURA DEL CONGRESO NACIONAL.

(1835)

ODA.

Dando á los pueblos saludables leyes,
Se igualan con los númenes los reyes.

¡Ángel de salvacion! ¡Reina adorable![1]
Si al cielo plugo, por desgracia, un dia
Que la cítara humilde
Pulsára á vuestros piés mi mano incierta,
Y con fatal quebranto
Acompañára vuestro acerbo llanto;

Si á sus ecos fatídicos de muerte,
Vuestro pecho magnánimo y piadoso
Lanzó mil hondos ayes,
Cuando, ceñida de funéreo luto,
Elevábais con duelo
Las preces religiosas hasta el cielo;

[1] Esta estrofa y las dos siguientes aluden á una *Elegía* presentada á S. M. por el autor, en ocasion de la muerte del Rey de Nápoles.

Si entónces sólo el cántico doliente
De muerte y de afliccion ofrecer pudo
La amarga musa mia
A vuestra inmensa inconsolable angustia,
Y en desusada pena
Con vos solté á mis lágrimas la vena;

Ora, que el Sér eterno largamente
Os colma de placeres y ventura,
Y el eco de la gloria
Alza de nuevo vuestro claro nombre,
Que el entusiasmo inspira,
Dejo el triste laud; templo mi lira.

¡Dejo el triste laud, que harto sonaron[1]
Tambien al mal de la afligida España
Sus discordantes voces!.....
¡Harto el grave peligro, la miseria,
La injusticia y venganza
En secreto lloró sin esperanza!.....

¿Y quién, y quién en los infaustos dias
De oprobio y maldicion lanzar pudiera
De la verdad el grito,
Sin temblar de los áulicos la saña?.....
¿Quién osára entre tantos
Reclamar de la ley los fueros santos?.....

[1] Esta y las seis estrofas siguientes aluden al estado político de la nacion en la ominosa época de los diez años, y tambien á los memorables sucesos de la Granja.

Ninguno, ¡ay Dios! que el regio sólio hispano,
Cercado de mil próceres soberbios,
Impenetrable era
A nuestra fe, al valor, á las virtudes,
Gran manantial de bienes.....
Y el vicio alzaba las culpables sienes.

¡Horrible situacion!..... La muerte, en tanto,
Sus espantables alas extendia
Sobre el augusto lecho.....
Y á par con ella la discordia insana
Del abismo subiendo,
Iba su antorcha por doquier blandiendo.

Mas todo en vano fué; que aunque postrado
El afligido Rey á los rigores
De mil acerbos males,
«Tú, dijo, cara Esposa, de mi cetro
Eres árbitra dueña;
Alza en mis pueblos de la paz la enseña.»

Y la insignia de paz alzó CRISTINA,
Y cual á horrible tempestad ahuyenta
El íris deseado
Cuando aparece entre apiñadas nubes,
O cual radiante Febo
Hunde las sombras al profundo Erebo.

Así de vos, Señora, una voz sola,
Una leve mirada lanzó al Dite
De la funesta caja

Los crudos males que abortó el abismo,
Y á vuestra augusta planta
Postró su frente vil el Sicofanta.

No hubo más resistir: liviana arista
Ante Aquilon tan rápida no vuela
Por la region vacía,
Como veloz huyó la turba ilusa
Que forjára, en su daño,
Triunfar á sombra de culpable engaño.

¡Dia de bendicion!..... ¡Eterno dia
De ventura y placer y de union santa!.....
¿Quién vió más bella aurora
Tras las tinieblas de atezada noche?.....
¿Quién de naufragio cierto
Holló seguro más alegre puerto?

¡Cristina!..... ¡Oh Reina!..... ¡Oh Madre!.....
¡Modelo de virtud!..... ¡Ídolo nuestro!
¿No la vísteis triunfante,
Cercada en torno de su hermosa prole?.....
¡Cuán bella descollaba!....
¡Glorias nacian do su planta hollaba!

¡Qué! ¿no la vísteis desde el alta silla[1]
Dictar próvida el bien, y en noble anhelo,
Hollando el idiotismo,

[1] Esta estrofa alude al decreto para la apertura de las universidades, y las tres que siguen, al de amnistía; ambos expedidos por María Cristina.

A la estudiosa juventud hispana
Abrir la antigua guía
Y acatar á la gran sabiduría?

¡Ah!..... ¡miradla despues, cual madre tierna,
Llorar la suerte de sus hijos caros,
Y el pecho cariñoso
Abrir á la clemencia en su desgracia,
Pues siempre un alma pura
Compadeció la amarga desventura!

«¡Perdon y olvido! (pronunció su labio),
Hermanos todos, en union dichosa,
¡Ay! ¡venid á mi seno!.....
Vuestro escudo será contra los golpes
De la enemiga saña.....
¡Corred, que espera jubilosa España!

»Padres, esposas, hijos, todos, todos
En fraternal amor, volved seguros
A vuestros patrios lares,
Y el que fué llanto de afliccion y ausencia
Allá en extraño suelo,
¡Trocad en dulce llanto de consuelo!

»Yo la escasez y la fatal desgracia
Que os aquejó dos lustros, por mi mano
Remunerar prometo.
¡Union y olvido para siempre sea!
Cesen el llanto y luto,
De la infernal discordia acerbo fruto.»

A estos acentos de bondad sublime,
Que dictó un númen de justicia santa
A la inmortal CRISTINA,
El rencor, la venganza y la calumnia
Hundiéronse al abismo,
Y tembló su caida al fanatismo.

¡Loor á la virtud!..... ¡Loor eterno
A la santa piedad!..... ¡Nunca más noble
La majestad imita
A los supremos seres inmortales,
Que al dejar vindicada
La inocencia, y la culpa castigada!

¡Pueblos, llegad!..... ¡Salud, alma CRISTINA!
Nueva Sion, la patria á vos levanta
Sus venerandas sienes,
Libre de angustia ya, baldon y afrenta!.....
¡La patria, que os adora,
Y que sabrá morir por vos, Señora!

¡Por vos y por la prenda idolatrada
Que bendice el Señor allá en su altura,
Y á cuya excelsa frente
Ciñera fiel España la corona,
Que le han dado la herencia,
Las leyes y la santa Providencia!

¡Por ese noble vástago, que el cielo
Nos quiso conceder, en quien la patria
Fijó alegre los ojos

Y libró su consuelo y su esperanza,
Y á quien meció en su cuna
La justicia, la paz y la fortuna!

¡Salve, oh Reina, feliz con tu inocencia!
¿No la veis?..... ¿no la veis, más esplendente
Que la brillante gloria,
Más bella que la edad de los amores.....
Cuál los ángeles pura,
Númen de libertad y de ventura?.....

¡Salud, ídolo nuestro!..... ¡Augusta nieta
De la heroica Isabel!..... Su noble sombra
Puso en tu egregia mano
El grande cetro de las dos Castillas,
Y de un nuevo hemisferio
A tu planta feliz el vasto imperio.

Tú sabrás conservar tan almos dones,
¡Oh adorada Princesa! pues ya el cielo
A tu virtud confia
La suerte de cien pueblos que te aclaman,
Y que tu justo fuero
Sostendrán á la faz del orbe entero.

Así otro tiempo al alto sólio hispano
La ley al sexo encantador llamaba,
Y éste le alzára un dia,
Tras de vencer al árabe cruento,
Sobre un ignoto mundo,
Dando ejemplo á los reyes sin segundo.

Y así tambien, perínclita Isabela,
Hoy, que á ceñir la llaman sus destinos
La gótica diadema,
Extenderá su poderío y gloria,
Y nuestra nombradía,
Áun más allá de donde muere el dia.

¡Dulce esperanza! ¡Sin igual ventura!
¡Oh destino inmortal, alma del mundo,
Que los futuros bienes
Ya nos señalas con tu dedo eterno!
Cesó el afan y el duelo,
Cólmanse nuestro voto y nuestro anhelo.

¡Honor al pueblo astur!..... ¡Afortunado,
Que dió su nombre al título esplendente
De la ilustre Princesa,
Que aumentará su fama, paz y gloria
Legítima, reinando
Bajo el regio dosel de San Fernando!

El voto, el himno universal sonára
Allá en la sacra tumba de Pelayo;
El hijo de Favila
Lo oyó, y es fama que su heroica frente
Alzó del fondo helado,
En sangre infiel y de placer bañado.

¡Oh inocente Isabel! la insigne España,
Ya vencedora del fatal destino,
Os acata y saluda,

Y fiel y en medio de sus héroes nobles,
Hoy su victoria canta,
Y es vuestra egida impenetrable y santa.

Tales sus votos son; que si postrado
Al pié del ara augusta el pueblo fuerte
Os jurára, Señora,
Sabrá en el campo del honor un dia,
Si su deber le llama,
Vencer por vos ó perecer con fama.

Hé aquí el deseo universal, el grito
De la nacion magnánima, que fuera
Solar de mil valientes;
La que el grande poder del mahometano
Hizo caer por tierra
Tras de ocho siglos de constancia y guerra;

La que triunfó en Arauco y en Otumba,
Y en San Quintin venciera y en Pavía
Al breton orgulloso;
La que indomable, en fin, al héroe impío
Trocó en dura cadena
Los verdes lauros de Marengo y Jena.

Este pueblo aguerrido, que os adora,
Es vuestra dulce patria; su fortuna,
Su salud y esperanza
Libra de hoy más en vos..... ¡Haced, oh Reina,
Que la española gente
Os bendiga por justa y por clemente!

¡ Y así será! que el memorable ejemplo
De vuestra insigne Madre, la justicia
Y la virtud preclara
Con que hoy os muestra el ínclito sendero
De la brillante gloria,
Dios os lo hará grabar en la memoria.

¡ No lo olvideis jamas!..... Y cuando el cetro
Sola rijais un dia en ambos mundos,
Imitad las virtudes
Del alma grande, generosa y pura
De la que el alto cielo
Os concedió por madre y por modelo.

Y á nosotros tambien, que igual ventura
Nos reservó un destino misterioso
En vos, CRISTINA amada,
Cuando á su mente inescrutable plugo
Que pisárais un dia
El fértil suelo de la patria mia!.....

¡ Reina inmortal!... ¿ La veis?... ¡ Nunca más bella
Sobre su carro de zafir luciente
Tras de lóbrega noche,
Rompiendo nubes de carmin y nácar,
La matutina aurora
Las altas cumbres de los montes dora!

¡ Ni en la celeste bóveda más grato
El íris tiende sus gayadas sienes,
Anunciando la calma,

Despues de horrible tempestad, al suelo,
Que su frente descuella
Del sólio hispano tutelar estrella!

«¡Salve, oh deidad!.....» el pueblo alborozado
Exclama en su entusiasmo..... «¡Salve, oh númen
De libertad y gloria!.....
¡Salud, ángel del bien!..... ¡Salud mil veces!.....
Grita la muchedumbre.....
¡Tu mano quebrantó la servidumbre!»

A estos acentos del amor más justo
Su corazon piadoso enternecido,
Saca á los ojos bellos
Una gozosa lágrima, que luce
Más pura y más brillante
Que en la joya riquísima el diamante.

Cercada en torno del inmenso pueblo,
De los guerreros fieles que la acatan,
¡Una madre amorosa
Parece entre sus hijos!..... ¡Una madre!
Sin el prestigio vano
Que ostenta el poderío soberano.

Y corre, y llega en la triunfal carroza
Al santuario de las patrias leyes,
Y desde el sólio augusto
Que allí le alzára la nacion reunida,
Abre un nuevo sendero
De gloria y libertad al pueblo ibero.

¡Miradla, oh Dios!..... ¡En su ademan sublime
Vence á la misma majestad!..... ¡Su frente
Despide resplandores,
Cual la mujer de los misterios santos,
Que con pincel divino
Osó pintar el inmortal de Urbino!

¡Dios la señala con su dedo eterno!.....
¡Dios la hizo el númen tutelar de España,
Y en su alma generosa
Imprimió la clemencia, el heroismo
Y la justicia santa,
Que adora el libre, y al esclavo espanta.

«¡Salud, genial CRISTINA!», en reiterados
Gritos vuelve á clamar el pueblo inmenso.
«¡Salud, CRISTINA augusta!»,
De labio en labio sin cesar resuena;
Y en la sierra vecina
Se escucha al eco repetir: «¡CRISTINA!!!.....»

¡Y vos, ínclita Reina, á quien deudores
Somos de tantos y tan grandes bienes!
¡Vos, que estais destinada
Para la gloria y la virtud, Señora!
¡Aceptad este dia
El canto humilde de la musa mia!

¡Aceptadlo! que así la pobre ofrenda
En los altares rústicos acogen
Los seres inmortales,
Cuando un sencillo corazon consagra
Con puro ardiente celo
Su fe y su amor en holocausto al cielo.

D. ALBERTO LISTA.

Á LA REINA, NUESTRA SEÑORA,
DOÑA MARÍA CRISTINA DE BORBON,

EN CELEBRIDAD DE SUS BODAS

CON S. M. EL REY DON FERNANDO VII,

REY DE ESPAÑA Y DE LAS INDIAS.

(1829)

Ninfa Real, que en la campiña amena
Del Sebeto y su márgen floreciente,
Y en la playa feliz de la Sirena
Hechizo fuiste de la ausonia gente;
Pues truecas de Parténope la arena
Por el Tajo y su aurífera corriente,
De un pueblo, fiel al Rey y á la hermosura,
Oye el voto que dicta la ternura.

Mil siglos goza el trono, y más que el trono,
El amor de un Monarca esclarecido,
Que de la suerte domeñó el encono,
Y las discordias condenó al olvido.
Tu excelsa gloria, que en acorde too
Hoy canta de Hipocrene el coro unido,
Miéntras tu nombre el español bendice,
En la edad venidera se eternice.

La virtud santa que meció tu cuna,
De tan augustos padres invocada,
Ciña el laurel espléndido que aduna
De Pirene y de Alcídes la morada;
Exenta del poder de la fortuna,
Suba contigo al sólio venerada,
Y de amor y bondad el mirto blando
Enlace al cetro justo de Fernando.

Y ofrezca al seno del amante Esposo
Florida juventud, gracia risueña,
Rosas sembradas del pudor hermoso,
Apostura gentil, habla halagüeña;
Y en el lecho nupcial, do misterioso
Tremola ya el placer su casta enseña,
Al dulce amor fecundidad sonria;
Y tú, cielo, la excelsa prole envia.

Prole de bendicion, que la esperanza
Cumpla del generoso pueblo hispano.
En juvenil edad la ardiente lanza
Vibrará contra el bárbaro africano;

Y cuando la razon ya se afianza
En la luz del consejo soberano,
Prudente dictará benignas leyes,
Que admiren las naciones y los reyes.

No sólo del amor las prendas caras
Estrecharán el lazo de Himeneo;
Que no en balde ¡oh CRISTINA! ante tus aras
Te vió Minerva, Apolo en su liceo.
Orne la oliva con sus hojas raras
Las rosas fugitivas del deseo,
Y la santa amistad, del cielo hija,
Al vendado rapaz sábia dirija.

Cuando por los afanes fatigado,
De un justo Rey solícito desvelo,
Busque tu Esposo aquel sosiego amado
Que á España da su paternal anhelo,
En tu habla dulce admirará, hechizado,
De la alta mente el generoso vuelo,
Y en tu sonrisa, envidia de la aurora,
Todas las gracias que el Permeso adora.

Así el poder en el regazo hermoso
Del tierno amor y la virtud descansa,
Y los cuidados del reinar penoso
La blanda voz de la amistad amansa;
El torrente, en la sierra impetuoso,
Por la florida vega se remansa;
Y en sus bellos colores complacido,
Por el cauce feliz corre adormido.

¡Oh tú, del alto cielo dón divino,
De Iberia por las súplicas logrado!
Acepta el gozo público, adivino
De las venturas que prepara el hado;
La esplendente diadema, que al destino
Te enlaza del Monarca más amado,
Corona, al estrechar tu frente pura,
La virtud, el amor y la hermosura.

D. JUAN BAUTISTA ALONSO.

I.

MARTE.

(1829)

ODA.

Sobre un espeso grupo
De nubes espantosas,
Que el soberbio Pirene coronaban,
Alzaba el fiero Marte
Sus manos sanguinosas
Con el escudo y la fulgente lanza,
Su rostro de venganza
Con ojos fulminantes,
Y la tendida y negra cabellera,

Que á los rayos brillantes
Del sol aparecia,
Con mudo horror del dia,
En inocente sangre restañada.
Clamorosa alegría,
Por los montes y campos derramada,
El rudo ceño heria
Del torvo dios, que el espantoso labio
Abriendo, grita horrible
Con ronca voz de trueno,
Vertiendo en ella el infernal veneno:

«¿Cuál es tu imperio, Marte?
»¿Cuál es el brazo, dioses,
»Que sujetó un brazo armipotente?
»¿Por qué la luz del cielo
»En los campos de España
»Presenta ante mis ojos,
»Por humanos despojos,
»Regocijos y amores,
»Placer, contento y abundancia y flores?
»En la humilde cabaña
»Se ignora ya mi saña,
»Y de Fernando el trono
»Con regio señorío
»Rie jovial de mi perverso encono.
»¡Oh furias del averno!
»¿Dónde afirmais la planta?
»Venid, y la garganta
»Del rugiente leon atormentando,
»Llevad la horrenda muerte

»Desde el alcázar fuerte
»A la choza mezquina,
»Y convertid en ruina
»Esa España feliz, que en sus clamores
»A celos me provoca
»Y hasta la cumbre de mi imperio toca.
»Hombres, mujeres, niños
»Caigan al golpe rudo
»En los paternos lares,
»Y con su sangre reteñid los mares.
»¿Y no escuchais mi acento?
»¿Qué fué de mi ardimiento?
»¿Qué fué de mi poder, qué fué, deidades?
»Del mundo las edades
»Me vieron cernejudo
»Bañar mi frente en caudalosos rios
»De lágrimas y sangre;
»Mil naves opulentas,
»Que valor y riquezas conducian,
»En mis garras cruentas
»Rápidas perecer, hechas pedazos,
»Sin que al ferviente ruego
»El devorante fuego
»Detuviera el frenético torrente.
»Las edades me vieron
»Mil pueblos asolar, que la delicia
»De los mortales eran;
»Convertir en cenizas
»De Roma el sacrosanto Capitolio,
»Y derrumbar el sólio
»Del dichoso frances; sembrar escombros

»En vez de dulces frutos,
»Y convertir los hombres
»En sanguinarios brutos,
»Y eternizar con el horror sus nombres.
»En la santa Judea,
»En eternal victoria,
»Ardia la inmensa tea
»De mi futura gloria,
»Y con su sangre salpiqué los cielos.
»¿Y aquellos mis consuelos
»Vendrán á mi memoria
»Para partirme el pecho?
»¿En pacífico lecho
»Se adormirán tranquilos los mortales?
»¿Con el horrendo espanto
»Se acabarán los males,
»Y de la España el infeliz quebranto?
»Crímen, crímen, despierta,
»Y de la negra tumba
»Tu voluntad confunda
»Este pueblo gozoso,
»Que con sus altas dichas
»Mis temblorosas haces desconcierta
»Y mi poder en el abismo lanza.
»En vano; ya no siente
»Sombra falaz mi corajudo esfuerzo.
»¿Despareció, impotente,
»A sus cavernas la Discordia impía?
»¿Será mi fantasía
»La que en vivos colores
»Retrate la ventura

»De los hijos del Cid y de Pelayo,
»En deshonor de mi fulmíneo rayo,
»Para eterna amargura
»De mi maldito sér, que al orbe aterra,
»Bramando en tanto sin valor la Guerra?
»Yo, que sañudo quise
»Borrar de las naciones
»El rico pueblo ibero,
»¿Veré ondear los cándidos pendones
»De la paz en su suelo placentero?
»Con la máscara hermosa
»Del bien, de los hispanos
»Velé la faz horrible,
»Mis siniestros designios ocultando;
»¿Y será que Fernando
»Estorbe mi alta empresa
»Con rápida constancia,
»En la ancha Europa y en el mundo ilesa?
»No, no; fuerza divina,
»Opuesta á mis rencores,
»De Fernando los pasos encamina
»Por sobre alfombras de pintadas flores.

»—Sí», respondió CRISTINA
En la inmensa montaña apareciendo,
«El cielo le ilumina,
»Y yo la Reina soy del pueblo hermoso
»Que reducir á los tormentos quieres;
»Pero en vano será; traigo en mi seno
»La paz y los placeres.
»En torno me rodea

»La bienhechora Astrea,
»Que ostenta igual la nítida balanza,
»Nuncio feliz de perenal bonanza.
»El contento me sigue,
»Y el ingenio profundo
»De aquí registra el universo mundo.
»Tu imperio terroroso
»Para España acabó. Tremendo ruge,
»Y despechado vuela
»A otros climas, ¡oh monstruo furibundo!
»Si puede mi hermosura
»Tus ojos asombrar, mi noble pecho,
»Donde la patria con Fernando vive,
»Tu bárbaro despecho
»Con el amor y la virtud conjura.»

Dijo, y calló la cándida Cristina,
La planta peregrina
Pacífica moviendo
Hácia los bellos campos de Ausetania;
Y en tanto que Mavorte,
Registrando de Urania
Los misterios ocultos,
Con negra horrenda indignacion bramaba
Y su lanzon fatal despedazaba,
La Ninfa de Parténope reia,
Y al són de los acordes instrumentos,
Que el mismo Apolo heria,
Entre la augusta pompa caminaba,
Y por su egregio Esposo suspiraba.

II.

CON MOTIVO DEL CONSORCIO

DE NUESTRO AUGUSTO SOBERANO.

(1829)

SONETO.

Españoles, gozad; al justo lloro
Veraz contento universal suceda,
Porque Fernando más glorioso pueda
Dar á CRISTINA sus laureles de oro.
La dulce patria en resonante coro
Los cantares olímpicos remeda,
Que la diosa de amor sublime y leda
Rige velada en celestial decoro.
Pasó la noche del dolor profundo,
Y amaneció la aurora apetecida,
De gloria al español, de envidia al mundo.
La augusta Esposa, á su Fernando unida,
Guarda en su seno el manantial fecundo
Que alarga al Rey y á su nacion la vida.

D. LORENZO ARRAZOLA.

AL AUGUSTO ENLACE

DEL REY, NUESTRO SEÑOR,

CON LA SERMA. SRA. PRINCESA

D.ª MARÍA CRISTINA DE BORBON.

(1829)

ODA.

Resuene en la alta cima
De gozo y alma paz el grito santo;
Cristina se aproxima,
Y con ella la luz; rasgó su manto
La noche infanda, odiosa,
Que robára del sol la faz hermosa.

Herida al rayo de oro
Del astro bienhechor la yerta tierra,
Y agotando el tesoro
Que en su seno fecundo avara encierra,
De pompa y hermosura,
Torna al campo su vida y su frescura.

Vistan las gayas flores
La ladera otra vez y el valle ameno;
Anime sus colores
La centellante luz del sol sereno,
Y á perdida distancia
Difundan de su cáliz la fragancia.

Resuene en las alturas
El nombre de Fernando y de CRISTINA;
Vuelvan las auras puras
El dulce lema á quien amor se inclina;
Y en dicha tan crecida
Respire todo movimiento y vida.

Ardan ya de himeneo
Las sacras teas, y en el cráter de oro
Rechine el dón sabeo;
Hiera la fama su metal sonoro,
Y rauda cual festiva,
Repita, hendiendo el viento: *Viva*, *viva*.

Vén, dia venturoso,
Que has de inundar la España en gozo tanto;
Vén raudo, ledo, hermoso;

Salúdente las aves con su canto,
Y, al libarla, la rosa
Matice en su carmin tu luz preciosa.

Hijos del gran Fernando,
Que gemíais, álzad; riyóse el cielo;
Alzad, y dilatando
El pecho, ántes sumido en luto y duelo,
Al gozo y la ternura,
Al cielo referid tanta ventura.

Al cielo, ¡oh dicha! al cielo;
Él disipa la sombra pavorosa
Que hundiera en llanto el suelo,
Y, bella como el sol, como él hermosa
Cuando en su oriente brilla,
Cristina á su cenit sube en Castilla.

Sube, astro luminoso,
Cuya luz, hasta el Calpe difundida,
Del Pirene fragoso
Prestará al yerto suelo nueva vida;
Sube al alto apogeo
Do ya se extiende tu fulgor febeo.

¡Oh! admiren las naciones
Los portentos de un Dios, su amor fecundo;
Unidos los Borbones,
Cuyas glorias contempla absorto el mundo,
Lóenlos á porfía,
Pues luce á su esplendor un nuevo dia.

Amor, que desde Gnido
De tu dorado arpon el triunfo admiras,
Y ries complacido
Al ver templadas del dolor las iras,
Vén, y en sonante coro,
Circunda de CRISTINA el carro de oro.

Ardan tus ledos brillos
En su cándida sien; cíñala Pálas;
Mil blandos cefirillos
Batan en torno sus fragantes alas,
Y al alba comparada
Vea España á su Reina y Madre amada.

Vén, íris de consuelo;
CRISTINA DE BORBON, llega á tu casa.
Por tí se alegra el suelo,
Por tí respira amor, por tí se abrasa,
Y sueñan regocijos
Los hijos de Fernando, ya tus hijos.

Si por Fernando dejas
La cara patria que nacer te viera,
Tambien, aunque te alejas,
Hallarás patria aquí; la España entera
Por tí suspira, te ama,
Y Madre, Madre, sin cesar te llama.

Madre el niño áun ligado,
Madre el anciano por su edad severo,
Madre el marino osado,

Madre el colono fiel, Madre el guerrero;
Todos corren á tí, todos te anhelan,
Y todos, todos á encontrarte vuelan.

Las artes peregrinas
Prodigan generosas su tesoro,
Y sábias cual divinas,
Mandando al mármol vivo, al bronce, al oro
Tu timbre, honor y gloria,
Eternizan tu nombre y tu memoria.

Las Musas cariñosas
Vuelan al carro en ordenado coro,
Y dulces cual hermosas,
Templando á un són nupcial el arpa de oro,
Divinas más que Orfeo,
Cantan loores mil á tu himeneo.

Neptuno, ántes sañudo,
Que la acuitada nave sacudia
Contra el escollo, y crudo
Los postreros lamentos desoia,
Ya el fiero Noto ahuyenta,
Y el cetro de los mares te presenta.

Marte, el Marte iracundo,
Que cetros de oro despiadado huella,
Y en su furor el mundo
Viera impasible arder, al ver tu bella,
Tu alma frente, ¡oh CRISTINA!
Complacido sus lauros le destina.

En fin, todo te rie,
Todo retumba al eco de contento,
Y Mantua, que se engrie,
Que se ufana en ser tuya, en almo acento
Exhalada y gozosa,
Sus puertas abre y te recibe ansiosa.

Que llegues en buen hora;
Que fausto sea tan loado enlace;
Que la fama sonora
El cuadro eterno de tus glorias trace,
Y en signos eternales
Transcriban tus loores los anales.

Siente tu trono el cielo;
Nunca se rompa de himeneo el nudo;
Oprima acerbo duelo
Al que te oprima y te angustiáre crudo,
Y por tí, dulce y leda,
Fije Fortuna su voluble rueda.

Así el cielo fecundo
Añada á tanto bien eterna calma,
Así de un Nuevo Mundo
Junte el verde laurel á tanta palma,
Y así de dos Borbones
Las glorias preconicen las naciones.

EL DUQUE DE FRIAS.

I.

A S. M. LA REINA

DOÑA MARÍA CRISTINA DE BORBON.

(1829)

ODA EPITALÁMICA.

Llega al trono español, Ninfa gallarda,
Que de la falda del Vesubio ardiente
Mi dulce patria jubilosa aguarda
Con la nupcial antorcha refulgente.
Brinda dichas sin fin al regio Esposo,
Y cuando bajo el sólio esplendoroso

El fuego del amor arder se vea,
Enlazada á los lauros de Mavorte
La docta oliva de Minerva sea.

Entre el tropel de la ostentosa córte
El gozo popular sincero brilla;
Entrambos mares con festivas olas
Saludan en las costas españolas
La Reina de Aragon y de Castilla;
Y al pié de los fragosos Pirineos
El ibero leon, con fuerte garra,
Las águilas del Sena por trofeos
Muestra entre las cadenas de Navarra.

Empero el parche redoblante atruena
El ancha playa y la espaciosa calle;
Del bronce el eco retumbante corre
Por cerro y vega, y la ribera y valle;
En la empinada torre
El rimbombante tímpano vibrado
Responde al ruido militar; el viento,
Con vítores herido,
Alzados al zafíreo firmamento,
Anuncia ya el arribo apetecido.

Ya la Reina llegó. ¡Vedla luciente
Sobre el carro trinfal de los amores,
La sien orlada de gayadas flores!
El Diciembre no pudo
Marchitar su frescor; Amor en Gnido
Guardólas fiel para adornar su frente;

Tal como el númen tutelar de España,
Contra extranjero mando,
Entre el furor de los combates rudo,
Guardó el cetro español para Fernando.

Sube al trono feliz, sube, CRISTINA;
Que no sólo el amor te lo concede;
Trono es tuyo tambien; él fué la cuna
Donde nació, por próspera fortuna,
Un genio bienhechor..... ¡Musa divina!
Al recordar de Cárlos la memoria,
Al admirar su inmarcesible gloria,
Ya ocupando el ibero Capitolio,
Ya afirmando de Nápoles el sólio;
Como anuncio feliz miro, CRISTINA,
Vengas del trono que ocupó primero,
A ceñir la corona
Que ciñera tambien Cárlos Tercero.

Aun se escucha con eco sonoroso
Por los campos de España el grato nombre
Del hijo de Felipe el Animoso;
Áun recuerdan su fama esclarecida
Las rotas sierras, las abiertas fuentes,
Artes y ciencias, arsenales, puentes.....
Y áun la ninfa del Ebro, envanecida,
Á su raudal queriendo dar renombre,
Repite en sus armónicos cantares
Que, con su augusto cetro poderoso,
Mandó Cárlos juntar entrambos mares.

Tambien, Señora, en conyugal ternura
Unida al dueño de tu ebúrnea mano
Por el sensible iman de la hermosura,
Genio del bien serás. Hija de reyes
Que sus yelmos ornaron
Con la cruz de Pelayo y roja cinta,
Esposa de mi Rey, eres tú sola
La que el amor y el público alborozo
Reina aclaman de España y española.

Cuando por vez primera
Tu inocente mirada
Pudo gozar la celestial lumbrera,
Caserta de sus plácidos vergeles
Las flores te brindó; la régia mano
De un español excelso Soberano
Sus pensiles formó con los laureles
Que en abierta campaña
Ganó dos veces para honor de España.

Cuando apénas tu infancia placentera
El són articulado comprendia,
Ya el nombre de Toledo
En tus oidos resonar debia;
Nombre de la ciudad que Tajo undoso
Baña con linfas de cristal luciente,
Y en donde fué templada
Aquella espada célebre española,
De la enemiga gente
Terror en Garellano y Cerinola.

En torno de Parténope doquiera
Suena el nombre español, y en la vecina
Isla, que asilo de tu infancia fuera,
Si no del leon las garras,
Entalladas se miran en sus muros,
Con fama eterna, de Aragon las barras.

Del pueblo ¡oh Reina! que su amor te ofrece,
Igual al sol de su abrasado clima,
El ardimiento impávido parece.
Ya de los Alpes la riscosa cima,
Y el Escalda y el Soma atravesando;
Ya la salobre espuma
Arrostrando guerrero
Contra el alto poder de Motezuma;
Ya el astro de los Incas eclipsando,
Le vió gloriosa España,
La trompa de la fama fatigando.

Áun á mi fantasía
Aparecen en tierra derribados
Los muros de Gerona,
De Zaragoza ardidos y aplomados
Los febles techos, los cañones broncos
Suplir el Bruch con horadados troncos,
Correr las raudas ruedas de Belona
El fértil suelo de la patria mia
Desde Calpe á Moncayo,
Insepultas las víctimas de Mayo.

Mas ¿por qué recordar la noche oscura,

Cuando luce feliz el claro dia?
¿Por qué trocar la lira jubilosa,
Cuyas cuerdas amor pulsar se via,
Por la trompa de Marte pavorosa?
Cual ufano tambien barca ligera
Argonauta feliz rige festivo,
Bordeando la orilla placentera,
Y si al recuerdo del valor se inflama,
Agitando los remos surcadores,
De improviso se engolfa en mar altivo;
Así mi musa, que en tu honor y fama
Sólo cantar debia
Amores y venturas,
Ardiendo en fuego santo
De patrio amor, arrebató su canto.

Logra, CRISTINA, en fin, que entre ternuras,
Con pronta mano te conceda el cielo
Que las astures cumbres
El fruto de tu amor Príncipe aclamen,
Dulce esperanza de mi patrio suelo.
Presto del sol las lumbres
Mire yo esclarecer el dulce dia
En que tu augusto Esposo
Le abrace cariñoso,
Y que al mirar, gozando, en su semblante
La robustez viril ó la belleza
Dignas del trono que fundó Pelayo
Y que extendió Isabel al mar de Atlante,
Agotando en tu seno su terneza,
Oigas decir al padre venturoso,

Con llanto de alegría:
«Fuiste, CRISTINA, la ventura mia.»

Sí, yo lo anuncio; la ventura suya
Y la nuestra serás. Al Himeneo
Ya la oliva pacífica le entregas,
Y España toda recorrer le veo.
Vuela, númen feliz; la voz divina
De union y paz ansiadas[1]
En el nombre resuenan de CRISTINA;
Pues si á CRISTINA nombras,
De las víctimas mismas sepultadas
Aplacarás las irritadas sombras.

[1] Alude á la amnistía, anunciada entónces, y dada más tarde.

II.

Á LA REINA, NUESTRA SEÑORA,

en ocasion de haberse dignado S. M. usar el traje andaluz en la corrida de toros que se celebró en Aranjuez el 26 de Abril.

(1831)

SONETO.

Bella, gentil, amable, placentera,
Porque el circo español su pompa guarde,
Con el traje andaluz haciendo alarde,
Regocijas del Tajo la ribera.

Entre el bullir de turba vocinglera,
Animando al valiente y al cobarde,
El sol hermoso de tus ojos arde,
Y áun embravece á la acosada fiera.

Hijas del Bétis, que en arenas de oro
Undoso baña á la imperial Sevilla,
De gracias mil encantador tesoro;

Vuestros donaires trasladando, brilla
Con majestad y nacional decoro
La incomparable *Reina de Castilla.*

D. M. BRETON DE LOS HERREROS.

I.

A LA ENTRADA EN MADRID

DE LA NUEVA REINA DE LAS ESPAÑAS

DOÑA MARÍA CRISTINA DE BORBON.

(1829)

ODA.

¡Cuán hermosa! Sus ojos celestiales
¡Cuán apacibles miran!
Ved en su frente pura
La majestad grabada y la dulzura,
Mirad en su mejilla

La rosa del pudor encantadora;
Al Consorte Real, que en ella adora
No ménos la virtud que la hermosura,
Ved. ¡Cuán tierno sonrie
Su labio de coral! Del pueblo ibero,
Que en ella admira tan sublimes dones,
Ya con benigno rostro
Parece recibir las bendiciones.

Así, ¡oh dulce CRISTINA!
Al verte en muda copia,
Del lento Manzanares
Exclama el morador alborozado;
Mas ¿cuál será la mano prodigiosa,
Aunque un Fídias la anime y un Apéles,
Que en terso lino ó sobre losa dura
Ose pintar tu angélica hermosura?

¡Feliz la régia madre que en su seno
Te mereció nutrir, ¡oh maravilla
Que al mundo asombra desde el Gange al Reno!
¡Feliz cual nunca la feraz ribera
Del piélago Tirreno,
Do en tus ojos brilló la luz primera!

No entónces de Caribdi procelosa
Las sanguinarias fauces amagaron
Al nauta devorar. De Scila fiera
No ya ladrando los rabiosos canes,
Los montes de Sicilia estremecieron,
Ni á Encélado del Etna cavernoso

La sempiterna mole atormentando,
Con su nervuda espalda le agitaba,
Y con fragor infando,
De sus hondas entrañas arrancaba
Mares horrendos de encendida lava.
Sereno el éter, plácido Nereo
A la amable CRISTINA saludaron,
Y del amante Alfeo
Las linfas sosegadas, cabe el muro
Del alta Siracusa
Misteriosas el piélago cruzaron,
Hasta libar las ondas de Aretusa.

Desde el fausto momento
En que naciste á ser gloria de Italia,
La blanda madre del Amor vendado,
Más que el pensil de Páfos, más que Idalia,
Precio habitar el síclo horizonte,
Y su adorado voluptuoso templo
Llevó por siempre al Ericino monte.

Cuitadas zagalejas
De la excelsa Parténope, no el viento
De hoy más fatigaréis con vanas quejas;
Que la vírgen augusta cuyos ojos
De Cupido os vedaban los despojos,
Más anhelada que el florido Mayo
Cuando yerma los campos crudo Enero,
Unida al hijo digno de Pelayo,
Parte á reinar en el dosel ibero.

¡Cuán amorosa la mantuana villa
Aguarda á su Señora,
A la que nueva aurora
Va á amanecer en la feliz Castilla!
El tierno corazon del madrileño
En su prolijo tránsito la sigue.
Ya saluda piadosa
Los muros de Mavorte y de Quirino,
Y el alto Capitolio
De los soberbios césares un dia,
Ahora de Pedro venerando sólio;
Ya ha trasmontado el áspero Apenino;
Ya el Alpe giganteo;
Vedla, ya cruza el Ródano famoso;
Ya la rosa de Italia
Embellece los campos de la Galia.

¡Oh ventura! Deidades de Hipocrene,
Cantad ledas, cantad. Ya se avecina
A la dichosa falda de Pirene
La sin igual CRISTINA.
Cien náyades hermosas
Ya del Ter en la márgen cristalina
Su dulce nombre cantan amorosas.

Ya Barcino opulenta, abandonando
El honrado afanar de sus talleres,
Como á diosa la admira,
Y clama y victorea,
Y en inefable júbilo delira.

Del Ebro majestuoso la corriente,
Al ver la linda Esposa de Fernando,
Párase embebecida, y mil amores,
Mil tiernos parabienes susurrando
De la alegre Edetania,
Predilecta mansion de los Abriles,
La envia á los pensiles,
Más plácidos, más bellos
Desde que estampa en ellos
La donosa CRISTINA
Su planta peregrina.

¡Oh, cuán gozosa la ciudad amena
Que baña el manso Turia
Y enriquece la próvida Pomona
La acoge en sus hogares!
Que si un dia la impávida Tizona
Del noble Cid á la morisma impía
Lanzó de su baluarte,
Hoy el amor las glorias oscurece
Del edetano Marte,
Hoy su mejor alumna,
La hermosa de Parténope, que ufano
A sus muros conduce el Himeneo,
En cada corazon graba un trofeo.

Mas ¡ah! vuela, dulcísima consorte,
Del Rey querido á los amantes brazos.
Vén á ser el orgullo de su córte,
Vén á estrechar tan halagüeños lazos.

¿Será que el grato, el suspirado dia
De contemplar el cielo de tu rostro
Jamas el impaciente Manzanares
Vea resplandecer? ¿Será..... Perdona,
Perdona al madrileño enamorado
El importuno ruego,
El incesante afan. Goza en buen hora
Los vivas, la alabanza
De un pueblo que te adora;
No interrumpido triunfo
Sea del astro nuevo
Que ya en el clima hispano reverbera,
La sosegada y plácida carrera.

¿Por qué envidiar su dicha al ausetano,
Si plugo al alto cielo
Que el primero te viese honrar su suelo?
Al Ebro y á Sagunto,
A Setabis y al Tajo
¿Por qué envidiar su gloria pasajera?
Madrid afortunado
Un lustro, y otro, y mil, en su recinto,
Adorando tus gracias prosternado,
De su Monarca amado
Te aclamará consorte deliciosa
Y del pueblo español Madre amorosa.

Así desciende de la altiva sierra
El raudal espumoso,
Y en sesgo curso por el valle umbrío,

No ya torrente, caudaloso rio,
Se acrece y se derrama;
Ora entre juncos y humildosa grama
Callado se desliza,
Ora alimenta el álamo coposo,
Ora la miés naciente fertiliza,
Ora en el ancha vega se dilata,
Ya baña el pié del torreado muro,
Ya domina la ruda catarata.
En tanto el hondo piélago sereno
Á gozarle sin tregua se apercibe;
Abre á sus ondas el salobre seno,
Y huésped amoroso le recibe.

¡Ah! ¿Qué escucho?..... Madrid, el dulce instante
Llegó por fin. En ecos reiterados
Ya del cañon resuena el ronco estruendo,
No presagio de bárbara venganza,
Nuncio sí de concordia
Y término feliz de tu esperanza.

Sobre las altas cúpulas herido,
Tambien signo de paz y de contento
El religioso bronce asorda el viento.

Cien músicas marciales á porfía,
Mezcladas á los víctores ardientes,
Al bronco parche y al clarin sonoro,
Embelesan con célica armonía.

Ya el decrépito anciano,

El robusto mancebo,
El infante, la vírgen candorosa,
Todos, no de otra suerte
Que en torno al romeral ávido enjambre,
Se agolpan á la espléndida carrera,
Do el ávido Diciembre
Viste regocijado
Las galas de la linda primavera.

Aquí brilla la seda, allá el brocado;
Allí se alza un altar al Himeneo;
Más léjos, del egregio Constantino
Las glorias eclipsando,
Renueva su arco insigne,
En loor de CRISTINA y de Fernando,
La noble arquitectura;
Allá el buril ostenta sus primores;
Aquí brilla la mágica pintura;
Allí en dosel de flores
A los timbres de España
Se entrelazan las risas, los amores.

Mas ¿cuál hiere mi oido
Universal clamor?..... ¡Es ella! ¡Es ella!
¡La adorable CRISTINA!
Salve mil veces, divinal doncella.
¡Bien haya tu sonrisa encantadora!.....
Hé aquí, españoles, el dorado siglo.
¡Miradla!..... No es mujer, no; que del cielo,
En su imágen, que el alma lisonjea,
Hoy descendió la fugitiva Astrea,

Á terminar por siempre nuestro duelo
Y á desterrar los crímenes del suelo.

Honor á tí, ¡oh famosa en los anales,
Prosapia de Borbon! á quien España
Tal Monarca, tal Reina ha merecido,
Honor al regio nudo, que apacible
Las llagas cicatriza
Que abrió en la patria la infernal discordia,
Y torna su esplendor á la diadema.
Del heroico Fernando y de CRISTINA
Consoladora prole
Al tálamo feliz lleve Lucina.
Entonen la virtud y la hermosura
El himno de victoria,
Y circunden al sólio castellano
La abundancia, el amor, la paz, la gloria.

II.

Á LA REINA, NUESTRA SEÑORA,

DOÑA MARÍA CRISTINA DE BORBON,

FELICITANDO Á S. M. POR HALLARSE EN CINTA.

(1830)

SONETO.

Alza su cana frente Manzanares,
Coronada de junco y espadaña;
Tiende la vista á los augustos lares,
Y en tierno llanto de placer se baña.
Ya bendicen tu seno en los altares
¡Oh Cristina! el palacio y la cabaña;
Y entonando doquier dulces cantares,
Dos veces Madre te saluda España.
No hay ya temer del hado el fiero encono;
Que nueva aurora el español descubre,
Nueva esperanza del excelso trono;
Así tambien en el templado Octubre
Ledo sonrie el ávido colono
Cuando nube feraz sus campos cubre.

III.

COMPOSICION

REPARTIDA EN EL TEATRO DEL PRÍNCIPE

LA NOCHE EN QUE ASISTIERON SS. MM.

(1832)

SONETO.

¡Ídolo de Madrid! doquier resuena
Ensalzado tu nombre, y mal podria
Tus virtudes cantar la lira mia,
Ni el gozo que á tus pueblos enajena.
Tu excelsa Majestad el templo llena
Consagrado á la plácida Talía,
Y en cada rayo que tu frente envia,
Ve nuevos lauros la española escena.
Salve ¡oh Madre feliz! Ledos cantares
Celebren este dia lisonjero,
La ventura anunciando de tus lares.
¡Ah! ¡Cuál será la tuya, pueblo ibero,
Cuando vea lucir el Manzanares,
Despues de dos *Estrellas*, un Lucero!

IV.

Á LA DIGNA REINA DE ESPAÑA
DOÑA MARÍA CRISTINA DE BORBON.

(1832)

ODA.

No en vano el Español, bella Cristina,
Iris de amor te saludó gozoso,
Cuando á Himeneo tu cerviz doblando
Su sacrosanto yugo,
El lauro de Isabel ceñirte plugo.

Tu corazon postraba la amargura,
Tus fuerzas el dolor, nieto de Alfonso;
Ya á la orilla del túmulo implorabas
La proteccion divina,
Y ángel tuyo y de España fué Cristina.

Aquel semblante cándido, amoroso,
Para nuncio de paz era nacido;
Aquella boca, do las gracias rien,
Plugo elegir el cielo
Para dictar palabras de consuelo.

«Vuestro lloro enjugad, ¡oh desgraciados!
»Los que vagais por extranjeros valles,
»Víctimas del error», CRISTINA exclama
Desde el augusto trono;
«Sois mis hijos, yo os amo..... y os perdono.»

¡Oh beldad generosa! Hijos de Apolo,
De CRISTINA cantad las alabanzas.....
Ó no canteis jamas. Del Pindo excelso,
¿Qué tardas, alma Clío?
Desciende tú á inflamar el canto mio.

Digno premio te dé, Reina adorada,
Ese Dios de clemencia á quien imitas;
¡Oh! ¡Plegue á su bondad que nueva prole
Arrulles en tu pecho,
Nuevo solaz de tu preclaro lecho!

Y pues tú fuiste bálsamo süave
De la ulcerada patria, al caro Esposo
No más aqueje pertinaz dolencia.
No la envidiosa Parca
Robe á la Hesperia un padre en un Monarca.

Mas ¿qué premio mayor ansiar podrias
Que el tierno amor, la gratitud ardiente
Con que tanto infeliz, por tí besando
Los ya perdidos lares,
A tu innata piedad erige altares?

Y cuando alguno á beneficio tanto

Ingrato fuera, si en la mente cabe
Tamaña iniquidad, ¿de tu heroismo
Dónde más noble palma
Que el íntimo contento de tu alma?

Tú verás la lealtad y las virtudes
Renacer en tus súbditos amantes;
Tú verás la discordia sepultada;
Tú verás la ventura
De España, y clamarás: «Hé aquí mi hechura.»

Y el aura muelle de tranquilo sueño,
Del sueño que á los ojos del inicuo
Niega Jehová, se mecerá en los tuyos,
Sin que tu leda frente
Abata acusador el sol naciente.

Y cuando bajes á la tumba helada.....
¡Oh, no amanezca tan infausto dia!.....
Leve será la tierra que te cubra,
Perdurable tu gloria
En el lienzo, en el mármol, en la historia.

V.

A CRISTINA.

EL LICEO.

(1839)

Por tí de la ciencia los próvidos templos,
Que triple candado cerraba, ¡oh CRISTINA!
Triunfantes se abrieron al hijo de España,
Que el yugo y el cáos á un tiempo rompia.

En triste abandono lloraban las artes;
Tendiste á las artes tu mano benigna.
¿Qué mucho? son bellas, y bella naciste;
¿Qué mucho, Señora, si tú las cultivas?

Mas tantos favores estériles fueron,
Sin otro de grande, de inmensa valía.
Do viles cadenas amarran al pueblo,
Desmayan las musas, las artes espiran.

Y tú las cadenas del pueblo rompiste;
Y el genio, que atado lloró su ignominia,
Hoy hiende los orbes con rápido vuelo,
Y alumbra á los siglos su antorcha divina.

Naciente el Liceo su númen te aclama;
Si no le creaste, tu amor le prohija:
Alumna de Apéles, estrella del arte,
Tu influjo le alienta, tu nombre le inspira.

Que en vano el arado la tierra quebranta,
Y vana del hombre será la fatiga,
Y vano el rocío de plácida aurora,
Si el sol no fecunda la oculta semilla.

Haz que honre tu planta la arena apacible
Que á lid generosa las artes suscita,
Tus gracias reflejen buriles y lienzos,
Con himnos de fuego te ensalce la lira.

¿Qué objeto más digno de noble combate?
Amor nos impulsa, la gloria nos brinda;
Y á tí lo debemos, augusta Princesa,
Si en ánsia de gloria se inflama Castilla.

Cantadla, iniciados; alumnos, cantadla,
Y eterno á los fastos legad este dia,
Y adopte el Liceo por lema en su escudo:
«¡Amor á la gloria y amor á Cristina!»

D. F. DE LA PUENTE Y APEZECHEA.

I.

FERDINANDI ET CHRISTINÆ,

HISPANIARUM REGUM,

IN REGIUM CONJUGIUM [1].

(1829)

ODE.

Jam satis tellus gemuit, morante
Vere; brumales agitare pennas
Ausus ¡heu! longis Boreas pruinis
Arva perusit.

[1] El Excmo. Sr. D. Javier Leon y Bendicho, alumno que habia sido del colegio de Escuelas Pías de San Antonio Abad de Madrid, propuso un premio que habia de adjudicarse, entre los que á la sazon lo eran del propio colegio, al que compusiese la mejor oda latina en celebridad de los regios desposorios; y concurrió al certámen, ganando el premio la presente oda sáfica, cuya traduccion española en el propio metro se acompaña.

Veris at gratâ vice jam tepescit
Annus arridens; resonant silentes
Alites sylvas, facilique currunt
Flumina lapsu.

¿Flamma quæ verò juvenile pectus
Urit? en, donis acuente vate,
Nobilis palmæ generosus imos
Concitat ardor.

Numen, huc adsis. Helicone ab alto
Sive, quem multum levat aura, Cygni
Blanda Dircæi, vel amœna pande
Carmina Flacci.

Numen, huc adsis thalamo benignum;
Perlevi tædæ recreantur aurâ,
Paxque discordes miserata terras
Emicat alto.

Audin'ut plausus geminat secundos
Mons fero quondam minitans Tyranno,
Jamque CRISTINA gradiente, dorsa
Ardua flectit?

Talis incedit glomerata Nymphis,
Dum choros ducit pharetrata Virgo;
Orbe sic pleno micat inter ignes
Luna minores.

Virgo currentes beat ore turbas

Regio; lætus ferit astra clamor:
Floridis cingunt honoranda sertis
Tempora Nymphæ.

Scandit auratum penetrale Nubens,
Dum Pudor gressus remoratur imos,
Jamque Fernando sociata fulget
Mater Iberûm.

Pax erit terris; inimica frustra
Sibilat serpens; proprio cruore
Tincta crudeles satiabit iras
Dente cruento.

Palladi tandem pia thura multus
Uret Hispanus: melos insuetum
Dicet, et novos resonabit hymnos
Docta juventus.

Sive tentantes solito furore
Sentiat pubes lituos, in hostem
Ibit arrectos acuentis ungues
More leonis.

Fallor? An Gallus metuenda torquet
Tela, et in nostras rapit ira cædes?
Marte sed truci superatus horret,
Tergaque vertit.

Rursus en longos pelagi labores
Audet, et sævum superante pontum

Classe, contundit populos rebelles,
Juraque dicit.

En erit quando (properate, menses)
Pulcher à Divis generatus Infans,
Imperî afflictis canerere rebus
Dulce solamen.

Tumque cœlesti Calasanz ab arce,
Patrias lætus resonare laudes,
Concinet, Vatis referente blandas
Aëre voces.

TRADUCCION.

Harto tu ausencia, Primavera, mustio
Gime ya el suelo, tu verdor ajado,
Bóreas sañudo al agitar sus alas,
Triste mirando.

Vuelves felice; la callada selva
Pueblan las aves; de matiz los campos
Várias alfombras, y el arroyo gira
Fácil y raudo.

Mas ¡oh! ¿qué llama en juveniles pechos
Prende ardorosa? De victoria el lauro

Mueve al poeta: emulacion arrastra
Férvida al tardo.

Númen, desciende de Helicona, y dime
Bien los sonoros himnos del Tebano,
Ó bien los cultos elegantes versos
Dime de Horacio.

Fácil al regio tálamo preside;
Baja, tu antorcha el cefiro halagando;
Paz ya benigna á la discorde tierra
Manda su lampo.

¿Oyes cuál alzan vítores festivos
Calpe y Pirene, al invasor espanto?
Ora á CRISTINA la riscosa cumbre
Doblan galanos.

Tal entre ninfas voladora mueve
Delia la planta; entre menores astros
Tal, pleno el disco, la argentada luna
Pasa brillando.

Grave sonrisa de la Ninfa vierte
Júbilo al pueblo; por el aire vago
Suben los vivas, y guirnaldas ciñen
Sienes y brazos.

Ya del alcázar los umbrales regios
Tímida huella; que el Pudor sus pasos
Presos detiene; de Fernando ESPOSA,
MADRE al Hispano!.....

Paz á la tierra; la Discordia estéril
Lanza sus tiros, hórrida bramando;
Tinta en su sangre, los rabiosos dientes
Clávase en vano.

Denso, Minerva, en tus sagradas aras
Rinde el aroma el español bizarro;
Dice mil himnos reverente, y nuevo
Cántico sacro.

Ó si la prole generosa enciende
Bélica trompa, al escuadron contrario
Lánzase fiera, cual leon las garras,
Ruge, aguzando.

¿Qué? ¿no blandía la temida lanza
Galo insolente estragos provocando?
Vedle; en la lucha rebatido vuelve;
Cede ya el campo.

Osan de nuevo superar tus iras,
Piélago instable, voladores barcos;
Tiembla el rebelde, y el ibero dicta
Leyes ufano.

¡Ay! será... (¡oh dicha! ¡no volvais! ¡oh tiempos!)
Prole de dioses, sobre el suelo patrio
Gozará España, que al dolor la aclame
Númen y amparo.

Plácido entónces Calasanz la lira

Célica y dulce pulsará; y sus cantos
Hasta ese Trono llevará benigno
Céfiro blando.

II.

Á S. M. LA REINA

DOÑA MARÍA CRISTINA DE BORBON,

DE SUS DIAS.

(1830)

ODA.

Alumnos de Helicona,
Á quien cantar y conmover es dado,
Venid; ya Abril corona
De bella flor el prado,
Ya el canto de la tórtola ha sonado.

Venid, y cantarémos
De primavera el plácido decoro;
Las zagalas verémos,
Rigiendo el laud el coro,
Hollar los campos de esmeralda y oro.

Que en la sirte espumosa
Brama furioso el Ábrego impotente,
Y el ala deliciosa,
El céfiro riente
Entre una y otra flor mece indolente.

Mas ¿qué deidad amiga
Protege, Manzanares, tu ribera?
¿Qué blanda mano abriga
La dulce primavera,
Y vence de Aquilon la saña fiera?

¿Acaso tú, divino
Padre del canto, luminar del dia?
¿Ó tal vez su camino
Por esta selva umbría
Hace la diosa que á Endimion venía?

¿O tú, blanda Citéres,
Tus mirtos y tu rosa aquí plantaste?
¿O tú, benigna Céres,
Este prado miraste,
Y de tus mieses de oro le colmaste?

¡Ah, no! vuestros amores
Para otro valle reservad piadosas;
Los cándidos pastores,
Las zagalas hermosas
Allá de vuestro amor gocen dichosas.

Más que vosotras bella,

En este campo otra deidad preside;
Otra es la rubia estrella
Que bienes mil despide,
Y el mal de aquestas márgenes impide.

Cristina la llamaron,
Hoy, que primera vez su frente pura
Las Gracias admiraron;
Allí do entre verdura
El Sébeto se lanza con presura.

Allí rosa naciente
Abrió su cáliz puro á la inocencia;
Allí puso su oriente:
Amor y complacencia
Del cielo, y de su patria y ascendencia.

Condújola Himeneo
Más tarde á España, prenda de ventura;
La ilusion del deseo
Menor que su hermosura;
Íris de union, de dicha y de dulzura.

Brilla, de paz Aurora,
Do quier reluce puro su semblante,
Do quier es vencedora;
Así Vénus triunfante
Desde que el seno dividió de Atlante.

Flora es de estas riberas encantadas:
Cintia ménos ligera

Bate en Latmo las fieras acosadas;
Ménos potente fuera
En la lid, el terror de Pálas fiera.

Con undosa melena
Cubre el leon su vencedora planta;
Áspero ruge y truena,
Y los ecos quebranta,
Si por CRISTINA al enemigo espanta.

Tan plácida ventura
La edad del mundo el cielo guarde pío;
Ella, ¡oh Patria! asegura
Fundar tu poderío;
Que el *bien*, clama, *de España es el bien mio.*

Esposa..... ¡oh nombre santo,
Que otro más dulce coronar ansía!
¿Será, cielos, que al canto
De la cítara mia
Alma Fecundidad, blanda sonría?

¡SERÁ!..... (Bien lo descubre,
Rasgando el porvenir, mi vista ansiosa);
Antes que muera Octubre,
Madre será la Esposa.....
El trono, firme; España, venturosa!

III.

Á S. M. LA REINA

DOÑA MARÍA CRISTINA DE BORBON,

dedicándole los exámenes del Real Colegio de Escuelas Pías de San Antonio Abad de Madrid.

(1830)

Á vos, Señora, en cuyo seno fia
La venturosa Iberia su esperanza;
Que sus ardientes lágrimas supisteis
Cariñosa enjugar con mano blanda,

Entre el aplauso y vítores festivos,
Que hasta el excelso trono se levantan,
Más puros, cual incienso, al cielo suben
Los débiles acentos de la infancia.

Á vos llegan; que en tanto que de Marte
Por Belona los hijos os aclaman,
Miéntras del seno maternal de Céres,
Miéntras de Vénus eclipsais las gracias,

Los que la senda del Parnaso huellan
Por entre espinas, con cuidosa planta,
Ya no á las Musas, á Cristina piden
De la sagrada inspiracion la llama.

Mas ¡ah! ¿será que entre el sublime coro,
Que vuestra dicha y su ventura canta,
La juventud que Calasanz instruye
Ose mezclar sus voces acordadas?

¡Ah! sí, que junto al árbol que coronan
Manzanas de oro en ramos de esmeralda,
Tambien amante el céfiro acaricia
La tierna rosa del Abril temprana;

Y el mismo tronco que ora desafia
Del Aquilon y el Ábrego la saña,
Breve simiente fuera, ántes que altivo
La pompa de sus ramas desplegára.

Tal, Señora, veréis á la inocencia
Ir de Minerva á las sagradas aras,
Y al sonar vuestro nombre idolatrado,
Lanzarse audaz á la ofrecida palma.

¡Ah! si algo pueden sus humildes voces,
Y si su lira el Helicon halaga,
Vuestro el impulso, vuestra es la victoria;
Su pecho á vuestro nombre se inflamára.

Vos cogeréis sus trémulos acentos:
Del candor y bondad van en las alas;
Que si el candor sobre su frente posa,
En vos su trono las virtudes alzan.

Tal vez ¡oh dicha! en plácida sonrisa

Bañaréis vuestro labio al escucharla;
Tal vez recordaréis al tierno Infante,
Esperanza del cielo á vuestra España.

¡Ah! concédale pronto á sus deseos.....
Vuela ¡oh Tiempo! el instante nos señala;
Que ya la Gloria y Marte y Helicona
Preparan á su frente las guirnaldas.

En tanto ved las lides do los hijos
De Calasanz sus fuerzas os consagran;
¡Ay! CRISTINA es su númen..... Escuchadme:
El premio de su afan..... una mirada.

D. JOSÉ MARÍA CARNERERO.

I.

A LA REINA, NUESTRA SEÑORA, DOÑA MARÍA CRISTINA DE BORBON.

(1829)

SONETO.

Ven, régia Esposa, y de la paz la oliva
Orne tu frente, en que el Amor sonrie;
Llega, y augusto tu esplendor desvie
Nueva ocasion á la discordia altiva.
Escucha al pueblo, á quien el gozo aviva,
Cómo en su Reina plácido se engrie,
Y al ver que á tí su dicha se confie,
Cuál llena el aura en sonoroso *viva;*

Viva que de su cumbre el Pirineo
A remotos confines encamina,
Y se aplaude en el templo de Himeneo;
Miéntras, por tu beldad pura y divina,
Son de la Hesperia universal recreo
Los nombres de Fernando y de CRISTINA.

II.

A NUESTRA AMADA REINA

DOÑA MARÍA CRISTINA DE BORBON.

(1829)

QUINTILLAS.

Pueblos que reinas teneis,
Amadlas, pero á la nuestra
Compararlas no intenteis;
Que es, para la envidia vuestra,
Astro del mundo el que veis.

Y en el bien que dulce y blando
Hoy el cielo nos destina
Admiradnos, contemplando
Que no hay más que una CRISTINA,
Y ésa es de España y Fernando.

III.

A LA EXCELSA

MARÍA CRISTINA DE BORBON,

REINA DE ESPAÑA, EN SU FAUSTO DIA.

(1831)

SONETO.

Astro feliz del Trono castellano,
De egregia estirpe rama peregrina,
Encanto del Esposo soberano,
Reina adorada, angelical CRISTINA,
¿No oyes, Señora, el clamoroso, ufano
Aplauso que hoy el cielo te destina?
El voto es fiel con que en el orbe hispano
Cultos se dan á tu bondad divina.
Dia de gloria y general contento,
Todo placer y union, paz y dulzura,
¿Cómo á loarte bastará mi acento?
De tu radiante sol la lumbre pura
Nunca se extinga, y duracion sin cuento
Tendrá de Iberia la sin par ventura.

D. MARIANO REMENTERÍA.

I.

Á LA LLEGADA Á ESPAÑA
DE LA REINA, NUESTRA SEÑORA.

(1829)

SONETO.

En las selvas del plácido Sebeto,
El arco roto y flecha matadora,
La deidad de los bosques triste llora
De la musgosa gruta en lo secreto.
Amor la roba el más querido objeto
Que en su virgíneo coro la enamora;
Y al Tajo trasladándola, señora,
Rie el rapaz un hurto tan discreto.

«La pena enjuga, dolorida Diana»,
Dice; «que fiel CRISTINA á tus lecciones,
»No las dará al olvido soberana.
»Lo miran ya de Iberia las regiones,
»Donde no bien la planta fija ufana,
»Cuando ha prendido ya sus corazones.»

II.

ROMANCE.

(1829)

Con el clavel más pomposo
Que Flora llegó á mirar,
Una hermosísima rosa
Une el vendado rapaz.

A los jardines de Italia
Los llevó, y en el altar
De Himeneo los consagra
Con juramento inmortal.

Desposadas ambas flores,
Las que en el recinto están
El vínculo dulce aplauden
Y se adornan á cual más.

¿Quién vió casarse las flores?
Pues cuenta con que es verdad:
De Parténope es la rosa,
Y el clavel de España Real.

III.

ANACREÓNTICA.

(1829)

Amor, deja las armas;
Amor, deja la pira,
Y á Citéres te vuelve,
Do ejerza tu malicia.

De tus flechas se burlan
Los que ántes las temian;
Y si el arco blandeas,
No haces huir las ninfas.

De sobra estás, Cupido,
En la mantuana orilla;
¿No ves que ya tu aljaba
Te la robó CRISTINA?

IV.

A LOS DIAS
DE NUESTRA AUGUSTA SOBERANA.

(1830)

Todo es aromas el aire,
Todo galas Aranjuez,
Siendo ya florido trono
Lo que ántes sólo vergel.
El amor entre las rosas,
Como lo hizo alguna vez,
Va, cambiado en abejita,
Susurrando de placer.
Los colorines pintados,
Cantores del parabien,
Hácia las ventanas vuelan
Que ven el Tajo á sus piés;
Y picado Abril, ostenta
De Flora la esplendidez;
Que si se excedió Diciembre,
Abril ¿no se ha de exceder?
¡Oh, cuál están sus jardines,
Gratos trasuntos de Eden,
Y cómo los surtidores
Llueven perlas en dosel!
Tributos son obsequiosos

Á una Soberana en quien
Naturaleza se goza
Y España adquiere su prez.
¡Bien haya tan fausto dia,
Y lléguele eterno á ver
Un pueblo que de sus Reyes
Es idólatra con fe!
Fruto del amor los cielos
Á par tan excelsos den,
Que de sus troncos floridos
Sean un renuevo fiel.
Gozad, Señora, este dia,
Que el de toda España es
Cuando en los gustos que os cercan
Los suyos amante ve;
Y siglos mil decir pueda
De Abril en el rosicler:
«Todo es aromas el aire;
»Todo galas Aranjuez.»

V.

AL FELIZ ALUMBRAMIENTO
DE LA REINA, NUESTRA SEÑORA.

(1832)

SONETO.

Próxima ya la blanda primavera
Á decorar el suelo con mil flores,
Nuncia de sus benévolos amores,
Brota la linda rosa la primera.
Á su vista despéjase la esfera,
Minoran del invierno los rigores,
Y creciendo por grados los colores,
Rie ya la estacion más lisonjera.
No de otra suerte en el jardin de España
Nace Fernanda, rosa entre laureles,
Que con grato rocío el cielo baña.
Míranla absortos los Iberos fieles,
Y ven que su esperanza no se engaña,
Pues vendrán tras las rosas los claveles.

VI.

A LA REINA, NUESTRA SEÑORA,

EN LA MEJORÍA DE SU AUGUSTO ESPOSO Y NUESTRO AMADO SOBERANO.

(1832)

OCTAVAS.

Vuelvan, Señora, á su pristina lumbre
Esos ojos, que el llanto oscureciera,
Y del sólio español en la alta cumbre,
Nueva vida derramen por doquiera.
Igual en el placer ó pesadumbre,
Siempre sois Madre y Reina verdadera,
Bien como dón enviado por el cielo
Para ser de virtud régio modelo.

Inmóvil os miró la blanca aurora
Al teñir tantas veces el Oriente,
Junto á aquel lecho que vuestra alma adora,
Y en que España tambien gimió doliente;
Inmóvil os miró Febo en la hora
En que triste se huia al Occidente;
Inmóvil os miráran todavía,
Á no vencer al mal tanta hidalguía.

Los amantes desvelos, la terneza,
Los suspiros, el aura embalsamando,
¡Cuánto no han ayudado á la destreza
Del arte, sus secretos apurando!
Cede el achaque su letal fiereza,
Triunfa CRISTINA, alíviase Fernando;
Que hasta á natura misma imponen leyes
Ojos que lloran cuando son de Reyes.

¡Lágrimas venturosas! Vuestro riego
Hoy en dos mundos nos producen flores,
Que con vistoso y enlazado juego
Hagan de entrambos un pensil de amores.
Ved, Señora, cuál mana desde luégo
Esa fuente, principio á sus primores,
Cuál sus perlas cayendo se dilatan,
Y vuestras dulces lágrimas retratan.

Miéntras enmedio la robusta palma,
Símbolo de Isabel, la copa eleva,
Cifrando en ella la magnánima alma
De una Madre que ha dado heroica prueba,
Tiempo vendrá que en deliciosa calma
La maternal leccion ansiosa beba,
Y diga sonriendo al tierno padre:
¡Vuestra Isabel será lo que su Madre!

¡Cuán hermoso conjunto no promete
Esta evidencia para España toda!
Será Isabel celeste ramillete
Que en soberano pecho se acomoda;

Y juntando en el regio gabinete
La oliva de *Borbon* la espada goda,
Firme, prudente, amable, peregrina,
Será Fernando Sétimo y CRISTINA.

Crezca sin fin entre los regios brazos,
Desterrando pretéritos enojos,
Pues anuda graciosa fieles lazos
La que es niña feliz de vuestros ojos.
Goce hoy de vos dulcísimos abrazos;
Darála luégo el orbe sus despojos,
Y al ver la copia fiel de vuestro ejemplo,
La llevará la Fama á su alto templo.

VII.

Á LA REINA, NUESTRA SEÑORA,

CON MOTIVO DEL CUADRO

REGALADO Á LA REAL ACADEMIA DE SAN FERNANDO.

(1833)

SONETO.

Docta la antigüedad en sus ficciones,
Creó el grupo de Psíquis y Cupido;
En éste el dón de la belleza unido,
En aquélla del alma las acciones.
De este símbolo ideal las perfecciones
Superar mano excelsa ha conseguido
En sabios rasgos, fresco colorido,
Que eternamente envidien las naciones.
Mas si absortos los ojos examinan
La verdad alegórica que sella
En misterioso y plácido arrebato,
Á vos, régia Pintora, se encaminan,
Diciendo: «¿Es este lienzo ficcion bella,
»Ó es, Señora, más bien vuestro retrato?»

D. JUAN NICASIO GALLEGO.

I.

AL REY, NUESTRO SEÑOR,

EN EL DIA DE SU FELIZ ENLACE CON LA SERENÍSIMA PRINCESA

DOÑA MARÍA CRISTINA DE NÁPOLES.

(1829)

SONETO.

Al clamor de la pública alegría
En que el pecho español su aliento apura,
De cuyos ecos á su cueva oscura
Huye bramando la discordia impía,

Gozad, buen Rey, en tan dichoso dia,
Nuncio veraz de siglos de ventura,
La flor de gentileza y donosura
Que la bella Parténope os envia.
Nunca el dulce placer, Fernando augusto,
Que en vuestra frente generosa brilla,
Anuble de fortuna el ceño adusto;
Y á tan plácida union deba Castilla
Un príncipe feliz, clemente, justo,
A quien doblen dos mundos la rodilla.

II.

AL FAUSTO NACIMIENTO

DE LA

SERMA. SRA. INFANTA D.ª MARÍA ISABEL LUISA.

(1830)

«¡Cuán ciegos los mortales,
»Del esplendor del sólio deslumbrados,
»Ventura tal de la fortuna imploran!
»Si el ídolo que adoran
»Los oyese benévolo, y el sumo
»Bien que ansiosos codician otorgára,
»Como el aroma vil que arde en el ara,
»Su dicha vieran disiparse en humo.»

Así exclamaba un dia
Mi Rey amado, en lágrimas deshecho,
Y el ay doliente al encumbrado techo
Entre el oro y los mármoles subia.
«¿Qué importan, proseguia,
»A la humana ventura el regio trono,
»La pompa ni el poder? Oir gemidos,
»A la tierna amistad negado el seno,
»Y á la verdad augusta los oidos;
»Fingir rostro sereno
»Cuando la pena el corazon devora;
»Juguete ser de adulacion traidora,
»Y ver mintiendo celo á la perfidia:
»Tal es de los monarcas el destino,
»Que fascinada envidia
»La ambicion de los hombres insensatos.
»¡Ah! ¿Qué vale, oh dosel, que al vulgo hechices,
»Si hasta el dón celestial de hacer felices
»Lo acibara el temor de hacer ingratos?
»Sólo es dichoso un rey cuando, depuesta
»La púrpura enojosa,
»Solaz le ofrece la filial ternura,
»Y con su cara esposa,
»De sus amables hijos circundado,
»De inocente placer el vaso apura.

»Mas ¡ay! que no fué dado
»Gozar tan alto bien al alma mia.
»¡Oh cuántas, cuántas veces
»Soñó mi fantasía
»Verlos correr con planta vacilante

»Por los jardines de Aranjuez floridos;
»En puro estanque á los dorados peces,
»Con el sabroso cebo seducidos,
»A su mano atraer; sobre una rosa
»Sorprender la versátil mariposa;
»Ó ya, afectando varonil talante,
»De caña armados ó sarmiento rudo,
»Honrarme graves con marcial saludo!
»¡Engañosa ilusion! ¡Fantasmas vanos
»De apariencia falaz! Benigna suerte
»Da á mis caros hermanos
»En prole hermosa descendencia larga,
»Y en su estancia feliz brilla festivo
»Rumor de inquieta y plácida alegría,
»¡Cuando tristeza amarga,
»Silencio, soledad reina en la mia!
»Así mi angustia crece,
»Y el curso de los años fugitivo,
»Prolijo, eterno á mi dolor parece.
»¿Y no es mejor que, á compasion movida,
»Dé fin la muerte á mi gemir cansado,
»Que estar sin esperanza condenado
»A atravesar el yermo de la vida,
»Como en el aire exhalacion ligera,
»Que sin dejar señal cruza la esfera?»

Con tan lúgubre acento
Fernando se quejaba
En las tinieblas de la noche umbría;
El són de su lamento
Por las excelsas bóvedas vagaba

Cual eco sordo de huracan lejano.
Llamando al sueño en vano,
Que de sus mustios párpados huia,
Sintió que de repente,
Balsámica esperanza al pecho dando,
Una voz celestial así decia:
«Alza, buen Rey, la congojosa frente,
»Cese tu largo duelo
»Y el ya fecundo tálamo prepara;
»Que en augusta doncella te depara
»La ansiada sucesion piadoso el cielo.»
Oyó el Monarca atónito y ufano
Los gratos ecos de la voz divina.....
Cuando improvisa al horizonte hispano,
Astro de amor, apareció CRISTINA.

De las playas amenas
Donde desagua el Ter entre jardines,
Hasta el campo feraz que el Tajo baña,
La venturosa España,
Mostrando alegre su esplendor bizarro
Con danzas y festines,
Recibe de su Rey la Esposa bella.
Siguen las Gracias la florida huella
Que estampa el calce del triunfante carro,
Y en grupos mil la cercan los amores,
Jugando en torno en apacible vuelo.
Luce en sus labios el carmin del alba,
Brilla en sus ojos el fulgor del cielo,
Hácela el coro de las aves salva,
Y al ver en su mejilla el dulce oyuelo,

De la sonrisa y los donaires nido,
Bate las palmas el rapaz Cupido,
Que con su dedo le imprimió en la cuna,
Présago de su gloria y su fortuna.

Admiróla Madrid; sus bellos ojos
La alborozada poblacion suspenden,
Por los vecinos campos extendida.
El bronce truena; la montaña herida
Revoca el eco; las esferas hienden
Cien lenguas de metal, y hasta en la cumbre
De las torres y alcázares se agolpa
La inmensa muchedumbre,
Gritos sin fin de aclamacion lanzando;
Calles, plazas y templos atronando,
Sube el clamor de vítores al cielo,
A par que de los altos miradores,
Batiendo el blanco velo,
Rinden las damas á su Reina hermosa
Tributo en vivas y homenaje en flores.
Ella en tanto, graciosa,
Aquí y allí con plácido saludo
Su amable risa y su bondad ostenta,
Y el bullicioso júbilo acrecienta,
Miéntras embebecido,
Al diestro lado el Rey la contemplaba,
Sobre un potro lozano,
Que blanca espuma en derredor lanzaba,
Temblando el suelo al asentar la mano.

Así la córte ibera

Festejó Reina y hospedó Señora
A la Ninfa gentil, á quien en breve
Dará de Madre el nombre venturoso.
Sí, que la diosa que á Endimion adora
Ya el término cumplió de giros nueve,
Y el próspero momento
Se acerca..... ¿Ois?..... ¿Qué extraño movimiento,
Qué rumor nuevo la quietud altera
De la régia mansion? ¿A la ancha plaza
Por qué tan presuroso
El pueblo corre y con ardor se abraza?
¿Cuál anuncio dichoso
Da fuego al bronce, el címbalo voltea?
¿Qué cándido pendon al viento ondea?

¡Oh claro, oh bello dia,
De almo consuelo y de memoria eterna!
¿Cómo la lira mia
Sabrá cantarte dignamente, y cómo
Pintar al vivo la expresion sublime
Con que ansioso Fernando,
Padre feliz, en la mejilla tierna
Del fruto de su amor el labio imprime
Por la primera vez? Al dulce beso,
Con otros mil la acarició CRISTINA,
Que lánguida mirada,
De vanagloria y regocijo llena,
Fijó en su Esposo, y luégo
Su prenda idolatrada
Se paró á contemplar con faz serena.
¡Con qué inefable amor, con qué embeleso

Los rasgos examina
De aquel gracioso angélico semblante!
Sus facciones no ve; las adivina
Con maternal penetracion, en ellas
La copia hallando de sus formas bellas,
Y enmedio al gozo que su pecho siente,
El muerto brillo de sus labios rojos
Y una cuajada lágrima en los ojos
Reliquias son de su penar reciente.

Tal suele en Guadarrama
Caliginosa tempestad formarse
En seca tarde del ardiente estío.
Vese la parda nube desplegarse,
Tendiendo el manto lóbrego y sombrío,
Y en ráfagas sin fin de viva lumbre
El rayo serpear, crujir el trueno,
Hasta que, abierto el seno,
Rompe sañuda en túrbidos raudales,
Que piedras, troncos, mieses arrebatan
Con ímpetu feroz..... En breve, empero,
La nube pasa, y por el bosque verde
El sol esparce su esplendor primero,
Sin que otro indicio apénas le recuerde,
Que en las tranquilas hojas suspendida
Gota brillante, en perla convertida.

La nueva en tanto cunde
En alas de la fama; de Isabela
El claro nombre por los aires vuela
Y entre el público aplauso se difunde.

¡Cuánto alborozo el pueblo carpentano
Ante el alcázar regio
Ostenta amante en redoblados vivas!
De músicas festivas
Alterna el coro, y en jovial tumulto
Los hijos todos del recinto hispano
Celebran fieles á su Infanta bella.
Óyese del lejano
Confin del suelo astur el canto grave,
Que en círculo anchuroso,
Lento y seguro pié, compasa y mide;
El baile estrepitoso
De la feliz Valencia, do preside
La morisca dulzaina; allí resuena
El crótalo andaluz al són alegre
Que las béticas playas enajena;
Allí cuantos la orilla
Vió nacer del Jalon, del Miño y Segre
Renuevan hoy en danzas y cantares
Gratos recuerdos de los patrios lares.
¡Oh tú, preciosa niña, objeto caro
De tanto aplauso y general contento;
Tú, que quizás con infantil quejido,
Forzosa deuda que á natura pagas,
Respondes sólo á mi cansado acento!
Duerme, tierna Isabel, duerme, reposa,
Y las musas iberas,
Que en tu alabanza el jubilo reuna,
Para adornar tu cuna,
De mirto y lauro tejerán festones,
Y de heroicas acciones,

Que el timbre augusto de Borbon realzan,
Te servirá de arrullo el noble canto.
Duerme, y permite que tu Madre hermosa,
Ora asustada al eco de tu llanto,
Goce tranquila en dulces ilusiones
De tu ventura el porvenir risueño;
Que la española fe te guarda el sueño.
Y tú, sol de Fernando, Reina amada,
Que absorta y muda el ánimo recreas
En tu cara Isabel, y en tal instante
Ni el mismo trono olímpico deseas,
Gózala un siglo, y el afan materno
Compense en gracias su niñez serena,
Como el susurro de Favonio tierno
Paga en fragancia cándida azucena.
Que allá en el tiempo que de veinte abriles
Sus ojos vieren renacer las flores,
Y el mundo á sus encantos juveniles
Ofrezca adoracion, tribute amores;
Si de Iberia en el sólio soberano
Dieren las patrias leyes
Asiento digno á más feliz hermano,
Cien poderosos reyes
De las lejanas y vecinas zonas
Rendirán á sus plantas cien coronas.

D. MARIANO LARRA.

CON MOTIVO DE HALLARSE EN CINTA

NUESTRA MUY AMADA REINA

DOÑA MARÍA CRISTINA DE BORBON.

(1830)

SONETO.

Guarda ya el seno de Cristina hermosa
Vástago incierto de alta dinastía,
Y ya la patria conocer ansía
De quién ha de ser madre cariñosa.
Tú, Amor, que al pié del ara religiosa
A los Esposos enlazaste un dia,
Recuerda que el ibero te pedia
Directa sucesion, larga y dichosa.

Y hoy, que anuncia el alegre clamoreo
El dón felice, que esperando queda,
Sirve tambien al general deseo.
Tú desde ahora sobre el regio fruto
Vela incesante, porque España pueda
Rendirle pronto de su fe tributo.

D. VENTURA DE LA VEGA.

I.

AL REY, NUESTRO SEÑOR,

FELICITÁNDOLE

POR HALLARSE EN CINTA SU AUGUSTA ESPOSA.

(1830)

SONETO.

Si te negó hasta aquí prole querida,
Piedad fué ¡oh Rey! del cielo, que lo ordena;
Pregunta á España, de recuerdos llena,
¡Qué fué la primavera de tu vida!
¡Cautivo tú, la patria dividida!.....
Mas no probó tu amor la amarga pena
De contemplar envuelta en vil cadena
Tierna prole inocente y perseguida.

Hoy, orlada la sien de mirto y rosa,
Torna Fecundidad, y en sosegado
Vuelo sobre tu tálamo se posa,
Al ver que, defensor de tu fortuna,
Tu trono guarda el Español armado,
Y el Vástago Real mece en la cuna.

II.

Á LA REINA, NUESTRA SEÑORA, DOÑA MARÍA CRISTINA DE BORBON, EN SUS DIAS.

(1831)

Cuando al volver con el ardiente Julio
La bienhadada aurora,
En que á tu nombre el español exhala
Himnos de amor, Señora;
El trueno del cañon; en la gigante
Torre, del bronce herido,
El trémulo clamor; del ronco parche
El bélico sonido;
Abierto el templo á la plegaria santa,
Do entre la densa nube
Del incienso que al cielo se levanta,
El voto ardiente de las almas sube;

Todo es placer y amor; permite ¡oh Reina!
Que esta olvidada lira,
Que ni inmortalidad ni gloria espera,
Lance un sonido, y á las plantas muera
De la misma belleza que la inspira.

Oidos que están llenos
Del blando halago del cantar de *Laura*,
Y del dulce ruido
Que forma triste el aura,
Meciendo los laureles que la tumba
Cubren de *Tasso* y de *Maron*..... Oidos
Que en la cuna arrullaron
De *Herminia* los gemidos,
Los tristes ayes del furioso *amante*
Y la trompa de *Dante*.....
¡Cómo halagar pudiera, humilde y frio,
El desmayado són del canto mio!

No ménos dulce, al rutilar tus ojos
Sobre la cumbre cana
Del alto Pirineo,
Unió su voz la musa castellana
Al popular ardiente clamoreo.—
¡Cristina!—¡Oh! ¡Cuál se goza
Mi pecho al recordarlo!—
Sí, yo te vi.—De la triunfal carroza,
Con galano ademan dulces miradas
En el gozoso pueblo,
Que en apiñado grupo te seguia,
Amorosa fijabas;

Parecióme que tierna preguntabas
Á cuántos tristes consolar debias.

Á España entera consolaste, ¡hermoso
Iris de paz y amor! ¡Tu ruego puro
Al cielo hizo piadoso,
Padre á Fernando, al español dichoso!
. . . . . .
¡Ay! De tan alta dicha ser no puedo
Digno intérprete yo.—Vuelve al olvido
Á que el destino te condena, ¡oh lira!
Por la postrera vez los vientos hiere;
Lanza un sonido, y á las plantas muere
De la misma belleza que te inspira.

III.

COMPOSICION

LEIDA EN EL TEATRO DEL PRÍNCIPE, LA NOCHE DEL 13 DE JUNIO, EN SOLEMNIDAD DE LA PROMULGACION DEL ESTATUTO REAL.

(1834)

Noche de esclavitud y mudo espanto,
¿Quién destrozó tu manto denegrido?
Yugo cruel, que nos pesabas tanto,
¿Quién de nuestra cerviz te ha sacudido?

¿Qué nueva Armida la region del llanto
En pensiles de amor ha convertido?
¡CRISTINA fué..... Miradla! ¡Aquellas manos
Rompen vuestras cadenas, ciudadanos!

No en balde la esperanza entró en el pecho
Cuando te vimos por la vez primera;
Que ese rostro de amor nos dió derecho
Á presagiar la dicha venidera.
El vaticinio se cumplió. Tú has hecho,
Ángel consolador de España entera,
Que hoy reciba gozoso de tu mano
Su libertad el pueblo castellano.

Miéntras en tu regazo reclinada
Crece Isabel, y de tu ejemplo aprende,
Fia que España con la diestra armada
Su cetro y su corona le defiende;
Y al ver que por tu mano encaminada,
Con ella al Trono la virtud asciende,
¡Reina feliz! resonará en tu oido
La bendicion de un pueblo agradecido.

IV.

LA REVELACION.

(1835)

Un dia..... (que eternamente
Recordará el Español)
Vimos bajar de repente
Desde el Pirene eminente
Una Ninfa como un sol.

«¿Quién eres?», le preguntó
El númen de la montaña;
«Cristina soy», respondió.
Cruzó la mitad de España,
Y al Manzanares llegó.

Robaba los corazones
Con su beldad sobrehumana,
Y entre cien aclamaciones
Lanzó sus antiguos sones
La lira del gran Quintana.

Sentóse la Ninfa hermosa
En el trono castellano,
Y de allí intentó amorosa
Nuestra cadena afrentosa
Romper con su propia mano.

El tirano enfurecido
En vano tendió la garra;
Ya de nuestra vista ha huido,
Y para tumba ha elegido
Las montañas de Navarra.

Llámanle allí su *señor*.
Y *Cárlos Quinto*..... en memoria
De otro tirano opresor
Que nos recuerda la historia,
Insigne batallador.

Cárlos tambien..... ¡Oh mancilla!
Que osó llamar deslealtad
Al grito fiel de Castilla,
Y en la sangre de Padilla
Ahogó nuestra libertad.

Y éste juzga, cuando cede
A impulsos de torpe mano,
Que ya á su modelo excede.
Sí; que en lo grande no puede,
Pero puede en lo tirano.

¡Necio! que triunfe, y verá
Que es de un partido el juguete;
Atado al trono estará,
Y su corona será
Argolla que lo sujete.

Mas CRISTINA supo dar

Nuevo aliento al patriotismo,
Y las leyes restaurar
Que sepultó en Villalar
El monstruo del despotismo.

Y el timon de España fia
Al patriota liberal
Por quien se alzó en Portugal
La tierna doña María,
Reina constitucional.

¿Quién es, pues, esa Sirena
De tan mágico poder,
Que así nuestros votos llena,
Que así ha podido romper
Tan remachada cadena?

¡Españoles, escuchad!
Bajo ese rostro, dechado
De encantadora beldad,
Entre nosotros ha estado
Oculta la *Libertad*.

V.

A LA REINA GOBERNADORA.

(1835)

SONETO.

La Guardia Nacional, que ves armada,
En torno tuyo y de Isabel velando,
Y la antigua bandera ufana alzando,
De cívicos laureles coronada,
Es la misma que un tiempo denodada
Ante el muro de Cádiz peleando,
Defender quiso de extranjero bando
Su independencia nacional sagrada.
¡Y qué! ¿Otra vez con bárbaras cadenas
A la nacion magnánima española
Los fuertes brazos el tirano amarra?.....
¡No!..... miéntras haya sangre en nuestras venas,
Cristina augusta..... Una palabra sola.....
Y á los campos volamos de Navarra.

VI.

EN EL ACTO
DE IR LA REINA AL PALACIO DE LAS CÓRTES

Á JURAR LA CONSTITUCION, EL 19 DE JULIO.

(1837)

¡Ah! ¡quién podrá olvidarlo! Una mañana
—Era Diciembre encapotado y frio—
Al festivo clamor de la campana,
Se alzó Madrid en bullidor gentío.

La inmensa muchedumbre, que impaciente
La vasta calle de Alcalá llenaba,
Una hermosura de risueña frente,
Y una esperanza en ella, contemplaba.

Su dorada carroza se movia
Sobre apiñadas frentes á millares,
Y el esquife de Vénus parecia
Meciéndose en la espuma de los mares.

Aquel mirar de maternal desvelo,
Aquella tez de rosa purpurina,
Aquel vestido de color de cielo,
—¡Ah! ¡quién podrá olvidarlo!—¡era CRISTINA!

Mas, no sólo la Reina, no la hermosa,
En ella absorto el Español miraba;
Vió en ella una promesa misteriosa
Que en el fondo del pecho se ocultaba.

Y la cumplió; que apénas, asombrados,
Vimos con rutilantes resplandores
En la márgen del Sena tremolados,
Iris de libertad, los tres colores,

Ella, esperanzas pérfidas burlando,
De llanto de placer sus ojos llenos,
A *Isabel* en sus brazos levantando,
«*Vuestro* es el porvenir», gritó á los buenos.

Nuestro, sí; que á esa prenda de ventura
Otra prenda feliz hoy acompaña:
El *código sagrado* que asegura
Trono á *Isabel* y libertad á España.

Al santo grito la nacion responde,
En tu defensa ¡oh Reina! armando el brazo.
—¿Dó están los ciegos? ¿los ilusos dónde,
Que no bendicen tan glorioso lazo?

¿Que inflamados de súbito alborozo,
Al mirarte hoy pasar, ángel divino,
No han bañado con lágrimas de gozo
Las rosas que alfombraban el camino?

¿Dónde están?—En la hueste rebelada:

Allí están, sólo allí.—Los que blasonan
De idolatrarte, libertad sagrada,
Hoy se abrazan y olvidan y perdonan.

¡Union! ¡union!—¡Oh! caigan, ciudadanos,
A los piés de *Isabel* nuestros rencores,
Así como arrojaban nuestras manos
A su carroza deshojadas flores.

VII.

A LA REINA GOBERNADORA
DOÑA MARÍA CRISTINA DE BORBON,

VISITANDO EL LICEO ARTÍSTICO Y LITERARIO DE MADRID.

(1838)

Cuando la griega juventud volaba
Al campo de la gloria,
Y al macedon guerrero arrebataba
El sangriento laurel de la victoria,
¿Quién á blandir la fulminante lanza
Robusteció su brazo?
En el estrago de feroz matanza
¿Quién su pecho alentó, quién, sino el fuego
Del entusiasmo ardiente

Que corrió en viva llama por sus venas,
Cuando escuchó elocuente
Tronar la voz del orador de Aténas?

Tú fuiste, ¡oh santo fuego!
Tú, quien el duro mármol animaba
Bajo el cincel del inspirado griego;
Tú, quien la trompa de Maron sonaba;
En cuanto el mundo á la memoria ofrece
De eterno, de elevado,
Tu creador espíritu aparece;
Tú, ante el funesto vaso envenenado,
En el alma de *Sócrates* brillabas;
Tú la mano de *Apéles* dirigias,
En la lira de *Píndaro* sonabas
Y la lanza de *Arístides* blandias.

Mas ¡oh! ¿por qué, ofuscada,
A tan remota edad vuela mi mente?
La centella sagrada,
De la aureola de Dios destello ardiente,
Que de la antigua Grecia derruida
El canto melodioso
Eternizó y el brazo belicoso,
¿Yace entre sus escombros extinguida?

No.—Como chispa eléctrica impaciente,
Que presa en frio pedernal, no pudo
Brillar, hasta que siente
De acerado eslabon el golpe rudo;
Así en medroso pasmo

En tu pecho dormia,
Juventud española, el entusiasmo;
Mas cuando el regio acento generoso
Retumbó por los ámbitos de España,
Del Pirene riscoso
Al confin andaluz que Atlante baña,
Estalla al fin la mágica centella,
Las almas conmoviendo,
Y el abatido pueblo se levanta,
Y en sed de gloria ardiendo,
Lidia el guerrero y el poeta canta.

¡Todo ya es entusiasmo, todo es vida!
Navarra muestra su campaña en sangre
De rebeldes teñida;
Allí guerrera juventud, clamando
¡Cristina! ¡Libertad! en ronco acento,
La espada desnudando,
La vaina arroja al viento,
Y al són del himno nacional se lanza
Con noble bizarría
Sobre la hueste audaz, que el polvo muerde
En *Luchana*, *Arlaban*, *Mendigorría*.

Aquí los que sintieron
Su pecho palpitar, en mudo asombro,
De rodillas cayeron
Ante la vírgen pura,
Cuyo rostro de cándida hermosura
Y maternal desvelo
Reveló al gran *Murillo* el mismo cielo.

Los que el sagrado canto
Que entonaba Leon en arpa de oro
Oyen con tierno llanto,
Y al Dios del almo coro
Alzan tambien el cántico sonoro.

Ó al robusto sonido
De la trompa de *Herrera*, ante sus ojos
Ven, cargadas de bárbaros despojos,
Á las veleras naves españolas
Victoriosas bogar, cuando *Lepanto*
Con turca sangre enrojeció sus olas;
Todos en lazo fraternal unidos,
Digno templo á las artes elevando,
Reparan ya los himnos merecidos,
Y aprestan los pinceles,
Con que en la edad futura eterna sea
La fama de esa hueste generosa,
Que por su Reina hermosa
Y por la santa libertad pelea.

Mas ¡oh! ¿qué nuevo rayo
De luz las liras y los lienzos dora,
Como á los campos del florido Mayo
El resplandor de la rosada aurora?
¿Me engaña mi deseo?
¡Vedla!..... ¡Es ella!..... ¡Es CRISTINA!
Su presencia divina
Baña de lumbre el español *Liceo*.

Busca en tu dulce lira

Cómo pintar su célica hermosura,
Que amor y gloria inspira,
Si al humano poder por dicha excedes,
Inspirado poeta;
Búscalo tú, pintor, si hallarlo puedes
En el vário color de tu paleta.
Pintadla augusta, hermosa,
Sobre el excelso trono castellano,
La frente hollando del rebelde fiero,
Y con risa bondosa,
Ciñendo de laureles con su mano
Al pintor, al poeta y al guerrero.

VIII.

BARCAROLA

cantada en la fiesta que dió S. M. en su Real Casino el dia 24 de Julio de 1846, en celebridad de los dias de su augusta Madre D.ª MARÍA CRISTINA DE BORBON.

(1846)

Barquilla que conduces
Tanto tesoro,
Envídiente las naves
Cargadas de oro.
¡Preciosa barca!
En tí va la riqueza
Mayor de España.

Deslízate orgullosa,
Que va en tu seno
La halagüeña esperanza
De todo un pueblo:
La Ninfa hermosa,
En cuya frente brilla
Régia corona.

Va tambien á su lado,
Vertiendo amores,
La que con ella parte
Adoraciones:
La Infanta bella,
Que en virtudes y gracias
Tambien es reina.

Y la Madre que á entrambas
Meció en la cuna
Y prodigó el tesoro
De su hermosura;
Y aunque dió tanta,
Todavía á su rostro
Sobraron gracias.

Conduce la serena
Nave dichosa;
Que sobre el manso rio
Duermen las olas.
¡El cielo quiera
Que así corran los dias
De su existencia!

Y ojalá que en la inmensa
Nave española,
Do afanosos ¡oh Reina!
Tus hijos bogan,
Á puerto amigo
Por tan serenos mares
Lleguen unidos![1].

1 Esta barcarola, puesta en música por el maestro Valldemosa, se cantó durante el paseo que dió la familia Real por la ria del Casino en góndolas venecianas

D. AGUSTIN DURÁN.

I.

TROVAS

en lenguaje antigo castellano, con motivo de la suspirada succesion q'ofresce el Real tálamo de nuessos augustos Monarcas

DON FERNANDO VII Y DONNA MARIA CRISTINA.

(1830)

Comienza el trovador la su fabla con los nuessos Sennores Reyes.

Mannificos Reyes, muy grandes Sennores,
A quienes somiso el orbe s'inclina;
Potente Fernando, fermosa CRISTINA,
Que de las Espannas sois dominadores,

Aun otra vegada en trovas vayores
Y antigo lenguaje sonando mi lira
La voz adelino, et como m'inspira
Oid de mi labio los dinnos loores.

Cuando enardescido cantó ya mi acento
Las dichas, las glorias qu'el cielo nos daba,
Y el santo imeneo nos pronosticaba
Dando á nuessa patria venturas sin cuento,
Mis votos entonce llevó el raudo viento
Al solio sublime del Omnipotente;
Beninno los mira, los oye clemente,
Dejando doquiera conhorte et contento.

E cuidá, Sennores, la mi profescia
Ser ya muy cercana del acomplimiento,
Et como elevado es el pensamiento
En los inspirados de la poesía;
Fuirá cual predige la triste agonía,
Faránse clemencia los crudos rigores,
Tornaránse penas en dulces amores
Y la discordancia en santa armonía.

Fiducia me tenno de ver acomplida
En lo al que fallesce la mi adivinanza,
Respira la tierra plascencia, bonanza,
Et ya se despierta la planta adormida;
La rissueña Aurora atiende et convida
Al Abril, qu'ofresce otoño abundoso;
Ya de los Borbones el árbol frondoso
A las nuves alza su copa florida.

Cantar bien quisiera el noble blason,
Y el alto destino que Dios nos prepara,
Et como dolores Espanna repara
Et cuanta alegranza nos da vuessa union;
Si aquesto m'es dado, non mas gualardon
Pretendo acucioso nin mas gloria quiero
Que ser en Castiella el omme primero
Que aclame las dichas d'aquesta Nascion.

Aqui el trovador fabla con nuessa Sennora la Regna.

Muy sannosso et fiero privónos el Fado
Gozar acrescidas una et dos vegadas
Del tálamo regio las prendas amadas
Qu'omilde pidiera el regno acuitado;
Mas á Vos, CRISTINA, está reservado
Ser de nuessa Patria el íris de paz,
Que presta contento, plascer et solaz
Tan dulce et sabroso como es deseado.

A Vos, que venistes de gracias y amores
Cercada, cual rosa de la primavera,
Vírgen desposada en su edad primera,
El Cielo prepara muy ricos favores:
Pisaréis la tierra cubierta de flores,
Y el gremio fecundo veréis adornado
Con tiernos pimpollos qu'el Orbe admirado
Omilde et contento aclame Sennores.

Non lejano el dia está apetescido,
Magüer no assaz presto lo falle esperanza,
Pues nunca al qu'espera le viene abastanza
Si non su deseo atiende acomplido;
Empero ya l'aura del Mayo luscido
Con blanda frescura falaga las flores,
Prestando á los campos brillantes colores,
Faciéndonos muestra del bien prometido.

Estonce, Sennora, cuando el regio fruto
Tennais en los brazos del ferviente amor,
Menbradvos acaso de aquel trovador
Qu'en lengua no usada vos rinde tributo:
Et pues en las fembras es dulce atributo
Graciosa clemencia, de los mal fadados
Qu'alla en lueñes tierras se ven olvidados,
Tenné remembranza y acábese el luto.

Retorne el esposo á par con su amada
Qu'á su Padre el fijo estreche en los brazos,
Que nada separe amor nin sus lazos,
E á la fin se mire la pena acabada;
Assaz ya plañeron, assaz aquejada
Fué estranna ribera con tantos gemidos;
Miradlos, Sennora, miradlos rendidos
Qu'en vos su esperanza la tienen fundada.

Noble intercessora sed con vuesso Esposo,
Non plañir aqueje d'oy mas nuestro suelo,
Fuyan de la Espanna contristanza et duelo;
¿Qué negarvos puede un rey tan piadoso?

Nin acaso espera cual padre amoroso
Si non suplicanza que vos le faredes,
Si non el renuevo que le presentedes,
Del muy casto lecho tan bello et prescioso.

De mil bendiciones anssi rodeada
Vos ofresce el cielo un'ora pequeña,
Que aluego el contento fará muy risueña,
Cresciendo de Espanna su dicha doblada;
El bástago regio d'union tan presciada
Será firme prenda d'atanta aventura,
Será sol radiante que faga la escura
Noche claro dia, la niebla abajada.

Perínclita prole et real descendencia
A este dón primero verná proseguida,
Dando á los leales vigor nuevo et vida,
Cual d'astro propicio beninna influencia;
Anssi se propaga amor, paz, clemencia,
Qu'es de la amistanza dulce engendradora,
Seyendo en las almas potente Sennora
Et qu'es en los reyes virtud ó escelencia.

Torna el autor la su fabla al Soberano Reye.

Ilustre Don Reye, Fernando animoso,
Rompiendo los velos del tiempo futuro,
Logró ya mi lira fallar amor puro
En los mis deseos y el muy venturoso

Destino, qu'apresta un Dios poderoso
Al tálamo egregio qu'ocupa CRISTINA,
La Ninfa de Iberia presciada et divina,
Qu'vos quiere amante y os face dichoso.

Sennor escelente, en Dios adquirido,
Cuando en vuestro seno paterno cuidado
Sentir faga el gozo de ver renovado
El ser que os anima et reproduscido,
Cuando rescibamos el apetescido
Muy sabroso abrazo de la qu'os adora,
Primera vez madre é dinna Sennora,
Non mi omilde canto ponnais en olvido.

El sublime, el fuerte, el gran varon
Cual sedes Fernando ensalza al caido
Faciendo su gala de dar al rendido
Mano bienfechora en toda ocasion:
Anssi procediendo, la noble razon
Al templo de gloria su nomme adelanta
Et un monumiento eterno levanta
Qu'al tiempo futuro será admiracion.

Tal vez se desfizo el rayo fulgente
Que Dios irritado lanzar pretendia,
Cuando Vírgen Madre fervorosa et pía
Con prieces desarma la mano potente;
Nuves tormentosas no el cielo consiente
Cuando luna, estrellas et soles pisando,
Por l'omme mezquino somisa priegando
Se muestra la madre del fijo innocente.

Hayan piedad todos, Sennor, y el sagrado
Fruto d'imeneo cuando abra los ojos
Et venna á la vida, no falle ya enojos
Nin mire con plantos el Regno turvado;
Al muy blando ruego et muy regalado,
Que faceros quiera la fecunda Esposa,
Prestá grato oido con alma piadosa,
Et de bendiciones vereisos colmado.

En mi pecho agora un nuevo ardor siento,
Que sobre los ommes audaz me levanta,
Et que me devora, m'anima, m'encanta,
Et llena mi alma d'amable contento:
La mi voz inspira fatídico aliento;
Seredes, Fernando, el rey generoso,
Que duelos acabe et ponna dichoso
Fin á tanta pena et tanto tormento.

Cabo.

Anssi vuesso nomme verase ensalzado
Por la muy sublime et sacra poessia,
Et darades muestra de sabidoria
Seyendo de reyes heroico dechado.
Las artes, las ciencias qu'aveis amparado,
El esausto Regno por Vos produsciente,
Juntos vos aclamen piadoso, clemente,
Padre de la Patria bienaventurado.

II.

TROVAS A LA REINA, NUESTRA SEÑORA,

por la salud recuperada de nuestro amado Monarca, su augusto Esposo, D. Fernando VII, y en celebridad de sus decretos.

(1832)

Yo soy aquel, Señora,
Que, modulando el arpa dulcemente,
Al regio alcázar penetré, y mi canto,
Llevado por las auras de Occidente,
En el hablar de antiguos caballeros
Y de nobles guerreros,
De la heroica Castilla prez y gloria,
Al templo de Memoria
Ensalzó vuestros dones soberanos,
Honor de los leales castellanos.

Introduccion.

Cual vagorosa y pálida fantasma,
Los ámbitos de Hesperia discurria
La discordia fatal; mas vino el dia,
Y á los rayos de un sol resplandeciente
Se ostenta la virtud hermosa y pura,
Y triunfa lealtad, y da á su frente
Áurea corona de eternal ventura.

Cumplióse la esperanza
Que en mi anhelante corazon ardia,
Cuando en lengua no usada repetia
La ley de amor que se publica agora.
Á vuestro ruego se debió, Señora,
Y á vuestro tierno llanto,
Que regaló la mano soberana
Del castellano Rey, y al dulce encanto
De amor y de ternura.
¡Qué no puede piedad con hermosura!

Mas ¡oh Reina! mi lira,
Mi lira, que cantó vuestros loores
En aquel noble idioma
Que á los Reyes hablaron mis mayores,
De nuevo agora toma
El vuelo que empezó cuando cantára
Aquel feliz momento
De cumplida esperanza
Y plácido contento,
Do, cual Cípris salir de entre las olas,
Jugar con los amores,
Pisar la arena produciendo flores,
Te miraron las playas españolas.

Y tambien te ensalcé, sublime Diosa
De Parténope, á Hesperia don preciado,
Ya como dulce Esposa,
Ya como erguida flor de la mañana,
Que fecunda y lozana,
De régia sucesion nos ofreciera

El suspirado bien, y ópimos frutos,
Ya como Madre, en fin, que nos cumpliera
Cuanto en ferviente anhelo
Humildes demandábamos al cielo.

Comienza la trova.

Átropos cercaba el lecho doliente
Del Reye querido, del noble Fernando,
É con su tixera Lachésis consiente
Ir ya de su vida el filo cortando.

España llorosa con triste gemido
En vano procura assir d'Esperanza
El borde del manto que lleva vestido,
C'amor aun apénas á verle l'alcanza.

Finojos en tierra, é puesta en el cielo
La vista, las manos piadosas tendidas,
La sangre en las venas parada qual yelo,
Apénas pronuncia sus prieces rendidas.

Via de discordia l'agudo puñal
La dueña fermosa cevarse en su pecho;
Sintió en sus entrañas ferida mortal,
Por odios causada, furor é despecho.

Et via funestos los campos yermados,
Et via de sangre cubierta la tierra,

Et via ¡qué horror! los valles sembrados
De cruentos despojos de más cruda guerra.

«Volvedme, clamára, ¡oh Dios prepotente!
»Del caro Monarca la preciosa vida;
»Volvedla, volvedla, mostradvos clemente,
»C'aun non soy de males antiguos guarida.

»Aun tengo en el seno profundas señales,
»Qu'extraños ficieran por verme leal,
»É aun fierve discordia, qu'á los naturales
»Separa et divide con odio fatal.

»¡Ay de mí! ¿Quál fuera mi grave mancilla
»Si el sol que m'alumbra agora acabára?
»Lo que ¡ay infelice! á la florescilla
»Si el Rey de los astros su luz apagára.»

Tornó Dios los ojos al ruego ferviente
Que la madre España ácia él dirigía,
É vió cabe el lecho del Reye doliente
La muy cara Esposa, que triste gemia;

Et vióla angustiada, el pecho pasado
D'acervos dolores, d'agudo tormento,
En amargo planto el rostro bañado,
Ansi fallesciente et ya sin aliento.

Pálidos agora, si un tiempo ostentáran
Sus labios presciosos al carmin vencer,
Se miran qual lirios que yelos quemáran

Apénas comienza su aurora á nascer.

Mustias las mexillas, qu'antes rosas fueron,
Hoy á l'azucena prestáran albura,
Al rostro fermoso aun más lo fizieron
L'angustia, la pena, dolor é tristura.

Amor la sostiene, amor del qu'adora;
Descanso refuye, se niega al reposo,
É qual si nasciese homilde pastora,
Ansi l'alta Regna atiende al Esposso.

Ella sus dolores amante calmava,
Conhorte le diera su boca divina,
É á par qu'á Fernando la muerte amagava,
La dulce esperanza fallóla en Cristina.

¿Et qu'estónces fizo el vil cortesano?
¿Qu'estónces fiziera el fiel servidor?
L'uno retirava su pérfida mano,
L'otro triste planto vierte de dolor.

Empero Cristina, toda á sus amores,
Non mira ni atiende, non pone memoria
Al brillo del Trono; qu'entre los dolores
Están sus deberes et falla su gloria.

Horrible discordia, magüer escondida,
Su fúnebre tea comienza á esgremir;
¡Ay quántos de males, España aflexida!
¡Ay quántos de males ternás que sofrir!

Mas non, qu'el Potente depuso su rayo,
Et pára del tiempo las alas ligieras;
Al brazo de muerte causóle desmayo,
É al punto l'embota sus armas muy fieras.

Como d'un letargo recuerda el leon
Qu'á Iberia domina, poderoso, fuerte,
Et siente el latido d'aquel corazon
Que tuvo ya elado la mano de muerte.

En torno á sí escucha et va desechando
Del alma entorpida el frio veleño,
É dice á los hommes: «Aun vive Fernando,
»Aun vive et alienta, España, tu dueño.»

Estónce, CRISTINA, tus ojos brillaron,
Tu faz añublada s'ostenta radiante,
Lágrimas tu rostro preciosas bañaron,
Et muestras plasciente l'augusto semblante.

«Mi amor, mi regalo, mi bien, dulce Esposso,
»Ya non compro cara la dicha de verte;
»¡Oh felice dia, do fallo reposo!
»¡Triunfo de mi gloria, que vence á la muerte!»

Dixo. Conmovido á tan dulce encanto
É á tamañas pruebas de virtud é amor,
El Reye beninno enjuga aquel llanto,
Que ya es d'alegranza, si fué de dolor.

É asióse del cetro, señal de poder,

É dióle á la Regna de su corazon,
É díxola estónce: «Tú debes de ser
»Solaz et plascencia de nuessa nascion.

»En tanto qu'el cielo me torna salud,
»El bien de mi Patria te fio, t'entrego;
»Manda, rige, impera, et sea virtud
»Iris de concordia, de paz, de sossiego.

»Verá que su estrella lusciente l'inclina
»Ansi el castellano leal, siempre fiel,
»Á ser venturoso por vos, mi CRISTINA,
»Miéntras brille l'astro de nuessa Isabel.

»Por fembras Castiella tambien fué regida,
»É un mundo adquirimos allá en Occidente;
»Granada por fembras se vió conquerida,
»Por fembras triunfamos del Moro valiente.

»Aragon, Navarra ansí s'adunaron,
»É á Castiella dieron la fuerte et leal
»Por fembras el cetro, é á España l'ornaron
»De láurea corona, que non tiene igual.

»D'u alcuña de Reyes la muy noble rama,
»Venida del tronco de un grande Borbon,
»Por fembras al cetro Castiella la llama,
»É á fembras se debe la Real succession.

»Ansi todo el tiempo que yaga doliente
»Falle en vos, CRISTINA, bienaventuranza

»El Regno, et m'aclame piadoso, clemente,
»Me dando en l'Espossa sincera loanza.

»Si, empero, á mi vida destino fatal
»La flama apagasse con que brilla agora,
»Seredes del pueblo somisso, leal,
»Plasciente conhorte et fiel guardadora.

»Por vos coronada, de nuessos mayores
»En el regio trono veráse Isabel,
»La prenda inocente de nuessos amores,
»Sin mengua é ceñida del sacro laurel.»

Atal fabló el Reye, et luz de consuelo,
La paz, l'alegranza su pecho bañaron;
Contento divino desciende del cielo,
É todas dolencias d'allí s'apartaron.

Respira la Patria; ya l'aura d'amor,
Batiendo sus alas, circunda la tierra;
Ya pálidos fuyen crueza é rigor,
Et truécanse paces anuncios de guerra.

La Madre del pueblo, prestando obediencia
Al regio querer, tremola la palma
D'aquel dón divino de santa clemencia,
Que penas guaresce, remedio del alma.

Et non, non creades fatiga perdona,
C'al punto s'allega prudentes varones,
É ansi les dirige la noble Matrona

Con voz falagüeña atales razones:

«Del Reye, mi dueño, del siempre piadoso,
»Oid, ricos homes; oid, mis leales,
»Oid de mi labio el muy generoso
»Decreto que fina los odios é males.

»Ábrase á Minerva el templo cerrado,
»Perezca ignorancia, que triunfe el saber,
»Resuenen los ecos d'Apolo sagrado
»É tornen sublimes de nuevo á nascer.

»Vuelva el infelice al pié de los lares,
»La espossa é los fijos contemple anheloso,
»É á quien de la Patria separan los mares
»Fallar pueda en ella l'ansiado reposo.

»É si á pesar mio d'esta bienandanza
»Alguno mezquino disfrutar non puede,
»De verse en mejora la dulce esperanza,
»En su desventura, al ménos le quede.

»Magüer que lexano, su triste gemir
»Será respondido de mi corazon,
»É acaso en un tiempo podrá conseguir
»Del Reye, á mi ruego, feliz compasion.

»En tanto, qu'espere fallar el solaz,
»Ca ya me preparo á enjugar su lloro,
»Et ya le conduce al templo de paz
»La mano piadosa del Dueño qu'adoro.»

Cabo.

Ansi de la Regna la fabla beninna
Cesó blandamente; el pueblo gozoso
Exclama adunado: *Loor á* CRISTINA,
Que triunfe años luengos á par de su Esposso.
É yo, de mis dueños leal servidor,
Qu'acato á las fembras cual cosa divina,
É soy caballero é soy trovador,
Ensalzo á los Reyes Fernando é CRISTINA.

D. MARIANO ROCA DE TOGORES,

MARQUÉS DE MOLINS.

I.

Á LA REINA, NUESTRA SEÑORA,

en ocasion de la solemne entrega de banderas y estandartes con que honró su Real mano al ejército español en el fausto primer cumpleaños de la Serma. Sra. Infanta Doña María Isabel Luisa.

(1831)

ODA.

Tornó, tornó la aurora bienhadada
En que, á gozar la prepotente silla,
Vió nacer de su Reina idolatrada
Progenie bella el pueblo de Castilla.
Ya tornó, y nacarada
Pinta zafir y púrpura su manto,

Como despunta el luminar del dia,
Teñido el cielo en nieve y amaranto,
En la mañana del Abril frondoso.....
Musas de Iberia, celebradla en tanto
Que al són humilde de la lira mia
Repito vuestro acento jubiloso.

Mas no; que ya en mi seno
Siento del patrio amor hervir la llama;
Callad, que el pecho, lleno
De entusiasmo, se inflama,
Y el ardiente volcan que dentro cunde,
Derramado en mi canto enardecido,
Lo robará al olvido;
Que basta el nombre de CRISTINA solo
A que envidie mis cánticos Apolo.

CRISTINA, la que el cielo en grato dia
Uniera con Fernando,
Por ella mil venturas prodigando
Á la fiel española monarquía;
La dulce poesía,
Repitiendo festiva sus cantares,
Entona con placer tus alabanzas;
Que en vergonzoso olvido
El ingenio español en pobres lares
Yacia, y protegido
Por tí, bella CRISTINA, cobra aliento,
Por tí recibe el premio merecido,
Por tí suben felices al Parnaso
Los hijos de Leon y Garcilaso;

Por tí la escena hispana
Un digno templo levantarse mira,
Donde se rinda culto á Melpomene,
Que partirá las palmas con su hermana,
Cuando su voz resuene
Al eco suave de armoniosa lira;
Por tí fecunda gira
Corriente blanda en el desierto llano,
Y con su riego bienhechor y puro,
El rubicundo grano
Esparcirá seguro
El labrador honrado castellano,
Y por tí sentirán la férrea quilla
Los páramos inmensos de Castilla.

Ni olvidar al guerrero,
Si bien tranquilo guarda descansando
El vengador acero,
Y sólo, el trono excelso rodeando,
En la defensa vela
Del amado Fernando,
Ó á reseña marcial ansioso vuela,
Aguijando al bridon con ruda espuela.

No le olvidas, ¡oh Reina!
Que apénas desde el alto Pirineo
Viste á tus piés las blancas banderolas
Ondear entre las filas españolas,
El ferviente deseo
Sintió tu pecho, entónces dilatado
Á vista de tu imperio ilimitado,

De eternizar con bélica bandera
El dia venturoso
En que el cielo propicio concediera
A tu adorado Esposo
Dulce fruto de plácido himeneo.....
Y alzaste al fin tan próspero trofeo.

Le alzaste, sí; que miro
En los regios salones rodearte
Cien caudillos valientes,
Émulos dignos del bistonio Marte,
Que reciben gozosos de tu mano
Los augustos pendones,
Y al escuchar tu acento soberano,
Juran regir los fuertes escuadrones
Con la noble arrogancia
Que al soberbio tirano
Logró abatir de la agresora Francia.

Mas ¿qué nuevo murmullo estrepitoso,
Qué nuevo grito de placer resuena?
Confusa vocería
Se escucha, y corre ansioso
Alegre pueblo á la espaciosa arena;
Con marcial armonía
Conciertan los sonoros instrumentos;
El bronce mugidor festivo truena,
Y del mantuano alcázar ostentoso
Retiemblan los fortísimos cimientos.

No á tí, tierna Isabel, el estampido

Del tronante cañon imprime susto,
Que naciendo heredastes el robusto
Valor de tu linaje esclarecido;
Tu varonil oido,
Nieta de tantos héroes, se gozaba
Con el fiero ruido,
Y sin temblar miraba
Tu párpado inocente
Cual blando halago el ademan valiente.

¡Prenda de bendicion! tu gracia pura
¡Cuán gratos ¡ay! recuerda los afanes
Que costaste al nacer! Esa hermosura
Que el sér te dió, partiendo sus amores
Con Fernando y su pueblo, hoy eterniza
En bordado pendon tantos favores,
Y desde el alto mirador infunde
Su aspecto lisonjero
Esfuerzo noble al español guerrero.

No de otro modo, en ademan ardiente,
La Reina vencedora de Granada
Se mostraba al ejército valiente,
Y á su vista la hueste denodada
Corre á vencer á la morisca gente,
En sus muros altísimos fiada;
Que tanto puede el bravo castellano
Si una augusta beldad arma su mano.

Esa que tremolais, régia bandera,
Os conduzca, campeones, á la gloria,

Y el Dios de las batallas poderoso
Con ella os dé victoria;
Y si Belona fiera
Prueba turbar el plácido reposo
Que el cielo á nuestra España concediera,
Corred, volad, y el pérfido enemigo
Tiemble, sintiendo en ella su castigo.

Sí: volarán y vencerán, Señora,
Y humilladas las bélicas legiones
A vista de tu enseña triunfadora,
Rendirán destrozados sus pendones,
Así como á tu vista encantadora
Rinde el pueblo leal sus corazones.

Mas nunca, nunca la discordia impía
Ose manchar con sangre de españoles
La bandera de union y de alegría;
No cruentas victorias
Llore al mirarla el vencedor cansado;
Sólo materno amor, dulces memorias
Al jóven esforzado
Recuerde, y paz divina
Ostente al par que el nombre de CRISTINA.

«Mirad, dirán las madres afanadas,
» En su hogar apacible, á los hijuelos,
» Las banderas pacíficas mostrando;
» Ésas fueron al viento desplegadas
» Por la feliz Esposa de Fernando,
» En honra de aquel dia

» En que plugo á la sábia Providencia
» Con bella descendencia
» Bendecir de Borbon la dinastía.
» La paz entónces dura,
» No son signo de muerte ni de horrores;
» Sus variados colores
» Recuerdan sólo amor, sólo ternura.....
» Como el íris del ancho firmamento,
» Símbolo de esperanza y de contento. »

II.

ISABEL PRIMERA Y CRISTINA.

(1836)

SONETO [1].

La primera Isabel trueca en rodelas
Esas galas que envidian las matronas;
En recios cables y manchadas lonas
Sus brinquiños, joyeles y escarcelas.
Hienden la vírgen mar sus rotas velas,
Y al arribar de las opuestas zonas,
Reportan á Castilla más coronas
Que surgieron del puerto carabelas.
Tú, que armaste, CRISTINA, los guerreros
Por tu mano tambien, ¡cuánta más gloria
Mereces á los siglos venideros!
Que no es tanto en los fastos de la historia
Quien su yugo cargó de polo á polo,
Como quien hace libre á un pueblo solo.

[1] Leido en el teatro del Príncipe, en una funcion á beneficio del armamento de 100.000 hombres decretado en 1836, en el cual la Reina CRISTINA equipó á sus expensas el regimiento á que se dió el nombre de *Cazadores de la Reina Gobernadora.*

D. JOAQUIN FRANCISCO PACHECO.

Á LA REINA, NUESTRA SEÑORA,

CON MOTIVO DE SUS DECRETOS DE 15 Y 30 DE OCTUBRE.

(1832)

Vedla avanzarse y de la paz seguida,
Por la esperanza y el amor llevada,
En lecho de jazmines reclinada,
Y dando en derredor contento y vida.

DON JUAN DONOSO CORTÉS, *La venida de Cristina.*

«Yace, sí, yace en vergonzoso olvido
»Y en polvo funeral la musa mia,
»Inútil á la plácida armonía,
»Tambien inútil al letal quejido.
»Yace: la llama ardiente
»Del férvido entusiasmo que agitaba
»Mi pecho estremecido,
»Que en mis ojos brillaba y en mi frente,

»Cual relámpago huyó, y en lugar de ella,
»Helado soplo de ceniza fria
»Grabó en el corazon su eterna huella.

»Empero ¿qué cantar? Extraviada
»Vaga la vista en afanoso anhelo,
»Y en vano pide al irritado cielo
»Objeto digno de cancion sagrada.
»Doliente luto oprime
»Los tristes hijos de la antigua Iberia;
»Con eco de afliccion su pecho gime,
»Y en su rostro se escribe la miseria.
»¡Patria de amor! de la discordia impía
»El agudo puñal hiere tu seno;
»Y ese manto rasgado,
»Esa lágrima fria,
»Ese quejido de amargura lleno.....
»No, patria, no; mi musa,
»Cuando el destino tu esplendor desdora,
»Su grande acento desplegar rehusa:
»No canto yo miéntras Castilla llora.»

Pensaba así: mi planta vacilante
A soledad estéril se alejaba,
Huyendo la confusa gritería;
Mi lira, en otro tiempo resonante,
Con enérgica mano desechaba;
Llanto de rabia en mi mejilla ardia.
«¡Salud, desierto valle, bosque umbroso,
»Morada de la paz y del reposo,
»Asilo dulce al corazon doliente,

»Salud! Mi triste pecho,
»Mi pecho, ¡ay Dios! que para amar naciera,
»En tempestad tan áspera y rugiente,
»Sólo de tí su salvacion espera.

»Mas ¿por siempre ha de ser? ¿Negado el dia
»Nos estará de plácido consuelo?
»¿Se ha cerrado tal vez la tumba fria?
»¿Es de bronce quizá su oscuro velo?
»Esperad, esperad. Yo vi tronando
»Estremecerse en derredor la esfera,
»Arder los cielos en inmensa hoguera,
»Conmoverse la tierra vacilando;
»Y luégo vi que su color brillante
»El cielo recobró, la fuente pura
»Su apacible murmullo,
»Y que en vez del estruendo horrisonante,
»Escuchábase sólo en la espesura
»De enamorada tórtola el arrullo.
»¿Por qué no así? Del miserable humano
»Tal el destino decretó la suerte,
»Entregando su vida á la mudanza:
»Esperad, esperad.»—«¡Consuelo vano!
»¡Insensato! abandona la esperanza:
»Infelice serás hasta la muerte.»

Tremendo són, que retumbó en mi oido
Cual huracan del polo desatado
Ó cual ronco bramido
De tormentoso mar. Sobre mi frente
Erízase el cabello

Al sonido fatal, la voz se hiela,
Respiro apénas condensado ambiente,
Ambiente sepulcral, que en torno vuela,
Y en tanto el eco sordo
La terrible amenaza repetia
Con nuevo horror, y en prolongado trueno
Con nueva furia el corazon heria.

¿Quién fué? ¡Cielos! ¿Quién fué? Quizá la mente
Lo que entónces mirára
Recordará otra vez; el labio, empero,
Jamas ¡ay Dios! manifestar lográra
De la cruda vision el trance fiero.
En vano, ¡oh musa! en vano
Me cedieras tu acento y tus colores;
Podrás cantar al hombre y sus horrores,
El rayo, el trueno, el férvido Oceáno.....
Mas no te es dado la infernal braveza
Que se descubre en él; ni esa mirada,
Que luce cual siniestro meteoro;
Ni ese agudo puñal; ni aquella tea,
Que en azufrada lumbre
Cual torbellino del averno humea;
Ni la bárbara risa
Que de su labio cárdeno derrama
Cuando al fulgor de la estallante llama
Se baña en lloro y esqueletos pisa.

«No hay esperar: triunfé.»—Con ronco acento,
Así dijo su voz, que el raudo viento
Cual mugido de tumba repetia.

Entreabrir se veia
La nube oscura que su frente vela,
Y su mirada de feroz contento
Cual trueno espanta y como rayo vuela.
«Triunfé: por siempre al carro
»De mi victoria encadené la España
»Con nudo indisoluble, diamantino;
»Sufra el ibero mi terrible saña;
»Mi hoguera y mi puñal son su destino.»

—«¡Blasfemo!», iba á clamar, cuando su dedo
Tiende, y señala en el inmenso espacio;
Y á su ademan gozoso,
Flamígero nublado y horroroso
Flotante miro sobre el real palacio.
«¡Muerte, muerte!», gritaba. «¡Hermana mia!
»¡Descarga la segur! Glorioso dia
»El destino concede á mi esperanza;
»Descarga la segur, su frente hiera,
»Y nuevo campo de feroz matanza
»Abrir verás cuando Fernando muera.»

Mas ¡ay! rayo estallante
Cruza abrasando el cielo enardecido,
El trueno se derrama resonante,
Y estremécese el orbe á su estampido.
¿Por qué? ¿por qué se apaga
De su mirada atroz el fuego impuro?
¿Por qué ese surco de su rostro oscuro?
¿Por qué helado vapor en torno vaga?
¿Llegó quizás?..... ¿Llegó?—«¡Monstruo execrable!

» Largo tiempo tu enseña de dolores
» Sobre el suelo español has agitado;
» Húndete para siempre en el abismo,
» Y deja que renazcan los amores
» En la patria feliz del heroismo. »

Y al sonar esta voz, el alto cielo
A torrentes derrama pura lumbre,
Y allá del polo en la elevada cumbre
Luce el astro de paz y de consuelo.
Miradla: es ella, es ella;
Ved el leve carmin de su mejilla,
Ved la azucena de su frente bella,
Mirad el fuego que en sus ojos brilla,
Su gracioso ademan, la tierna mano
Con que del infeliz enjuga el lloro,
Su pecho, que palpita compasivo,
El eco dulce de su hablar sonoro.....
Es ella, es ella, que en modesto traje
Áun luce más; la cándida aureola
Que su hermoso cabello enseñorea,
¿No vale más que la diadema de oro
Con que tal vez el crímen se rodea?
Contempladla, jamas tan refulgente
El ígneo sol á su cenit camina
Como, elevando la sencilla frente,
¡Ángel de paz! apareció CRISTINA.

Apareció..... Desciende,
¡Oh musa celestial! Las vagorosas
Cándidas alas por el aire tiende,

Ceñida en torno de fragantes rosas.
Desciende; ya mi lira
Se agita de placer; arrebatado
Hierve mi pecho, y el cantar sonoro,
En metálico acento prolongado,
Mi voz eleva hasta el celeste coro.
Desciende; nunca ¡oh Musa!
Mayor objeto se ofreció á tu gloria;
Nunca el dulce poder de la armonía
Fué consagrado á tan feliz victoria.
Que canten otros mortandad, ruina,
De cruda asolacion el triste llanto;
En los plácidos sones de mi canto
Sólo reina el amor, sólo CRISTINA.

« Paz y contento á la querida España. »
Así siguió. « Que sempiterno olvido
» Su velo de salud extienda en ella,
» Y el bálsamo felice derramando,
» De su acerbo penar borre la huella.
» ¡Amor y paz! Al eco rencoroso
» El cántico gozoso
» Suceda del placer y la ventura,
» Y al afan de inquietud y de amargura
» Plácida calma de eternal reposo.
» Venid: mi amante seno
» A todos se abrirá: todos iguales,
» Todos mis hijos son..... Cuando pisaba
» La cumbre del altivo Pirineo,
» Por madre vuestro labio me invocaba.....
» Pues vuestra madre ser es mi deseo. »

Y lo serás, ¡Cristina! y entre tanto
Que exista un Español, y arda su seno,
De puro gozo y arrogancia lleno,
Madre te aclamará con tierno encanto.
¿Su júbilo no ves? ¿Las bendiciones
Que llueven sobre tí? ¿tanta oleada,
Cual de piélago inmenso, que á estrellarse
Viene, ¡oh Reina! en tu feliz morada,
Con tu angélica vista á consolarse?
No, no la adulacion su lengua mueve,
No la lisonja vil, yo te lo juro;
Pero es su corazon, su acento puro
Como el rayo del sol en blanca nieve.

¡Ay! ¡si tú, descendiendo
De ese brillante sólio do presides
En gloria eterna á la nacion hispana,
Siguieras ¡oh Cristina! el alto estruendo
Que acompaña á tu voz! ¡Si penetrases
En la morada umbría,
Albergue un tiempo de mortal tristeza,
Y ya por tí de plácida alegría!
Si el acento escuchases
De tierna madre, de anhelante esposa,
Que estrecha contra el seno sus amores,
¡Y enjuga el llanto, y de placer rebosa!.....
Entónces, ¡Reina! entónces,
¡Cómo gozáras tú! ¡cuál, derramando
Lágrimas de contento y de ternura,
Tú bendijeras el felice mando,
Que así vierte la paz y la ventura!

¡Desdichados, vivid! Rotas se miran
De dura cárcel las ferradas puertas,
Y en vez de muerte en sus prisiones yertas,
Ya vuestros pechos la salud respiran.
Vivid..... mas á sus plantas
Corred primero á presentar la ofrenda
De vuestra gratitud, el fiel tributo
En que se cambia el doloroso luto,
De perdurable bien segura prenda.
Yo á vuestro frente iré; yo..... y ¿quién osára
No acompañar, aunque con pobre acento,
El eco grande de placer y gloria,
Que sube ufano por el ancho viento?
¿A quién, á quién no alcanza
La voz de la piedad?..... Si tú, felice,
Siempre fuiste leal, siempre prudente,
¿Quién te dice, insensato, quién te dice
Que de la atroz calumnia
Exento estás al acerado diente?

¿No tuviste un hermano? ¿no un amigo?.....
Perdona, ¡oh Reina! si al sonar tal nombre
Se destempla mi voz, y no prosigo.

Lágrimas, y no canto,
El pecho brota, pero lloro tierno,
Lloro de gratitud, de amores llanto.
En prisiones moraba..... Lazo eterno
Me unió con él desde la edad primera;
Un techo nos cubriera,
Comun nos fué la plácida alegría,

Y el acerbo pesar comun nos fuera.
Y luégo..... si inocente,
Víctima triste de venganza odiosa.....
¡Ay! no lo sé..... pero la Parca impía
Sobre su débil frente
Agitaba su mano poderosa.
Y vive, ¡por tí vive! y á mi pecho
Ya le puedo estrechar, y el dulce olvido
Borró de su desgracia la memoria!.....
¿De qué sirve el cantar?..... ¡Fuera la lira!
¡Lágrimas, y no más, á tanta gloria!

Y mil y mil cual yo..... — Vuelan en tanto
Los ecos de dulzura
En las alas del céfiro sonante,
Y ni el inmenso piélago de Atlante,
Ni del alto Pirene la espesura
Los pueden contener. ¡Hijos de Iberia!
Vosotros, ¡ay! los que en region extraña,
Sumidos en la rabia y la miseria,
Tornais la vaga vista
Al cielo dulce de la bella España;
Vosotros, que flotando
De incierto mar entre las turbias olas,
Un vale postrimero de agonía
Mandábais á las playas españolas.....
¡Ay! ¡quizá vuestro acento
Tan sólo les pedia
Do reclinar la lánguida cabeza,
Y breve espacio para tumba fria!.....
Pues vosotros volved: vuestro lamento

En júbilo tornad, que de CRISTINA
A la voz bienhechora, omnipotente,
La valla de Pirene ya se inclina
Y el mar os presta su feliz corriente.
Volved, volved: los amorosos brazos
Ved cuál os tiende nuestra patria cara.....
¡Maldicion, maldicion á quien osára
Romper jamas tan inefables lazos!

¡Eterna maldicion!..... Pero en mi lira
¿Por qué esa voz de pesadumbre suena,
Cuando olvido feliz todo respira,
Y ambiente de placer el aire llena?
¿No lo sentís? ¿El estandarte ibero
No mirais desplegarse, que ondeando,
Cargado de laureles,
De eterno bien el plácido sendero,
¡Astro de gloria! nos está mostrando?
Al agitarle la adorada Esposa,
Del caro Rey en el doliente pecho
Bálsamo de consuelo se derrama,
Y en su ajada mejilla,
Do el gozo se retrata en que rebosa,
Lágrima dulce de ternura brilla.
Jamas, jamas ¡oh Iberia!
De Pelayo la fúlgida corona
En tan augustas sienes descansára;
Jamas tal Soberana dominára
Del yerto polo á la abrasada zona.

¡Sigue, sigue feliz!..... Mi débil musa

Ya desfallece, ¡oh Reina! ya el aliento
Falta en el corazon, y la voz muere.
Mas, ¿qué importa mi voz, si el vago viento,
Dilatando otras mil, el polo hiere?
¡Oh! ¡Siempre, siempre así! ¡Siempre llevado
En sonido de amor tu nombre veas:
De eternas bendiciones,
De júbilo incesante rodeada,
Ídolo dulce de la España seas,
Y modelo y envidia á las naciones!.....
Ora hierve en mi seno
Sangre de juventud: cuando se apague,
Allá en el borde de la tumba fria,
Su ardiente llama; cuando incierta vague
Mi vista débil, y la Parca impía
Con tremenda segur mi frente hiera.....
Áun me volveré á tí. Sobre ese trono
De inmarcesible gloria,
¡Lumbre de Iberia! brillarás sentada,
De venturosa prole coronada,
Que dilate á los siglos tu memoria;
Y puro gozo agitará mi pecho,
Y de mis ojos, que la muerte inclina,
Y de mi labio trémulo y deshecho,
Salud y amor te mandaré, ¡Cristina!

D. B. SEBASTIAN CASTELLANOS.

AL PRÓXIMO ALUMBRAMIENTO

DE LA REINA, NUESTRA SEÑORA.

(1832)

ANACREÓNTICA.

Venid, venid, pastores,
De Mántua á las riberas,
Venid á ver el fruto
Que CRISTINA presenta;

El Manzanares rie,
Se alegra la pradera,
El aire se embalsama,
Y huyen de aquí las penas.

Y hasta los pajarillos
Parece que se alegran,
Y en el alcázar regio
Esperan ver la enseña.

¡Qué de felicidades
Llenarán estas selvas,
Causando el regocijo
De la nacion entera!

Cuando el cañon retumbe,
Cuando tiemble la hierba,
Venid á ver el fruto
De nuestra amable Reina;

Y con vuestras zampoñas
Y alegres castañuelas,
Decid: ¡*Viva* CRISTINA!
Al són de las panderas;

Decidla: «Reina amada,
»Sea bendito, sea,
»El fruto de tu vientre,
»Para bien de la Iberia.»

D. MIGUEL DE LA CÁMARA CANO.

AL PRÓXIMO ALUMBRAMIENTO
DE LA REINA, NUESTRA SEÑORA.
(1832)

OCTAVA.

En ánsias crece la nacion ibera,
Cual vuela el tiempo, y la hora se apresura
De adorar régia prole lisonjera,
Que la paz en sus pueblos asegura.
Del Manzanares leda la ribera
Retorne el eco, suene en su onda pura
Del cañon fulminante el estampido,
Nuncio feliz de un Príncipe nacido.

D. JOSÉ DE ELOLA.

AL CUMPLEAÑOS DE LA REINA,

NUESTRA SEÑORA,

DOÑA MARÍA CRISTINA DE BORBON.

(1832)

SONETO.

Dormida en pobre y silencioso lecho
Há tiempo que mi lira reposaba;
Y, aunque no de contínuo, suspiraba,
Sin dar alivio al angustiado pecho.
Al crujir el cañon retumba el techo,
Despiértala el ruido que sonaba,
Y al levantarse, tímida pensaba
No estar segura en sitio tan estrecho.

Mas ¡ay! que el duro bronce resonando
No era signo fatal, sí de contento,
Pues mil ecos al cielo trasportando,
De Cristina publica el nacimiento,
Que esposa ser debia de Fernando,
Y de españoles lauros el aumento.

D. ADOLFO RIBELLE.

Á LA REINA, NUESTRA SEÑORA,

POR EL BENÉFICO DECRETO DE AMNISTÍA.

(1832)

SONETO.

¡Pueblan el aire los alegres vivas,
Estalla el bronce sin pavor sonando,
En loor de CRISTINA y de Fernando
Canciones mil entónanse festivas!
¡La Envidia y la Discordia vengativas
Huyen de Hesperia, con furor bramando!
Y espada y fiel Astrea abandonando,
Manos tiende el ibero compasivas.

«¿Por qué te admiras?», una voz exclama;
«Hoy de CRISTINA la piedad decreta
»Paz al hispano pueblo y amnistía.»
¡*Viva* CRISTINA! el español aclama,
Y del Pirene hasta la hercúlea Meta,
¡*Viva* CRISTINA! el eco repetia.

D. FLORENCIO GOMEZ PARREÑO.

Á LA REINA, NUESTRA SEÑORA,

CON MOTIVO DEL DECRETO DE AMNISTÍA DADO EL 15 DE OCTUBRE.

(1832)

SONETO IMPROVISADO.

No hay virtud más heroica y eminente,
Segun el mismo Dios nos ha enseñado,
Que la de socorrer al desgraciado
Y la de perdonar al delincuente.
Esta grande virtud tan altamente,
Admirable CRISTINA, has estudiado,
Que en tu inmortal decreto has demostrado
Que la posees admirablemente.

¡Oh íris de paz! ¡Oh memorable dia
Quince de Octubre, para toda España!
¡Cómo reprimes la enemiga saña
Con tu especial decreto de amnistía!
Providencia tan sábia y tan divina
Tu nombre hará inmortal, bella CRISTINA.

D. EUGENIO DE TAPIA.

AL FELIZ ALUMBRAMIENTO DE LA REINA, NUESTRA SEÑORA.

(1832)

OCTAVAS.

Del piélago sonoro de Occidente
Inmensa nube de vapor sombrío
Se alza tal vez, y eclipsa de repente
La roja luz del abrasado estío.
Pálido el labrador, del rayo ardiente
Despojo teme ver su caserío,
Y el helado granizo á más le espanta,
Que la dorada miés fiero quebranta.

Pero ni el rayo asolador encierra
La oscura nube, ni la piedra fria,
Sino la fresca lluvia, que á la tierra
Próvido el cielo por su bien envia.
Cae mansamente el agua en la alta sierra,
Y torna al seco valle la alegría;
Píntase el íris con matiz hermoso,
Que paz anuncia y plácido reposo.

Áun más que el labrador, triste se azora
La ilustre Mantua, cuando ve á Cristina
Pálida como la luz de turbia aurora,
Lanzando de su boca peregrina
Un ¡ay! doliente; el pueblo, que la adora,
Sus mustios ojos á la tierra inclina,
Temiendo ver en el alcázar fuerte
La imágen pavorosa de la muerte.

Mas alza luégo á la celeste esfera
Su faz bañada en lágrimas, rogando
Al eterno Hacedor, y placentera
Escena se le ofrece. Relumbrando
Más que radiante sol de primavera,
La imágen mira del tercer Fernando,
Que así le alienta con hablar sonoro,
Desde la nube recamada de oro:

« Magnánima nacion, que mi estandarte
» Intrépida siguiendo hasta Sevilla,
» Al moro, que pensaba esclavizarte,
» Doblar sumiso hiciste la rodilla;

» Siempre el Eterno se dignó escudarte,
» Y propicio á tu ruego y fe sencilla,
» Salvó á tu Rey de esclavitud odiosa,
» Y hoy patrocina á la adorada Esposa.

» Del empíreo feliz raudo desciende
» El ángel protector; cesa el quebranto
» En el dorado alcázar, cuando tiende
» Sobre él su vuelo el paraninfo santo.....
» Cumplido está el mensaje; ya se extiende
» Del grato parabien el dulce canto;
» Ya el fruto besan del amor dichoso
» La tierna Madre y el augusto Esposo.

» Retrato fiel de la virtud materna,
» Trasunto de sus gracias y hermosura,
» Será la que hoy, desalentada y tierna,
» Lágrimas da en tributo á la natura.
» Tras este gozo la Bondad eterna
» Os guarda, no dudeis, mayor ventura;
» Un Príncipe tendréis, iberos fieles,
» Á quien dará la gloria sus laureles.

» En su pecho veréis cuál se retrata
» La virtud de sus ínclitos mayores,
» Y en cuanto el ancho imperio se dilata
» Sonarán dulcemente sus loores.....;
» Mas ya Fernando al Hacedor acata,
» Postrado respondiendo á sus favores;
» Seguid, hijos de Mantua, el alto ejemplo,
» Y en himnos de piedad resuene el templo. »

Dijo; y no de otra suerte que el sonido
Del arpa en blandos ecos espiraba,
Cuando ante el arca del Señor rendido,
El augusto profeta la pulsaba;
Del santo Rey así desvanecido,
El fatídico aliento dulce acaba,
El aire iluminado se oscurece
Y la vision hermosa desparece.

Retumba en tanto, al anunciar la nueva,
El tronante cañon, y hasta la cumbre
Del frio Guadarrama el eco lleva
Anuncio tan feliz; la muchedumbre
Himnos de gratitud al cielo eleva,
Que no dicta la innoble servidumbre;
Y en la márgen del claro Manzanares
Óyense resonar dulces cantares.

Gloria al Monarca que á su pueblo inspira
Tan acendrado amor; gloria á la bella
Deidad, que el castellano absorto mira
Cuando en la córte como sol destella.
Hijos de Apolo, sús! pulsad la lira,
Alegres cantos entonad con ella;
Que ya cesó el dolor, y ledo el gozo
Hinche la mansion régia de alborozo.

¿Ois el eco de robusta trompa
Pronto correr la inmensidad del cielo?.....
Ella es, la Fama, que en alegre pompa
Camina rapidísima; ¿á su vuelo

Cuál nube se opondrá, que ella no rompa
Hasta llegar á la region del hielo?
Su voz oyen á un tiempo el Hecla frio,
Tostado el Atlas, y el Pirene umbrío.

Y se escucha en las márgenes amenas
Del cristalino Turia, do ceñida
La sien de verde lauro y azucenas,
Primavera da al campo alegre vida.
En medio á la ciudad, cuyas cadenas
Rompió el invicto Cid, su esclarecida
Sombra aparece; el suelo se ilumina,
Y glorias mil el héroe vaticina.

Cantan las bellas ninfas de Valencia,
Cual otro dia, ¡oh Reina! en que dichosas
Gozaron de tu angélica presencia,
Sembrando el suelo de amaranto y rosas;
Á su voz, en süave competencia,
Las riberas del Bétis deliciosas
Con ecos apacibles corresponden,
Y las ninfas del Tajo les responden.

Alza su frente el caudaloso Duero
Y rompe el velo de la niebla fria,
Para escuchar el himno lisonjero
Que el castellano fiel al cielo envia;
En la márgen extensa del Ibero
Se repite la plácida armonía,
Y el Fluviá alza su voz en gozo tanto,
Y en el lejano Miño se oye el canto.

Ved cuál se enlazan, y en compas festivo,
Al grato són de cítara sonante,
Con pié hieren la tierra fugitivo
Las Gracias y el Amor, y rozagante
El feliz Himeneo. Compasivo
El pecho de Amaltea, la abundante
Copia derrama sobre el suelo hispano,
Y dicha eterna ofrece al Soberano.

D. JOAQUIN PEREZ COMOTO.

I.

A LUCINA.

EN EL FELIZ PREÑADO DE LA REINA,
NUESTRA SEÑORA,
DOÑA MARÍA CRISTINA DE BORBON.
(1830)

SONETO.

Deja, Lucina, el bosque idolatrado;
No vibres ya la flecha cazadora;
Deja en tu Latmo al bien que te enamora,
En el sueño de amor aletargado.

Á la Iberia feliz has demostrado
Cinco fases de lumbre encantadora;
Cuatro fases no más muéstrale agora,
Y su ardoroso voto habrás colmado.
Oye su voz, escúchala impaciente,
Su acento enviando á la tendida esfera,
De un Príncipe cantar futuro oriente.
Ella, Lucina, aguarda lisonjera
Su nacimiento ya, como el viviente
El del benigno sol ansioso espera.

II.

A LA REINA, NUESTRA SEÑORA.

(1832)

ODA.

No es ilusion; el suspirado dia
Llegó de paz, de inmarcesible gloria,
Que la veraz Historia
Con letras de oro á sus anales fia.
No es ilusion; la venturosa Iberia,
No pudiendo abarcar en su recinto
Su entusiasmo, su ardor y su contento,

Entrega al raudo viento
Los ecos de su voz, que traspasando
La cumbre de Pirene
Y los hercúleos mares,
Hasta las playas de la Libia ardiente
Llega y al Sena y Támesis nubloso.
El sueño letargoso
Mil hijos de la España sacudiendo,
Tornan su vista á la olvidada patria,
Y al sólio de Castilla
Elevan en sus cánticos de gozo
Su gratitud sencilla.
De Mantua en tanto los canoros cisnes
Pulsan las liras de oro,
Y las Ninfas del regio Manzanares,
Al eco de tan plácidos cantares,
Ahuyentan de sus párpados el lloro.

Cantad, vates, cantad; que vuestro acento,
De caverna en caverna retumbando,
Admiracion y pasmo al orbe sea,
Y no dudeis que el universo os crea.
Tan dulce inspiracion, fuego tan santo
Lo infunde sólo la Verdad divina,
Y quien os dicta tan sublime canto
Es la adorable y celestial CRISTINA.

¡CRISTINA!.... ¡Oh Dios! al pronunciar su nombre,
Mi corazon se ensancha y se estremece,
Y con placer respira.
¡CRISTINA! Nombre que entusiasmo inspira,

De más prestigio y de mayor dulzura,
Con júbilo escuchado,
Y con júbilo siempre pronunciado,
Como el nombre de paz y de ventura.

De ventura y de paz; que tú supiste
El rencor sofocar de las pasiones
Con discrecion y grata mansedumbre,
Y alzaste bondadosa al abatido.
Así la planta desmayada y sola
Que ajára el huracan enfurecido,
Á la radiante lumbre
Del sol recobra su verdor primero
Y alza de nuevo su gentil corola.

¡Oh rasgo de bondad! ¡Accion sublime,
De las deidades del Olimpo digna!
No más el triste encarcelado gime,
Ni por su patria el desterrado clama;
Cristina á todos perdonó benigna,
Cristina á todos junto al sólio llama.
Que el mando apénas el augusto Esposo
Á sus piadosas manos confiára,
El oro olvida, púrpura y corona,
Y tanta gala y lujo peregrino
Que á los Monarcas concedió el destino,
Y el mísero mortal tanto ambiciona.

No es una Reina ya, que es una Madre
La que desciende á consolar al triste
Á su hórrida prision; la que al proscripto

Extiende el manto de piedad amiga,
Y bajo el manto de piedad abriga.

«Hijos, les dice, vuestro acerbo llanto
»Mi ternura excitó; cese el quebranto,
»Y nadie al peso del dolor sucumba;
»Abrace el íris de la paz la tierra;
»¡Hartas víctimas ya la infanda guerra
»Por tantos siglos sepultó en la tumba!»

Mas ¡ay! que aquesta fuente de ventura
No ofrece sólo á la nacion ibera;
Otros senderos de futuras glorias
Le abriste placentera.
Su hermosa juventud, inerte y vaga,
Entre tinieblas sólo discurria,
Y la ignorancia su horrorosa plaga
Como rápida peste difundia.
Tú la miraste, y de Minerva el templo
Á la estudiosa juventud franqueas.
En mísero abandono y triste olvido
La ciencia eternamente yacería,
Si tu mano piadosa no corriera
El velo que á tus pueblos ya envolvia.
¿Qué fuera de los pueblos sin la ciencia?
Ella nos dicta las sagradas leyes
Que las naciones y costumbres rigen,
Y aseguran el trono de los reyes.

Goza, Reina inmortal, goza el encanto
De la virtud al recordar los bienes

Que á tus pueblos prodigas generosa;
Dón tan divino, tan celeste dicha
No acibare el temor de hacer ingratos.
No, dulce Reina, pues lograr supiste
Un triunfo en cada pecho agradecido,
Y en cada hispano tu corona tiene
Un defensor bizarro y decidido.
¿No escuchas cuál sus víctores al cielo
Elevan todos, y á la par te aclaman
Su númen tutelar y su consuelo?
¿Qué falta á su alegría,
Ni al complemento ya de su ventura?.....
Perdona su ambicion si al cielo piden
Príncipe augusto en tu progenie hermosa,
Que haga feliz la hispana monarquía;
Ansiado más que en noche tormentosa
El sol que al mundo su esplendor envia.

D. JOSÉ DE ESPRONCEDA[1].

(1831)

El estandarte ved que en Ceriñola
El gran Gonzalo desplegó triunfante,
La noble enseña ilustre y española,
Que al indio domeñó y al mar de Atlante;
Regio pendon, que insigne se tremola,
Dón de CRISTINA, enseña relumbrante,
Verla podrémos en la lid reñida,
Rasgada sí, pero jamas vencida.

[1] Octava improvisada en un banquete con ocasion de haber distribuido banderas S. M. la Reina á los diversos cuerpos de la guarnicion de Madrid, y entre ellos al de Guardias de la Real Persona, en que á la sazon servia el autor (10 de Octubre de 1831).

D. LEON CARBONERO Y SOL.

Á LA REINA, NUESTRA SEÑORA,

CON MOTIVO DE LA APERTURA DE LAS UNIVERSIDADES.

(1832)

ODA.

¡Oh si de aquel cuyo pulsar sonoro
De Tesalia en los campos recibia
Lauro debido á mágica destreza,
Fuérame dado el instrumento de oro!
¡Oh, cuán felice, de entusiasmo henchido,
Pulsára entónces mi dorada lira,
Y el mágico sonido,
Tu nombre repitiendo,
Cristina excelsa, que placer inspira,

En Pirene y en Gádes vibraría!
Mas ya de amor el bálsamo precioso
Se esparce por mis venas; ya agitado
En délfico furor, mi voz resuena
Del Olimpo en el círculo estrellado,
Y ya mi seno inflama
El fuego sacrosanto;
Cristina angelical, tuya es la llama,
Tuya la inspiracion, tuyo mi canto.

Tuyo será; que en vano yo aspirára
Del Helicon llegar á la alta cima,
Ni mis sienes ciñera lauro honroso,
Á las ciencias debido y á la rima,
Si tu pródiga mano
Las puertas no cerrára
Del templo horrendo del biforme Jano,
Ni si á los hijos del mantuano suelo
Los templos no mostrára de Sofía,
Do tanto sabio remontó su vuelo,
Y á do el Galo y Etrusco se instruia.

Dos veces ¡ay! en el error sumida
Gimió la juventud; dos veces triste
Miró trocarse el esplendor divino
En densa oscuridad, y consumida
La pira refulgente
Que de Minerva en la mansion lucia,
Cedió al dolor de su fatal destino
Y en lastimosos ayes prorumpia.
Mas, cual suele luciente

Salir por el Oriente,
Las nieblas vaporosas disipando
Con fúlgidos ardores,
El hijo de Latona, así CRISTINA
La oscura noche con su luz ahuyenta,
Las ciencias restaurando,
Y esparciendo benéfica mil flores,
El pensil de las Musas acrecienta,
Do Clío me ofreció la vez primera
Laurel con que tus sienes yo ciñera.

Sonó tu voz, tu voz consoladora,
Que tantas dichas al Ibero anuncia,
Y al labio sonrosado,
Halagüeño cual la esbelta rosa,
Que Abril con su pincel tiñe y colora,
El lenguaje divino es confiado;
Torna á nosotros su presencia hermosa;
Habla, y el orbe su poder admira,
Pues gracias son cuanto risueña dice,
Favores son cuanto feliz respira.

D.ª MARÍA DE LAGORDA Y BACHILLER.

AL SEGUNDO Y FELIZ ALUMBRAMIENTO

DE LA REINA, NUESTRA SEÑORA.

(1832)

OCTAVA.

Antes de ver al sol por su carrera,
Aparece del alba la hermosura;
Sigue la dulce aurora placentera
Con majestad radiante, que procura
Del astro conducir la luz entera.....
¡Oh España! ya tu dicha se asegura:
Alba y aurora debes á CRISTINA;
Tras ella vendrá el sol que te destina.

D. JOSÉ ELIZONDO.

Á LA REINA, NUESTRA SEÑORA.

(1832)

SONETO.

Las furias todas que el averno encierra
Su ponzoña vertieron y su saña
Entre los hijos de la heroica España,
Asombro siempre, espanto de la tierra.
Su sangre, derramada en civil guerra,
Corre en torrentes, y á la patria baña
Desde el alcázar sacro á la cabaña,
Y al orbe todo y al Olimpo aterra.

Mas un sér celestial, cuyo semblante
Plácido anuncia la bondad divina,
Súbito se aparece, y al instante,
Convertido el rencor en paz amante,
Óyese en derredor de la heroína:
¡*Viva la excelsa, la inmortal* CRISTINA!

D. ANTONIO GIL Y ZÁRATE.

A LA AMNISTÍA DECRETADA
POR LA REINA, NUESTRA SEÑORA.

(1832)

ODA.

Vuelve á mis manos, descuidada lira,
Vuelve, y tras luengos años
De medroso callar y triste olvido,
Deja que pulse tus doradas cuerdas,
Dando con libre acento
Himnos de gozo y gratitud al viento.

¿Acaso ahora en el inerte polvo
Oculta yacerias,

Cuando en mi pecho, de entusiasmo henchido,
Siento que hierve el apolíneo fuego,
Y con voz prepotente
Cantar me manda á la beldad clemente?

Beldad, ¡alma beldad! tu frente pura
El trono es del consuelo,
Tus ojos grata mansedumbre vierten,
Tu boca es nido de placer y amores,
Y tu acento sonoro
Es la armonía del celeste coro.

Pues ¡qué si al cielo concederte plugo
De esplendente diadema
El brillo seductor! De régia pompa
Cercada y majestad, eres entónces
El ídolo sagrado
Que sólo adora el orbe entusiasmado.

Mortales, si anhelais del fiero Marte
El belicoso estruendo,
Y en luto y sangre sumergir la tierra,
El cañon truene y estremezca al mundo;
Pero si paz dichosa
Y ventura buscais, reine una hermosa.

Reine; que á par la celestial clemencia,
Mil bienes prodigando,
Con ella reinará. ¡Virtud sublime!
¡Oh del Real poder dulce atributo
Y su más bella parte!

Si en una hermosa no, ¿dónde encontrarte?

Ardió en España la fatal discordia,
El trono se conmueve;
Gime la patria, y en sangrienta lucha
El que fué vencedor se ve vencido,
Y se alza la venganza,
É implacable doquier sus rayos lanza.

¡Huid, tristes, huid! Remotos climas
Buscad; que es al proscripto
Tierra de maldicion la que algun dia
Dulce patria llamó. No ya estos campos
Piseis ¡ay! tan queridos,
Ni halague el patrio hablar vuestros oidos.

Hélos dispersos en extrañas tierras,
Sin bienes, sin asilo,
Al yugo atados de su atroz miseria.
Desde la ardiente Libia al yerto polo,
Suerte vil arrastrando,
¿Cuál clima no los vió siempre penando?

No es eterno el dolor; secad el lloro,
Secadlo, desgraciados;
Que ya se eleva en la felice España
Benéfica Deidad, á cuyo aspecto,
Doquier dichas y amores
Brotar se ven, como en Abril las flores.

¡Miradla cuán hermosa! En su alba frente

Brilla Real corona,
Astro, nuncio de paz; mas de sus ojos
Muy más deslumbra aún la luz divina;
Con su mano preciosa
El áureo cetro rige poderosa.

El áureo cetro, que el augusto Esposo
Á su bondad fiára,
Cuando, aquejado de fatal dolencia,
Al ruego ardiente y fervoroso anhelo
De la afligida España
La muerte atroz detuvo su guadaña.

«Toma, le dijo, y á mis pueblos caros
»Lleva paz y consuelo;
»Recompensa su afan; los altos dones
»Que á su constante amor mi amor otorga,
»Vierte, CRISTINA, en ellos;
»Concedidos por tí, serán más bellos.»

Y ¿á quién ¡oh Reina! la piadosa mano
Hoy tiendes compasiva?
Al proscripto infeliz, que así le nombras,
No le nombras traidor; si pudo un tiempo
Errar, no ya culpado
Es ante tu bondad, sí desdichado.

«Venid, hijos, venid. Eterno olvido»,
Exclamas bondadosa,
«Oculte y borre vuestro error funesto.
»De la régia piedad tiéndase el manto,

»Y á su abrigo benigno
»Nadie se crea de perdon indigno.

»Todos hermanos sed, todos mis hijos;
»Y el inmenso tesoro
»Do mercedes sin fin los reyes guardan,
»De hoy más abierto para todos quede;
»Que á falta de inocencia,
»Mayor que toda culpa es mi clemencia.»

¡Oh palabras sublimes! Para asombro
De reyes y naciones,
De siglo en siglo trasmitidas sean.
Guardadlas, españoles, y en el pecho
Que gratitud inflama,
Grabadas queden con buril de llama.

Abrid, mazmorras, las herradas puertas;
Despareced, prisiones;
Mares profundos, dilatados valles,
Fácil camino el desterrado os deba;
Y ¡oh si la tumba avara
Las presas que tragó tambien soltára!

Llegad presto, llegad; el gran Fernando
Á nuestra patria os llama;
Venid, y en torno de CRISTINA excelsa,
«¡Madre! ¡Madre!», decid. Agradecidos
Besad todos su huella,
Y su mano piadosa á par que bella.

Á S. M. LA REINA

DOÑA MARÍA CRISTINA DE BORBON.

(1832)

D. JULIAN ROMEA.

ODA [1].

Dame, Apolo, templar las cuerdas de oro
De tu sagrada lira,
Con que otros cantan el laurel sangriento

[1] Esta composicion del ilustre actor y poeta, así como las tres siguientes, se publicaron en el núm. 696 del periódico literario titulado *El Correo* (21 de Diciembre de 1832), con este encabezamiento: «Composiciones hechas de repente por los alumnos de la clase de literatura del Real Conservatorio de Música al constante anhelo con que la Reina, nuestra Señora, ha asistido á su augusto Esposo en su enfermedad; que fué el asunto dado por D. Leon Gonzalez del Camino, uno de los concurrentes.»

Que el héroe coge en la mortal batalla,
Y que mi débil mano
Cante á la Esposa del Monarca hispano.

¿Quién no la cantará? ¿Quién de entusiasmo
No siente hervir su pecho
Al contemplar que por su anhelo amante
Torna á vivir el Rey idolatrado,
Cual hace el sol de Mayo
Vivir las flores con su hermoso rayo?

Españoles, ¿la veis? El triste lecho
Donde gime Fernando
Siempre á su lado la miró; su llanto
Helado queda en la mejilla hermosa,
Y la pálida mano
Eleva al Dios del mundo soberano.

No es eterno el dolor: el Dios benigno
Oyó su tierno ruego;
Vuélvela el dulce y suspirado Esposo,
Y ahuyentando benigno de la muerte
La cruenta guadaña,
Un padre vuelve á la anhelante España.

Contempla ¡oh Reina! al español valiente,
Que en cien y cien batallas
Mil muertes arrostró, cuál corre ahora
Gracias á dar al Dios omnipotente,
Y del pecho gozoso
Sube á sus ojos llanto delicioso.

¿Le ves, hermosa? En su valiente pecho
Los nombres deliciosos
De CRISTINA y Fernando (cuando mira
El hondo abismo en deliciosas flores
Por tí trocado luégo)
Grabados quedan con buril de fuego.

D. ANTONIO MENENDEZ.

(1832)

ODA.

¡Gloria del español augusto pueblo,
Adorada CRISTINA,
Madre del infeliz, del triste amparo,
De hermosura y virtud prodigio raro!
Permite que mi lira
Cante el constante amor, la vigilancia,
El sin igual esmero
Con que de noche y dia
El tálamo nupcial, triste, llorosa
Te miró y afligida,
Cuando la Parca con sangrienta mano
Cortar quiso la vida al Soberano.

El trono, que miraba tu alegría,
Y las serenas horas placenteras
Que al lado de Fernando idolatrado
Y de los tiernos frutos amorosos
El reposo gozaban,
Sólo te ve llorosa,
Y triste y melancólica y sombría,
Cual la gallarda rosa
Del floreciente Mayo,
Que pierde su verdor y lozanía,
Del cierzo abrasador al voraz rayo.
¡Cuántas veces tus manos generosas,
Que bienes derramaron,

É hicieron venturosos
A mil vasallos fieles,
Hácia Dios se elevaron,
Unidas á las lágrimas ardientes
Que de tus ojos abundantes corren,
A implorar el favor del alto cielo,
Que en tu inmensa afliccion te dé consuelo!

Es justo tu dolor, y el cielo es justo;
Calma tu agitacion y tu quebranto;
Tu ruego fervoroso
Y el de tu pueblo amado
Juntos en el altar al cielo suben,
Y el incienso sagrado
Quema el santo ministro,
Su piedad implorando
Por su amado Señor, su Rey Fernando.

Alienta, gran Señora;
Que ya el íris de paz brilla en el cielo;
Por tu tierno cuidado
Vuelve el Rey á la vida;
Vuelva, vuelva el consuelo
A tu pecho agitado;
Que harto tiempo tus ojos han llorado.

Y vosotros, leales españoles,
Gozad de la alegría
Que el eterno Señor, en este dia,
Os depara contento;
Huya léjos la pena y el tormento,
Y en los santos altares
Elevad con placer vuestras canciones,
Y tributad á Dios mil bendiciones.

D. PEDRO GALO MONTERO.

ENDECASÍLABO.

¿Cómo es posible que mi musa calle,
Aunque débil y tímida se halla,
Cuando los vates de la dulce Iberia
Templan sus liras y gozosos cantan?

Más gratos cantarán y en melodía
Los hijos dignos de Minerva sacra;
Pero mi musa humilde y respetosa
Hoy de CRISTINA las virtudes canta.
¡Con qué cuidado por tu Esposo miras!
Por su vida solícita clamabas
Cuando la Parca impía y destructora
Privarnos quiso de la prenda amada.
Los tiernos ruegos que al Olimpo alzaste,
Triste implorando su piedad sagrada,
Alcanzaron del Padre omnipotente
Que la muerte apartase su guadaña.
Esposas dulces, madres cariñosas,
Aprended en CRISTINA, Esposa amada,
A alejar con su anhelo vigilante
De la muerte precoz la fiera garra,
Y *eterna viva* para bien y gloria
De la feliz y venturosa España.

D. CALIXTO BOLDUN.

SONETO.

Salve, Reina inmortal, amante Esposa,
De virtud y de amor dulce dechado;
Tú, que haciendo vivir tu Rey amado,
Iberia te llamó Madre amorosa.
Tú, al lado de su lecho cuidadosa,
Mostrábales tu celo y tu cuidado,
Y el filo de la muerte has embotado,
Tu descanso mirando desdeñosa.
Corred, esposas, y aprended la senda
Que hoy os enseña la inmortal CRISTINA;
Id, que en vosotras bondadosa tienda
Los dulces rayos de su faz divina,
Y que con sólo que la hermosa os mire,
La virtud y el amor ella os inspire.

D. ALEJANDRO OLIVAN.

I.

A LA

PROCLAMACION DE ISABEL II EN LA HABANA,

llevando el estandarte Real D. Francisco de Arango.

(1833)

SONETO.

Cuando en negra contienda fratricida
El rebelde ¡oh baldon! pide cadenas;
Cuando, indignado el Ebro, en sus arenas
Sangre revuelve, con furor vertida;
La huérfana Isabel, que de la vida
Pisó el umbral entre angustiosas penas,
Las tiernas palmas, de pecado ajenas,
Al cielo tiende, triste y desvalida.

Mas Cristina, sus ojos enjugando,
«¿No sientes, dice, que llegó á Castilla
»Lejano són, que el triunfo nos abona?
»Alienta; que tu enseña desplegando,
»El buen Arango te aclamó en la Antilla,
»Y en tus sienes afirma la corona.»

II.

EN LA HABANA.

(1833)

SONETO.

La discordia feroz con saña impía
Se meció sobre el triste suelo hispano,
Y en torno al moribundo Soberano,
«¡Sangre, gritó, y horrores y anarquía!»
Vuelve Fernando en sí; la vil falsía
Burla de los que anhelan un tirano;
Las riendas suelta su cansada mano,
Y en mano de Cristina las confia.
Suena una dulce voz, conmueve á España,
Y á sus hijos uniendo en nuevos lazos,
Á paz y libertad los encamina.
Himnos entonan los que el Tajo baña,
Y si un dia reclaman nuestros brazos,
A la par lidiarémos por Cristina.

D. MARIANO JOSÉ SICILIA.

HIMNO EUCARÍSTICO

Á LA REINA DE LAS ESPAÑAS

DOÑA MARÍA CRISTINA DE BORBON.

(1833)

¿Quién es esta que sube,
Y al traves de la nube
Que afligió nuestros ojos,
Luz despide divina?.....
Españoles, cesaron los enojos;
Esta luz es CRISTINA.

La mano de la Parca
Respetó al gran Monarca
Que el cielo, en su clemencia,

Con prevision benigna,
Para sanar de España la dolencia,
Anudó con CRISTINA.

Al doloroso grito
De la España en conflicto,
Llorando á su Fernando
Otra voz repentina,
Cual voz de un ángel, se siguió clamando:
No, no es viuda CRISTINA.

No, que es Reina y Esposa,
Y gobierna piadosa,
De acuerdo con su amado,
Y al bien nos encamina,
Y el Señor nuestros ruegos ha escuchado
Por Fernando y CRISTINA.

¿De dónde la esperanza?
¿De dónde la bonanza?
De la santa lazada,
De la union peregrina,
Que fijó á la piedad en la morada
De Fernando y CRISTINA.

Hija de Partenope,
Ya su trompa Caliope
Va á sonar en la Iberia,
Y eres tú la heroína,
Tú, dón querido de la madre Hesperia,
Reina de paz, CRISTINA.

Goza la union felice
Con que España bendice
Tus pasos uno á uno
Y á tus plantas se inclina,
Dirigiendo sus votos de consuno
A su Reina CRISTINA.

De tí y tu augusto Esposo
Vendrá el bien con rebozo,
Sin luchas ni motines;
Que á salvarnos camina,
Léjos de bandas y pasiones ruines,
Tu sola voz, CRISTINA.

En bendita coyunda,
Tú la madre fecunda
Serás de ínclitos reyes,
Que la gente iberina
Gobernarán con sábias justas leyes,
Prole egregia, CRISTINA.

Tu nombre decir amo,
Y á todas horas clamo,
Ya velando, ya en sueño,
Con alegría contína,
Que CRISTINA es mi Reina y es mi dueño,
Siervo yo de CRISTINA.

No muera yo sin verla,
Logre yo conocerla,
Y calmar los dolores

De mi suerte mezquina,
Entonando de cerca los loores
De Fernando y CRISTINA.

Del Sena al Manzanares
Llegad, los mis cantares,
Y sonad hasta el cielo,
Donde mi fe os destina;
Cantos de un español agradecido
A su Reina CRISTINA.

D. ANTONIO DE IZA ZAMÁCOLA.

EN LOS DIAS

DE LA REINA, NUESTRA SEÑORA.

(1833)

OCTAVA.

Torne á lucir el venturoso dia
En que el vuestro celebra el pueblo hispano,
Á quien colmó de plácida alegría
Por su potente y bienhechora mano.
La fama con dulcísona armonía
Trasmitirá hasta el siglo más lejano
El nombre de CRISTINA, cuya gloria
Ocupará los fastos de la historia.

COMPOSICIONES

que se repartieron el 13 de Junio de 1834, en el teatro del Príncipe, en que asistió

S. M. LA REINA GOBERNADORA.

D. RAFAEL CARVAJAL.

Ni un solo corazon ¡oh Reina amada!
Niega llanto de amor y de ternura
Al ver tu faz divina, colorada
Del matiz de la gloria y la hermosura;
Tan sólo á tu mirar fué sepultada
En el averno la opresion impura,
Cual desparece tempestad sombría
Al fúlgido brillar del dios del dia.

De cien reyes ilustres la diadema
Sobre tu frente esplendorosa brilla,
De paz y gloria celestial emblema,
Y orgullo de los hijos de Castilla;

No de oculta traicion tu pecho tema
La horrible saña ó bárbara cuchilla;
Que por CRISTINA, si preciso fuera,
Su sangre toda el español vertiera.

D. JOSÉ MARÍA DÍAZ.

Suene en buen hora aquí, suene en buen hora
Grito de paz y amor y de ventura,
Y acate y reverencie en la hermosura
El valiente español á su Señora;
Que por ella tan sólo no desdora
Su noble frente la cadena dura,
Y por ella no más se alzó más pura
Del polvo vil la libertad que adora.
Sí, CRISTINA, por tí: llanto y más llanto,
Si no vinieras tú, Castilla fuera;
Mas hoy todo es placer, todo es encanto;
Y el pueblo fiel, que tu dosel venera,
Dirá, cuando en la lid la espada vibre:
«Por una hermosa el español es libre.»

D. PEDRO DE MADRAZO.

I.

AL CUADRO DE LA SACRA-FAMILIA

PINTADO

POR S. M. LA REINA GOBERNADORA,

Y EXPUESTO EN LA REAL ACADEMIA DE SAN FERNANDO.

(1835)

I.

LA INSPIRACION.

«Las puertas del santuario de las artes
»No se abren á la gótica corona,
»Ni á tu nombre, oh Cristina, tan ilustre,
»Ni al renombre de *Justa* y *Bienhechora.*»

Así una voz lo dijo: de la noche
Lo repitieron las tranquilas sombras,
Y mi sueño alteró, como la piedra
Rompe el cristal de la laguna lóbrega.

Y su guirnalda mística
En mis dormidos párpados
La vision colocó;
Y un entusiasmo, présago
De iniciacion altísima,
De mí se apoderó.

No vi del astro lánguido
El resplandor benéfico,
Ni el claro cielo, no;
Ni los planetas lúcidos
Que al insondable piélago
Del éter Dios lanzó.

Los venideros siglos se agolpaban
Del sereno vacío en la ancha órbita,
Donde no habia aún genio creado
Para el futuro templo de la gloria.
Del pasado en el seno, esplendorosos
Soles narraban la brillante historia
Del humano idëal; y del presente
La esfera vi, que estrellas mil tachonan.
Como la flor al borde del abismo,
Mecida al soplo de las yertas horas
De la noche, mi cuerpo retemblaba.
Tras una voz de maga, encantadora,

Dibujóse fugaz de una á otra Hesperia
Cual estela en la mar, blanca aureola
Que ahuyentó mi temor; y eras tú, Reina,
Tú, de las artes luminosa antorcha;
Y la voz que á la tuya respondia
No era la voz sagrada y temerosa
Del que nubes de azufre y llamas hizo,
Del que deshizo al hombre de Sodoma.
La Fama era, la Fama; de tu frente
La calma no turbó su voz sonora.

. . . . . .

«No aquí el poder de los reyes
»Se respeta, ni sus nombres;
»No aquí dominan las leyes,
»Voluntades de los hombres.
»Superior al bajo mundo
»Es mi sagrado profundo,
»Que, porque vasallos no ha,
»No reconoce señores;
»Son sus reyes los pintores:
»Su reino no acabará.

»Brilla en tu frente serena
»La corona del Hispano:
»Su fulgor el trono llena,
»Y empuña el cetro tu mano.
»Mas, ¿quién aquí te condujo?
»¿Quién aquí tus galas trujo?
»La corona de laurel,
»No la diadema luciente,

»Muéstrame en tu régia frente,
»Y en vez del cetro el pincel.

»Como el querube que sorbe
»De los truenos el aliento,
»Y, regulador del orbe,
»Se mece en el firmamento,
»Así Rafael divino
»Rige en su inmortal destino
»El vuelo arrebatador
»Del artístico tropel;
»Que es el ángel Rafael
»Del genio regulador.

»Inclina, hermosa, tu frente,
»Y á una lánguida mirada
»Ábrase en la fiebre ardiente
»Tu pestaña delicada.
»Del arte sublime y santo
»Lánzate, depuesto el manto,
»Coronada de laurel,
»Á la sublime palestra:
»Desnuda la frente muestra,
»Y en vez del cetro el pincel.

»Mas, tu genio ¿dó está?.....» Lágrima ardiente,
De pena no, mas de entusiasmo, hermosa,
Brilló suspensa al pié de tu pupila,
Como ofrenda en el ara de la gloria.
El siglo cuyo aliento tu alma nutre
Al sacudir la cabellera blonda

Coronada de palmas, en tus manos
Una depositó..... Llama creadora
Te dió, y crëaste..... ¡hermoso y sacro idilio!
Un grito de la turba clamorosa
Que amó Sicyone espléndida, á tu frente
Trasladó de Timántes la corona.
Otro grito áun mayor lanzaron ronco
Los ídolos de Aténas y de Roma;
Que tú con el poder de Fe sencilla,
La que á la ciencia fué cara victoria,
Lo que al mundo costó mares de sangre,
Hicistes adorar, noble pintora!
Así en la arena de accesible playa
Mueren gimiendo de la mar las olas
Miéntras el mástil de arrogante nave
Se troncha bajo el ala tempestuosa
Del huracan, y el rayo su vigía
Al marinero maldiciente roba.
¡Cuadro lleno de amor! ¡Genio atrevido,
Formado allá donde la tierra estuosa
Llamas despide y destructora lava
Que del Tirreno mar turba las ondas!
Doblado el cuello, desde el alto asiento,
Con lánguida mirada cariñosa,
Rafael con su frente y su melena
Á tu frente Real prestó su sombra!
. . . . . .

¡Idilio de amor castísimo
La Vírgen Madre te inspira!
Llena de entusiasmo férvido,

Tu mano á vencer aspira
Lo que el Corregio pintó.
Que de los collados bíblicos
Las brisas has evocado,
Y al influjo de sus ráfagas
En tu mente ha retoñado
La rosa de Jericó.

Y su colorido armónico,
Y su mágico pincel,
Y la idëa pura y mística
Sólo revelada á él,
Te dió otro genio inmortal:
Murillo, el artista bético,
De divino amor ejemplo,
Que á la Concepcion purísima
Alzó el más hermoso templo
Creando un nuevo idëal.

II.

EL CUADRO.

Hermosa peregrina en Galilëa,
Una gruta su asilo te ofrecia,
Y palpitó tu corazon, María,
Viendo salvado á tu Hijo por tu amor.
Abandonando el suelo de Judea,
Jesus en su destierro te abrazaba,
Y otro niño tambien te acariciaba
De la ley nueva santo Precursor.

Los dos infantes te amaban,
Y las auras te arrullaban,
Su aroma te regalaban
Los valles de Nazareth.
Si adormida te veian,
Velaban el sol los ángeles;
Si tus párpados se abrian,
Radiaba el sol de Israël.

Besa el blondo cabello en trenzas de oro
Tu nívea sien, que vence al blanco armiño;
Gracias añade el maternal cariño
A tu belleza casta y juvenil.
No penitente te celebra en coro
Del yermo la selvática aspereza,
Y no hiere tus carnes la maleza,
Ni se atreve á tus plantas el reptil.

Tierna á San Juan contemplaste,
Á tu seno le acercaste,
Y gozosa le entregaste
Al abrazo fraternal;
Y cual madre le mirabas,
Mientra en tu regazo nítido
Tu bella flor estrechabas.....
Para verla marchitar.

¡Cuántas veces tu cuello delicado
Se dobló hácia su párpado durmiente,
Cual azucena hácia el boton naciente
Se dobla de la brisa al suspirar!

Y el manto azul que yace descuidado
Le ocultaba en tu seno adormecido,
Como en su ocaso al sol enrojecido
Las azuladas ondas de la mar.

Y si su labio reia
Y en tu pecho se escondia,
¡Feliz tu labio, María,
Que su cabeza besó!
¡Y la gruta silenciosa
Que entre su ramaje lóbrego
Guardó la joya preciosa
De tu divinal amor!

¡Triste y sagrado amor! Niño inocente,
Como la flor del claustro solitario,
¡Oh, si ella te guardára del Calvario,
Que te reserva una afrentosa cruz!
Gruta feliz, do el ábrego inclemente
Las delicadas flores no importuna,
¡Cuántas veces en tí la amante luna
Sobre él tendia el velo de su luz!

Y la brisa que corria
Sus blondos rizos mecia,
Los que en el Gólgota un dia
El huracan agitó;
Y en los pliegues resbalaba,
Vírgen, de tu casta túnica,
Tal vez la que ensangrentaba
La lanza que al Cristo hirió!

¡Ah! Si la calma desa union dichosa,
La dulce paz de la inocencia cara,
Del tirano el acento perturbára,
Mezclándose al acento del amor!
¡Qué inquietud tan cruel, Madre amorosa,
De tu rostro el carmin disiparía!
¡Qué llanto las cabezas mojaría
De ambos niños asidos con temor!

Sus miradas de contento,
Su alegre infantil acento,
Cual flores que arranca el viento
Vieras al punto acabar.
Y en medio de sus abrazos,
Esa cruz de cañas frágiles
De sus infantiles brazos
Vieras tambien resbalar!

III.

LA GLORIA.

En tu obra, CRISTINA, la Reina del cielo
Su vista paró;
¡Feliz en las artes el gótico suelo!
¡Feliz la corona que al lauro se unió!
Del arte en la historia, de glorias aurora
Tu nombre será;
Y á pueblos y reyes, excelsa pintora,
Por siglos enteros tu fama hablará.

IV.

Tal vez tu blanco plumaje,
Cisne de Mantua, los tiempos
Arranquen pluma por pluma
Y den su despojo al viento;
Acaso un sol más radiante
Eclipse tu estrella, Homero;
Mas no á tí podrá eclipsarte,
De Urbino pintor excelso,
Ni á tí, florentino bardo,
Ni á tí, del bético suelo,
Murillo, del arte orgullo,
Ni á tí, gracioso Corregio,
Que del Evangelio santo
Fué vuestro númen destello.
Ni á tí, Reina, turbará
El tropel de ídolos ciego
Que de Roma entre las ruinas
Sepultó el cristiano imperio.
¿Qué son las obras del arte,
Si falta la fe en el pecho?
Son de ceniza los frutos
Á la orilla del Mar Muerto.
Sólo el que sufrió con Cristo
Y aspira por él al cielo,
En la ardiente arena logra
Sobrenatural aliento.
El que naufragó en la mar,

Arrodillado en el puerto,
Sus ojos y sus plegarias
Eleva hácia el Sér supremo
Así tu númen, oh Reina,
Se eleva hácia el firmamento,
Y tu cuadro, entre otros cuadros,
Guardará del Arte el templo,
Con tu nombre, entre otros nombres,
Gloria del hispano suelo;
Artistas que en el estudio
De lo bello encanecieron;
Otros que en su juventud,
En devorador silencio,
Marchitaron sus mejillas,
Vieron caer sus cabellos,
Como las hojas del árbol
Cuya savia seca el fuego.
En horas de bienandanza
Se formó tu claro genio;
Ellos entre los pesares,
Cual aroma en el desierto.
Pero lanzada á los aires,
No eleva ménos su vuelo
El ave de los jardines
Que el ave del cementerio.

II.

Á S. M. LA REINA MADRE,

DOÑA MARÍA CRISTINA DE BORBON,

EN SU FELIZ REGRESO Á ESPAÑA.

(Leida en el Liceo de Madrid.)

(1844)

ODA.

..... En vain l'on prétend chez des peuples si braves
Au lieu d'adorateurs se faire des esclaves.
Croyez-moi, quelque éclat qui les puisse toucher,
Ils refusent l'encens qu'on leur veut arracher.

RACINE, *Alexand.*, acte II, sc. 2.

Hoy, tras silencio largo,
En que apagó la inspiracion su llama,
De la civil discordia al soplo ardiente,
Cual sacudiendo insólito letargo,
En nuevos cantos su raudal derrama
De los vates el estro renaciente;
Despierta el eco adormecido y mudo
De la eminente bóveda sonora;
Desciñe su morrion Marte sañudo;
Renace el arte en su brillante aurora.

El ceño desarruga
La docta musa que inspiró la historia,
Y con la oliva de la paz se enjuga
El sangriento laurel de la victoria.

Con las dispersas nubes del invierno
Huye del bronce asolador el humo
En ráfagas volantes;
¡Cesó la rebelion!..... De Dios eterno
Sube el fragante incienso al trono sumo,
Y alzan los templos cánticos vibrantes.

Arrollan sus pendones
De la salvada España las legiones,
Y el trémulo guion de rojo y gualda
Que matizó del campo la esmeralda.

Hoy la civil discordia
El último suspiro ronco lanza,
Y de la ansiada fraternal concordia
Vos sois, noble Señora, la esperanza.
Vos sola, á quien España, en su honda pena,
Miraba allá en las márgenes del Sena
Como la estrella fiel de su ventura;
Vos, á quien hoy la córte de Castilla
Mira, del Manzanares en la orilla,
Como de paz y union prenda segura.

Mirad esas falanges animosas
Que cruzan de la Iberia las regiones,
Entonando sus himnos de victoria;

Al trono de Isabel corren ansiosas,
Arrastrando los rotos pabellones
Del enemigo campo, ebrias de gloria.

¡Hélas allí marchando
Las tropas españolas,
Al viento desplegando
Las rojas banderolas,
Sus líneas ondulando,
Como del mar las olas!
De polvo blanqueados
Los rostros denegridos,
Veloces los soldados,
Ágiles y aguerridos,
No de marchar cansados,
Como jamas vencidos.
Donde se alzaba enante,
Mustio entre yermas hazas,
Cipres, de luto emblema,
De un mar reverberante
De lanzas y corazas
Se alza la régia estema.
La militar revista
Sol refulgente alumbra;
La tropa alegre y lista
Al cerro ya se encumbra;
¡Aurora de conquista
Lejana se vislumbra!

Sus nobles juramentos
Repiten hoy los zumbadores vientos;

Y el triunfador coloso
Impaciente se agita en su reposo!

¡Ah, cuán heroicos hechos,
Por vos, que sois su ídolo, Señora,
Puede engendrar el fuego de esos pechos!
Mas, ¡ay! si con rencor nefando ahora
Sus poderosos brazos se agitáran,
Y el trono de cadáveres cercáran!.....
¿Será que un ciego y bárbaro destino,
Trocando nuestra dicha en hondo duelo,
El rumbo tuerza del triunfal camino
Al genio hispano en su ardoroso anhelo,
Y la nube que ansiaba el campo enjuto
Aborte sólo fuego, incendio y luto?
No será, no; que vuestra mano, avara
De llantos que enjugar, la oliva ofrece;
Ni habrá rencor cuando la antorcha clara
De la cristiana Fe, vida del mundo,
Por vos con nuevo brillo resplandece
Sobre este suelo en caridad fecundo.
Los que ántes seducidos erigieron,
Verdugo del magnánimo soldado,
En pedestal sangriento, al que creyeron
Libertador, cual ídolo incensado,
Á vuestro acento mágico, su ardiente
Pasion sacrificando, por vos sola
Derribarlo sabrán sin un suspiro;
Como, á la voz del cielo reverente,
De sus caballos á la crespa cola
Sus dioses arrastraba Wladimiro.

¡Ah, no haya más en el confin de España,
Que alza por vos alegre clamoreo,
Hijos y esposas que inocentes giman!
¡No manchen, no, de varonil hazaña
Gotas de sangre el fúlgido trofeo,
Ni corran llantos que al vencido opriman!
No haya más vencedores ni vencidos,
Y á los ecos de júbilo y victoria
No se mezclen mortales alaridos;
Que donde no hay perdon, breve es la gloria.
Cual vago sueño el triunfo se deshace
Que el llanto amargo del opreso irrita,
Y como flor que en campo estéril nace
La flor de la venganza se marchita.

Mandad esas legiones
De fuertes escuadrones
Y ligeros infantes
Del Sur á las arenas humeantes.
Del África en la entraña
Claven la enseña de la madre España,
Y del Desierto en las llanuras sordas
Tiemblen de horror las marroquinas hordas.
Ruja á vuestra señal el leon sañudo,
Veréis sus hijos acudir á miles,
Hacer al trono con su pecho escudo,
Y erizarse las cumbres de fusiles;
Y los veréis á vuestra voz, Señora,
Las mieses y el hogar abandonando,
Trepar la sierra, sorprender la aurora,
Y el mar salobre atravesar nadando.....

¡Tal es la fe del pueblo que os adora!

Pero á la Hija de Fernando augusta
No llegue del cañon el ronco estruendo,
Ni tuerza el fiel de su balanza justa
Témis, de Pálas el furor temiendo.

Huyan distantes, de la fuerza airada
La mortífera saña, el ciego encono;
Bastan Justicia y Religion sagrada,
Sobra la sangre al cimentar un trono.

Inspire al labio de Isabel Segunda
Vuestra santa piedad, noble CRISTINA,
Porque al poder que en la piedad se funda
El mismo Dios la senda le ilumina.

Dígale el labio vuestro que no vieron
Nunca alegres auroras los tiranos;
Y que los cantos de su cuna fueron
Himnos de libertad de los hispanos.

Y cuando mire el sempiterno Padre
Que colocais entre sus manos tiernas,
Con el cariño de la tierna madre,
De la Verdad las páginas eternas;

Apiadado por fin de nuestro duelo,
Cuatro sagradas vírgenes juntando,
Hará que bajen del empíreo cielo
El sólio á custodiar de San Fernando.

Y vendrán la Justicia reflexiva,
Prudencia y Fortaleza recatadas,
Templanza prevenida y compasiva.....;
De refulgentes nimbos coronadas.

De lucha odiosa y fratricida en trueque,
El pueblo ibero alcanzará reposo;
No habrá discordia que carcoma y seque
De artes y ciencias el laurel glorioso.

Crecerá de la paz la hermosa oliva
Sobre el dosel, y le dará su sombra;
Ni habrá serpiente que se atreva altiva
Al pié que huelle palmas por alfombra.

Que cuando la Piedad un trono alumbra,
El Monarca que en él está sentado
Tanto á la vista popular se encumbra,
Que de ángeles parece rodeado!

D. JUAN DE LA PEZUELA,

CONDE DE CHESTE.

I.

DESPUES DE LA BATALLA DE MENDIGORRÍA.

(1835)

SONETO.

Al noble ardor de juventud guerrera,
Por Madre heroica y el deber fiäda,
Crece nueva Isabel, hoy coronada
Bajo el dosel de cuádruple bandera.
Nuestras líneas arrolla hueste fiera,
Pasa el Ebro, Castilla gime hollada.....
¡Fugaz blason! CRISTINA denodada
Pecho al peligro opone y alma entera.

Y el sol bueno nos da Mendigorría,
Y de Descarga allí se extingue el malo;
Respira, ¡oh libertad! tuyo es el dia.
Con nosotros ya son Breton y Galo,
Y reina una Isabel, y á la lid guía
Un impávido nieto de Gonzalo.

II.

Á LA REINA CRISTINA,

CON OCASION DE SU VUELTA Á ESPAÑA.

(1844)

SONETO.

Que el sol ahuyente la tormenta ruda,
Y torne á renacer alegre el dia,
Como aquel en que pública alegría
Cabe el altar de Atocha te saluda,
Ó como cuando, de temor desnuda,
Contra la hueste usurpadora impía,
Pronta á morir la juventud corria,
Al nombre amado de la ilustre Viuda.

Mas nunca aquel pesar doble tu cuello,
Con que Valencia tu virtud maltrata,
Y al Sena corres, ¡para tantos bello!
¡Ay! que allí, sin respeto, suerte ingrata,
Al ébano mezcló de tu cabello
Las hijas del dolor, hebras de plata.

III.

AL MISMO ASUNTO.

(1844)

SONETO.

Danzas festivas, en alegre coro,
El gozo anuncian de ruidosa plebe,
Cuando del claro sol el disco, áun breve,
Presta á los campos el color del oro.
Y cuando el cauce del raudal sonoro
Tiñe de plata la modesta Febe,
Vário discurre por el aire leve,
De viva luz cambiante meteoro.

Todo es placer y fiestas y recreo,
De la tierna Isabel la augusta sede,
La plaza, el circo, el español liceo;
Y es que al abrazo, que por fin concede
Piadoso el cielo al maternal deseo,
Todo un pueblo su pecho unir no puede.

D. NICOMÉDES PASTOR DÍAZ.

Á S. M. LA REINA GOBERNADORA, DOÑA MARÍA CRISTINA DE BORBON,

EN EL ACTO DE JURAR LA CONSTITUCION DE 1837 [1].

(1837)

Bendicion sobre tí, Reina adorada;
Sobre tí bendicion y paz y gloria,
¡Hoy que, al amor de un pueblo consagrada,
Juras su ley, proclamas su victoria!

Bendicion sobre el sólio do se sienta
El poder, la inocencia y la hermosura.
El pueblo, que hoy tu pacto te presenta,
Tambien del trono la victoria jura.

[1] Esta composicion fué puesta en mano de S. M., al siguiente dia del acto solemne á que va consagrada, por el Excmo. Sr. Ministro de la Gobernacion, que lo era entónces D. Pío Pita Pizarro.

Sólo ante tí, magnánima Heroína,
Puede elevar tan sacro juramento;
Sólo por tí merecerá, CRISTINA,
Que le acepte propicio el firmamento.

Que en el cerco de nubes que ennegrece
El horizonte de la patria oscura,
Sólo eres tú la luz que resplandece,
Sólo es tu tronco inmaculado y puro.....

En la confusa oscuridad luchando,
Su pendon tus guerreros ya no vian,
Y por lanzarse al enemigo bando,
Ciegos las armas contra sí volvian.

El contrario aplaudió; su risa impura
Sonó en su campo cual rugir de fiera;
Á raya tuvo el libre en su bravura,
Y gritó en alta voz: «¡Una bandera!!»

Y esa bandera, que buscaba en vano,
Espléndida, radiante, inmaculada;
Esa bandera tremoló en tu mano.....
¡Bendicion sobre tí, Reina adorada!

Ese estandarte nuevo, refulgente,
En santa union nos lleve á la pelea,
Y cuando al torvo despotismo ahuyente,
Íris de paz y de bonanza sea.

Que en su fondo, á tu nombre entrelazadas,

Simétricos ostenten sus colores,
Divisas en mal hora separadas,
Unidas ya, como en guirnalda, flores.

Si es de un solo matiz lúgubre, oscuro,
Del fanatismo el pabellon de muerte,
¿Pensais que el paño de la tumba impuro
Sea emblema de union durable y fuerte?

¡Ah! no hace mucho que humillar al Sena
Quiso el blanco pendon de sus señores;
¡Miradle roto en extranjera arena,
Al mágico brillar de tres colores!

Dos colores tambien, y el de tu manto,
Orlan las libertades españolas;
Mas uno es ya su lazo sacrosanto,
Una la enseña que á su faz tremolas.

Álzala ¡oh Reina! en tu gloriosa mano;
¡Vedla, pueblos de Europa; es ella, es ella!
Ésa es la libertad del pueblo hispano;
¿Quién de vosotros la miró tan bella?

¡La libertad! Horrorizado el mundo,
Creyóla un tiempo del puñal armada,
Coronada la sien de gorro inmundo,
Sobre regios cadáveres sentada;

Ó el martillo del cíclope en su mano,
Á polvo reduciendo las ciudades,

Alzando el grito de su triunfo insano
Sobre desamparadas soledades.

En alas de vision más venturosa,
La ve España bajar sobre su suelo,
Pura, fecunda, celestial, gloriosa,
Como al hombre en su amor la ha dado el cielo.

La ve con la diadema en su cabeza,
Subir contigo al soberano asiento,
Y las formas tomar de tu belleza,
Y pronunciar tu sacro juramento.

La ve dorar las alas refulgentes,
Del Ángel regio que á tu lado brilla,
Y al cielo alzar sus manos inocentes
Que tambien piden paz para Castilla.

La ve....., y ahöga el llanto de ternura
La voz con que tu nombre victorea,
Y al nombre augusto que tu labio jura,
Con lágrimas responde: «¡Eterno sea!!»

Y cuando alzas sublime al firmamento,
Confirmando tu voto, una mirada,
¡Bendicion, bendicion..... murmura el viento;
Bendicion sobre tí, Reina adorada!

EL DUQUE DE RIVAS.

SONETO

leido en el Liceo de Sevilla en la noche del 21 de Julio de 1835, dias de S. M. la Reina Gobernadora.

Salve, astro tutelar de las Españas,
De belleza y bondad sol refulgente,
Á quien tributa la española gente
Un tesoro de amor, otro de hazañas.
Miéntras de excelsa luz el orbe bañas,
Grande, augusta, magnánima, prudente,
Y al ángel que nos dió el Omnipotente
En el trono defiendes y acompañas;
Entre el aplauso universal, que suena
Desde Gádes al alto Pirineo,
Aterrando al traidor, que Dios confunda,
El voto ardiente de lealtad, que hoy llena
Este salon del andaluz liceo,
Recibe, ¡oh Madre de Isabel Segunda!

D. GREGORIO ROMERO LARRAÑAGA.

Á CRISTINA.

(1838)

Preparad lienzos, pintores,
Disponed vuestros pinceles;
Entusiastas trovadores,
Entonad trovas de amores,
Que se cambian por laureles.

Alzad las frentes radiantes
Hasta el sol, padre del dia;
Que, aunque jóvenes, gigantes
Pareceis, pues sois Atlantes
De la hermosa patria mia.

Y vos venid, mi Señora,
Entre corazones fieles,

Y olvidaréis en buen hora,
Con la fiesta bullidora,
Vuestros recuerdos crueles.

¡Harto esos ojos miraron
Las ruinas de las campañas!
¡Harto con lloro pagaron
La sangre que derramaron
Los hijos de sus entrañas!

¡Bastante se ha estremecido
Vuestro pecho al escuchar
El moribundo quejido
De tanto infeliz perdido;
Bastante fué el suspirar!

Recread vuestras miradas
En brillantes païsajes,
En catedrales pintadas,
Ó en nubes tan imitadas,
Que al sol le roban celajes.

Y en vez de gritos que espantan,
Os adormezca el placer
De esas bellas cuando cantan;
Ángeles más bien, que encantan
Bajo formas de mujer.

Ó con cantigas de amores
Los poetas inspirados,
Alivien vuestros dolores,

Y se embote en tantas flores
El áspid de los cuidados.

Y á fe que no desdeñeis
Al poeta que suspira,
Pues en sus labios veréis
El mundo que goberneis
Sin rebozo y sin mentira.

Que su voz ha de expresar
El eco de su sentir,
Que en el alma ha de vibrar;
Y, ó no han de saber cantar,
Ó no han de saber mentir.

Todo aquí es grato y dichoso:
Venid, sentiréis solaz
Y un envidiado reposo;
Ni está bien un rostro hermoso
Sino en medio de la paz.

Y vuestro pecho, Señora,
Dulce será cual la brisa
De esa Italia encantadora,
Que entre sus galas, áun llora
Perdida vuestra sonrisa.

Y dulces las sensaciones
Serán de esa alma brillante,
Cuyas tranquilas pasiones
Brotaron con las canciones

De Metastasio y del Dante.

Vuestra mente se inflamó
Tambien en paz y en ternura;
Que Petrarca os la inspiró
Cuando á la márgen del Pó
Lloraba su desventura.

Y si todo en vos dulzores
Y mansedumbre respira,
Dejad vanos resplandores;
Venid entre trovadores,
Venid á escuchar su lira.

Esa corona luciente
Apartad; os sienta bien,
Os ensalza dignamente;
Es bello adorno en la frente,
Pero es pesada tambien;

Y más hermosa con ella,
No, CRISTINA, no lo estais;
Que aunque alumbra como estrella,
La viva luz que destella,
Pardiez que vos se la dais.

Venid sin esa corona,
Que os puede en la sien herir,
Si tan firme la aprisiona;
Si tanta punta eslabona,
No os ha de dejar dormir.

Dejadla un breve momento,
En que solaceis el alma
De ese tierno pensamiento;
¡Si alivia tanto tormento
Solo un instante de calma!

Y por si ofende á una diosa
Brillar sin su digno emblema,
Aunque no en tanto preciosa,
Por lo ménos tan hermosa
No os ha de faltar diadema.

No de diamantes preciados
Ni de vistosos joyeles,
De perlas mil engarzados,
Sino de verdes laureles,
Á la gloria conquistados.

Ésos, Reina, no perecen;
Que cada vez más gloriosos
Y lozanos reverdecen,
Porque sus semillas crecen
En los pechos generosos;

Y siempre brillan con gloria,
Y nada empaña su esmalte;
Los hizo eternos la historia,
Y ha de faltar la memoria,
Para que esplendor les falte.

Ésa que admitais suplico,

Por corona nuestras palmas;
Honroso dón os dedico,
Y áun por su engaste el más rico,
Pues va, Señora, con almas.

Al ver que adorna esa frente
El lauro que consignamos,
Inflame el delirio ardiente
De la gloria nuestra mente,
Y á sus altares corramos.

Y pronto, lo afirmo fiel
Por poeta y español,
Con tanto verde laurel
Hemos de alzar un dosel
Que anuble la luz del sol.

Defender su Reina es cosa
Que, aunque no fuera un deber,
Lo hará un alma generosa;
Bastára que sois hermosa,
Sobrára que sois mujer.

D. PATRICIO DE LA ESCOSURA.

A S. M. LA REINA GOBERNADORA.

RECUERDOS DE CRISTÓBAL COLON.

(1839)

Un tiempo fué que la abatida España
Rompió del agareno la coyunda,
Y entónces en Castilla
Reinaba ¡oh Madre de Isabel Segunda!
La primera Isabel. Gloria á su nombre;
Nunca tan grande lo alcanzó algun hombre.

Gloria á la ilustre mano que, enlazando
Las barras y castillos y leones,
Plantó sobre la Alhambra
De la cristiana hueste los pendones,
Y á los confines de la inculta Arabia
Lanzó del moro la impotente rabia.

Llena tú solo, dulce pensamiento
De los pasados triunfos, mi memoria,
Y borra de la mente,
Borra tambien, si puedes, de la historia,
Que un ángel reina en la española tierra,
Y hay españoles que le mueven guerra.

Aquí, en el seno de las artes, pulsa
La dulce lira el inspirado ingenio,
Cantando en voz sonora
La gloria, el fuego, el anhelar del genio,
Que al templo de la Fama se encamina,
Cual tú por otra senda, gran CRISTINA.

Vuelve la vista el corazon llagado
A sus sublimes fastos, patria mia;
Y al ver cuál otros tiempos
Del uno al otro polo se extendia,
Del ámbito del orbe soberano,
Tu cetro desde el sólio castellano,

Acaso olvide el alma algun instante
Cuál es de España la infelice suerte,
Y aliente la esperanza
De verla un dia vigorosa y fuerte,
Ceñirse de dos mundos la corona,
Que ornára á la Católica Matrona.

¡Dos mundos!..... y por siglos de contínuo
El orgullo brutal de la ignorancia,
«No, dijo, no hay más tierra»;

Grabando con frenética jactancia
En las rocas del golfo gaditano
El falso lema con osada mano.

Porque, al mirar las encrespadas ondas
Huir rugiendo la española arena,
Y unirse al horizonte
Con la celeste bóveda serena,
El cabo allí del ancho mar profundo
Hallar creyeron, y el confin del mundo.

Tender la vista al piélago insondable
No osaba su temor desde la orilla,
Ni léjos de la costa
Surcára el mar la cortadora quilla;
Y osaron, en su estúpida demencia,
Juzgar á Dios y escarnecer la ciencia.

Y tú, Colon, que en medio las tinieblas
Brillaste cual celeste meteoro,
Tal vez bañaste el lecho
De ardiente rabia en encendido lloro;
Tal vez desesperado maldijiste
El Nuevo Mundo, que en tus sueños viste.

Sí; que naciendo oscuro navegante,
De pueblo en pueblo de su genio inmenso
Llevando el dón sublime,
En vez del culto y merecido incienso,
Desprecio ó compasion sólo alcanzára
De quien sin comprenderle le escuchára.

¿Será que siempre el Creador divino,
Para humillar la vanidad del hombre,
Destine á grandes hechos
A un sér oscuro, de ignorado nombre,
Como á David sacó de entre pastores,
Y á Pedro de entre humildes pescadores?

Mas no; que donde quiera, si le place,
Suscita á sus designios instrumento,
Y mira en la cabaña,
Y del ebúrneo trono en el asiento,
Tan sólo al corazon y á la conciencia,
Para usar de rigor ó de clemencia.

Dichoso el que en sus juicios se destina
A reflejar su luz sobre la tierra,
Y triste el que su azote
Esgrime airado en matadora guerra;
Que el uno sube bendecido al cielo,
Y al otro esconde, á su pesar, el suelo.

Sonó la hora á su eternal decreto,
Y el rayo de su espíritu divino
Inflama en solo un punto
Al gran Colon, errante peregrino;
A Isabel, que en el trono de Castilla,
Fulgente sol sobre la Hesperia brilla.

¡Vanidad, vanidad, cuál nos engañas!
Los fuertes y los grandes y los sabios
Cerraron los oidos

A la verdad en los humildes labios,
Y una flaca mujer vió solamente
Un mundo en las regiones de Occidente.

Cuando, ya léjos de la antigua tierra,
Colon desde la popa de su nave
Los cielos estudiaba,
Sereno el rostro, el continente grave,
En torno dél los suyos murmurando,
Sobre su frente el huracan silbando:

« Yo, mundo, he de encontrarte », repetia;
« Que Dios me inspira el colosal intento,
» Y en vano, si Él me ayuda,
» Las ondas braman y se agita el viento;
» Y en vano la vil turba se rebela,
» Si el genio me protege de Isabela. »

Un grito suena en la elevada cofa,
Y brilla el ignorado continente,
Y el canto de alabanza
Al Autor de la luz, omnipotente,
Colon postrado, fervoroso entona,
Y á tí, Isabel, te ciñe una corona.

La voz que allí proclama el Nuevo Mundo
No anuncia sólo una conquista á España;
Que cambian los destinos
Del orbe entero con la tierra extraña;
Y el oro oculto de sus ricas venas
Coronas, cetros forjará y cadenas.

Si una mujer, Señora, fué instrumento
A unir de entrambos mundos las regiones,
Que el agua separaba,
Más gloria será unir los corazones
En que arde ciega fratricida saña,
Y ésa ha de ser ¡oh Reina! vuestra hazaña.

D. ENRIQUE GIL Y CARRASCO.

RECUERDOS DE LA INFANCIA.

LA NIEBLA.

(Dedicada á S. M. la Reina Madre [1].)

(1839)

Niebla pálida y sutil,
Que en alas vas de los vientos,
No así callada y sombría
Desparezcas á lo léjos,
Ó en pos de tí correré
Sin vagar y sin sosiego,
Porque está sedienta el alma

[1] Esta composicion forma parte del *Album* que dedicó á aquella augusta Señora el Liceo de Madrid, y aunque sin relacion con el objeto de este libro, la insertamos aquí por consideracion á su mérito y al nombre de su malogrado autor.

De tus sombras y misterios.
Acuérdate, engañadora,
Del inocente embeleso,
Con que niño embebecido
Contemplaba tu silencio
Por ver si en él resonaban
Perdidos y blandos ecos
De las arpas melodiosas,
De las magas de los cuentos.
Crédulo entónces y puro,
Rasgar intenté tu velo,
Pensando que me ocultaba
Sus palacios hechiceros,
Sus fantásticos pensiles,
Sus músicas y torneos
Y los flotantes penachos
De encantados caballeros;
Rasgada en pedazos mil,
Cual perdido pensamiento,
Te vi envolver cuidadosa
Y con solícito anhelo
Las almenas carcomidas
Del alcázar, que en un tiempo
Escándalo fué del mundo
Por su pompa y devaneos,
Sin ver que era vano afan
Y descabellado intento
Velar sus rotos blasones
Y sus mutilados fueros
Con tu liviano ropaje
Y más liviano deseo;

Y con todo, alguna vez
El sol te daba contento,
Reverberando apacible
Del torreon altanero,
En el musgo húmedo y triste,
Roja chispa de su fuego,
Que despues tú disfrazabas,
Hasta mentir el reflejo
De perfilada armadura
Ó de rutilante yelmo.
¡Cuántas veces me engañaste
Con dolosos sortilegios,
Haciéndome atropellar,
Desapoderado y ciego,
Las ruïnas del castillo,
Cándido infante, creyendo
Mirar de pié en su poterna,
Membrudo y alto guerrero,
Como jurado guardian
De la prez de sus abuelos!
¡Cuántas veces ¡ay! mis lágrimas
Por tus mentiras corrieron,
Al ver que mi fantasía
Y mi dulcísimo ensueño
Tornábase entre mis manos
Manojo de musgo seco,
Que en vagas ondulaciones
Oscila á merced del viento;
Y á la verdad, no era mucho
Que el sol oyese tu ruego,
Porque nunca le engañaste,

Para mostrarse severo;
Y á pesar de tus falsías,
Yo te adoraba en extremo,
Y áun te adoro, parda niebla,
Porque excitas en mi pecho
Memorias de bellos dias
Y purísimos recuerdos,
Porque hay fadas invisibles
En el vapor de tu seno,
Y porque en tí siempre hallé
Blando solaz á mi duelo.

¡Ay del que pasó la infancia
Á sus ilusiones muerto!
¡Ay de la flor que fragancia
Consume y pura elegancia
En apartado desierto!

¡Ay del corazon de niño
Que se abrió sin vacilar,
Sin reserva y sin aliño,
Pidiendo al mundo cariño
Y no lo pudo encontrar!

¡Niebla, que fuiste mi amor,
Y de mi infantil desvelo
Amparo consolador,
Que sola, bajo del cielo
Comprendias mi dolor!

¡Qué mucho que yo te amára,

Yo, desterrado del mundo,
Que en tí perdido vagára
Y á tí sola confiára
Mi desconsuelo profundo!

Tú á mi espíritu algun dia
Dabas tus húmedas alas,
Y demente de alegría,
El vago viento corria
Descomponiendo tus galas,

Cuando en el llano tendida,
Los contornos de los montes
Ocultabas atrevida,
Fingiendo en los horizontes
Vaga mar desconocida,

Y de la verde montaña,
Que asomaba la cabeza
Con altiva gentileza,
Isla formabas extraña,
De delicada belleza;

Bogaba la fantasía
Por tu misteriosa mar,
Y en su inocencia, creia
La vírgen isla lugar
De ventura y lozanía;

Y crédula, la soñaba
Puerto en la vida seguro,

Y desde allí imaginaba
Un porvenir, que llegaba
Perenne, radiante y puro.

En tu piélago tal vez,
De gótica catedral
La fábrica colosal
Flotaba con altivez,
Ó fortaleza feudal;

Y el ánima embebecida
En entrambas se fijaba,
Y ya la veleta erguida,
Ya la almena esclarecida
Solitaria acompañaba;

Que en los mares de la edad
No flotan, no de otra suerte
Mundana pompa y beldad;
Hasta en su oscuridad
Relumbra el sol de la muerte.

Todo confuso y borrado
En tu seno aparecia,
Vaporoso y nacarado,
Y en celajes mil velado,
Como luna en noche umbría.

Y la mente virginal,
Que sólo á ver alcanzaba
Las rosas en el zarzal,

Y otros vientos no soñaba
Que la brisa matinal,

Tus enigmas resolvia
Á favor de la inocencia,
Y calma tan sólo via,
Y solamente escondia
Amor sin fin y creencia.

Que hay una edad placentera
De vistosos arreboles,
Pura como azul esfera,
De espléndida primavera
Y de blandos tornasoles,

En que se goza el dichoso,
Porque en la dicha confia;
En que se goza el lloroso,
Al ver fanal luminoso
Allá en la bruma sombría.

De pura nieve y carmin
Formada está el alma nueva;
No es mucho, pues, que se atreva
Con el destino y que beba
En las copas del festin.

Parda niebla y sin color,
No es mucho que vea en tí
Serenas noches de amor,
Labios de ardiente rubí

Y verdes prados en flor;

No es mucho; porque ilusiones
De tan vistoso jaez
Pasan tan sólo una vez,
Para velar sus blasones
En perpétua lobreguez.

Su blanca luz planetera
Brilla un instante no más,
Y en la amorosa carrera
De juventud hechicera
No vuelve á lucir jamas.

¡Niebla! y no puedo ver
En tu misterioso espejo
Los vergeles del placer;
Que el corazon está viejo
De quebranto y padecer.

Mi infancia pasó muy triste,
Más pasa mi juventud;
Que entónces tú me acogiste,
Y hoy mi ventura consiste
En la paz del ataud;

Mas, ya que has sido mi amor,
Envuélveme con tu velo,
Dame sombras y consuelo;
Que tu sola mi dolor
Has comprendido en el suelo.

D. SANTOS LOPEZ PELEGRIN.

EL POETA.

(Dedicada á S. M. la Reina Madre [1].)

(1839)

Sobre una alta peña de rústica playa,
Con frente serena las olas mirando,
Que en tumbos, revueltas se van acercando,
Y en ella se rompen con ronco sonar,
Sentado el poeta, domina las nubes,
Domina los llanos, domina la sierra,
Domina los hombres, domina la tierra,
Domina los astros, domina la mar;

[1] Lo mismo que la anterior, esta composicion está sacada del *Album* que el Liceo dedicó á S. M., y se incluye aquí por iguales motivos.

Que su genio vencedor
Ni tiene trabas ni ley,
Y es el feliz trovador,
Entre señores, señor,
Y allá, entre los reyes, rey.

¿Qué importa que pobre cuna
Ya le esperase al nacer,
Si á su pesar la fortuna
Sobre el disco de la luna
Su nombre escrito ha de ver?

¿Qué importa que harapos lleve,
Que viva en mísero afan,
Que beba entre ruda plebe
El agua que el pobre bebe
Y coma del pobre el pan?

¿Qué importa que allá del moro
No herede rica ciudad,
Si brota su lira de oro
En cada verso un tesoro,
Que lega á la eternidad?

Á la eternidad legando
Su divina inspiracion,
De siglo en siglo trepando,
Sus versos van resonando
En dulce y acorde són.

Y ve los hombres morirse,

Y ve los siglos llegar,
Y las montañas sumirse,
Y las ciudades hundirse,
De los siglos al pasar.

Que de poeta la vida
Clavada en sus versos va,
Y allí con ellos unida,
Del hacha del tiempo herida
Jamas su vida será.

Y allí con sus versos vive
La perseguida verdad;
Si crímen, si amor escribe,
Para vivir los recibe
Del tiempo la inmensidad.

Y allí las generaciones,
Allí al poeta verán,
Y admirarán las naciones
Aquellas lindas canciones
Que amores brotando están.

Allí de hermosas mujeres
Palpitará el corazon;
Que el vate anima los seres,
Y son sus versos su són.

Del alto peñasco desciende el poeta,
Sus miembros se agitan, su rostro se inflama,
Escucha, se pára, su linda le llama,

Su voz, á lo léjos, cobarde sonó.

En lecho de flores dormia la bella,
Su amante velaba, sonrie, la mira;
Del lecho se lanza, descuelga la lira,
Y al alto peñasco ligero trepó.

Miéntras en lecho de amores
Su Laura hermosa dormia,
Cantar el vate queria
Las tempestades del mar.

Despierta la bella y mira,
Y al verse en el bosque sola,
Se agita y gime cual ola
Que el viento lleva á estrellar.

Vén á mis brazos, hermoso;
Poeta, á mis brazos vén;
Que tiene Laura un eden
Teniéndote Laura á tí.

Rasga mi pecho y verás
Pintado en él tu retrato;
¿Por qué te alejas, ingrato,
Por qué te alejas de mí?

Mejores tus versos son
Que los ruidosos festines
Y los floridos jardines
En que se aduerme el Sultan;

Que los manjares se pierden,
Las flores las seca el viento,
Pero tu nombre y tu acento
Gratos y eternos serán.

¿Qué vale tener palacios,
Fuentes de mármol tener,
El agua en oro beber,
Y sedas de Asia vestir?

¿Qué son contigo las perlas,
Ni los encantos del arte,
Si sabe el genio mostrarte
La senda del no morir?.....

Una rama
Se movió,
Y la bella
Retembló.

Allí el poeta escondido
Á su querida escuchó,
Y entre sus brazos se lanza,
Cual un huracan de amor.

D. JAIME MORALES SOLER.

I.

A DOÑA MARÍA CRISTINA DE BORBON,

al abandonar las playas de Valencia, el día 17 de Octubre de 1840.

¡Ya va á partir! Su nave lentamente
Se mece en la bahía.
Rompa en endechas mi laud doliente;
Dé rienda á su dolor el alma mia.

¡Oh Cristina infeliz! Dejas el suelo
De tu querida España,
Y á probar vas la hiel del desconsuelo
Y el pan del ostracismo en tierra extraña.

¡Oh! ¡cruel, muy cruel será tu pena!
¡Muy acerbo tu llanto!
Dejas ahí sobre la rubia arena
Tu áureo cetro y tu purpúreo manto.

Dejas ahí, del Turia en las riberas,
Dos Hijas que te adoran,
Llamándote con voces plañideras
Y enjugando las lágrimas que lloran.

¿Qué te valieron, dime, los blasones
Que tus sienes orlaron?
Revolvió la anarquía sus pendones,
Y por el lodo á su vaiven rodaron.

¿Qué vale de tus Hijas el lamento
Para esa raza impía,
Para esa grey que escupe al firmamento,
Y al sucesor de Cristo desafia?

¡Oh! ¡cruel, muy cruel es tu destino!
¡Muy aciaga tu estrella!
Sembrado está de abrojos tu camino,
Desventura y horror cercan tu huella.

Adios, ave imperial de blanca pluma,
Que hácia el Garona vuelas;
¡Adios! que ya sobre la hirviente espuma
Tu barca apresta las flotantes velas.

¡Ah! ¡qué será de la infeliz España

Los dias de tu ausencia!
Juguete vil de la traidora saña,
Flor entre abrojos, perderá su esencia.

Bajará cual centella vil milano
Sobre tu prole amada,
Y el ministro del Padre soberano
Caerá al filo de tajante espada.

Irá en manos de pérfidos sayones
El cetro de Castilla,
Y aviltados sus nobles infanzones,
Doblarán á un soldado la rodilla.

Adios, adios: con arrasados ojos
Alejarte te miro
Sobre ese fondo de matices rojos,
Que borda los espacios de zafiro.

Por estas rocas, que contínuo azota
La mar embravecida,
Me sentaré á pulsar el arpa rota
Y lloraré con sangre tu partida.

II.

A DOÑA MARÍA CRISTINA DE BORBON,

en su regreso á España y tránsito por Valencia, el dia 12 de Marzo de 1844.

SONETO.

Sucédese á las penas la alegría;
Tras hórrida tormenta el sol fulgura,
Y sobre el manto de la noche oscura
Ráfagas de carmin el alba envia.
España, ayer gimiendo en su agonía,
Ceñíase el cipres de la amargura,
Y rota en mil pedazos su armadura,
Doblaba el cuello á la coyunda impía.
Hoy alza al cielo la abatida frente,
Que en el azul de los revueltos mares
Íris de paz asoma refulgente.
¡Cristina es! — La que mostró á millares
De libertad el mágico sendero,
Hoy egida va á ser del trono ibero.

III.

(1844)

Et nunc reges intelligit: erudimini qui judicatis terram.

Psalm. II, ver. 10.

ODA.

Cuando la osada plebe,
Sin ley ni Dios, sin valladar ni freno,
Vibra el puñal alevé,
De altos varones amagando el seno;

Cuando de la anarquía
Rauda girando la feral carroza,
Se abre en el orbe vía,
Y de sus ruedas al batir destroza,

Con ímpetu iracundo
Cetros y altares, templos y palacios,
Y cuanto encierra el mundo
De grande en sus magníficos espacios;

En desquicio tan fiero,
¿Qué vale el esplendor de la corona?
Usúrpala un guerrero,
O la plebe á su frente la eslabona.

En tanta desventura,
¿Qué es ¡ay! de la virtud?—Flor que se mece
En ribera insegura,
Salta el raudal, azótala y..... perece.

¡Oh CRISTINA adorada!
Tú lo dirás, que al popular amago
Tu frente amancillada
Viste en un dia para siempre aciago.

Tú, que la befa fuiste
De una turba feroz y asoladora,
Y por el lodo viste
Tu dignidad de Reina y de Señora.

Tu suerte lastimera
Presente áun vive en la memoria mia;
Del Turia en su ribera
Yo escuché tus suspiros de agonía.

Yo vi tu regio manto,
Roto en jirones, alfombrar el suelo;
Y al eco de tu llanto
Gemir el orbe y conmoverse el cielo.

Sobre las ondas frias

Yo te vi alzar los doloridos brazos;
¡Por las Hijas pedias,
De tus entrañas ¡ay! ricos pedazos!

Yo el rumbo de tu nave
Seguí, no con los ojos, con el alma,
Y al céfiro suave
Demandé alientos de frescura y calma.

Mas los dias pasaron
De tormentas y luto y desconsuelo,
Y tras sí arrebataron
Las torvas nubes del airado cielo.

Hoy vientos de bonanza
Abren el templo de la rubia aurora,
Y el sol de la esperanza
Con piélagos de luz el éter dora.

Tras quebranto, alegría;
Tras noche de baldon, dias de gloria.
¡Pereció la anarquía!
Españoles, cantad, cantad victoria.

Deja, Reina querida,
El turbio Sena, que entre nubes yace;
¡Es triste esa guarida
Para el que orillas del Sebeto nace!

Impélante á porfía
Sobre esquife gentil rizadas olas.

Vén á la patria mia,
Vuelve á pisar riberas españolas.

Mirad su nave..... entre las ondas brilla,
Y avanza al són de armónicos cantares,
Rauda rasgando su dorada quilla
La blanca espuma de los anchos mares.

Ayer cruzaba el piélago sañudo,
Dejando atras el hispanense suelo,
Sin más que su inocencia por escudo,
Sin más sosten que la piedad del cielo.

Ayer vagaba á la merced del Noto,
Hácia las tristes playas del Garona,
El manto imperatorio en trizas roto,
Madre sin hijas, Reina sin corona.

Hoy vuelve á nuestras mágicas riberas,
Su nombre aclama la española gente,
Y al soplo de las auras placenteras
Se desanubla su enlutada frente.

Hoy más radiante su inocencia brilla,
Hoy huella con más gloria estas regiones.
Dios, para más enaltecer, humilla.
¡*Aprended, reyes; aprended, naciones!*

D. JOSÉ OLANIER.

A S. M. LA REINA MADRE,

EN SU REGRESO Á ESPAÑA.

(1844)

No ya de amargo duelo
Herido el corazon, tristes suspiros
Exhala en dura pena,
Ni en fúnebre quebranto
Brotan mis ojos abundoso llanto.

No ya, cual algun dia,
Roto en pedazos mi laud doliente,
Dolorido contemplo,
Cebándose en su encono,
A ingratos hijos mancillar el trono.

Hoy, que en el polvo hundieron
La envidia y la maldad los justos cielos,
Y la virtud alzaron,
Con plácido contento
El són de mi laud henchirá el viento;

Y ajustando mis tonos
Al compas de mil cítaras sonoras,
Del Turia en la ribera
Loaré al alto cielo,
Que á CRSITINA inmortal torna á su suelo.

¡Oh! salve, Reina augusta;
Entre el clamor del pueblo que te acoge
Con sincero cariño,
Desde el silencio mudo
De mi humilde retiro te saludo.

Tu triunfo y tu victoria
Canten otros en trompa resonante;
Que á mí sólo me es dado,
En mi entusiasmo ardiente,
Decir apénas lo que el pecho siente.

El fuego que le anima,
Con desusado ardor y extensa llama
Arrebata mi mente,
Y agita en la memoria
Recuerdos indelebles de tu historia.

Por tí en mi cara patria,

Tras noche de tinieblas, renacieron
Las artes y las ciencias,
Y cruzó su ancho suelo
Del libre pensamiento el libre vuelo.
. . . . . .
. . . . . .

Ora del blando cetro
Con que nos rige cándida inocencia
Sé tú la experta guía,
Y cual Dios por tí vela,
Ampara ¡oh Reina y Madre! á tu Isabela.

Así la edad futura
Tu nombre guardará con letras de oro,
Y á las madres y reyes,
«Es, les dirá, su historia
«Fanal que guía al templo de la gloria.»

D. JUAN BELZA.

Á S. M. LA REINA

DOÑA MARÍA CRISTINA DE BORBON.

(1844)

ODA.

Deten ¡oh sol! tu espléndida carrera;
Deten ¡oh majestad del ancho cielo!
Tu carroza de fuego,
Que derrama su luz por la ancha esfera;
Rompan tus rayos luégo
De opacas nubes el oscuro velo;
Detente á contemplar desde tu altura
La escena tierna de sin par ternura.

Mira del Turia en la arenosa orilla
Un pueblo inmenso, que el espacio llena,
Como abejas ansiosas,
Despues de abandonar la flor sencilla,
Se apresuran gozosas,
Volando en derredor de la colmena,
Por gozar del ambiente perfumado
De un objeto á su amor idolatrado.

Mira con tus reflejos la mañana
Salir por el Oriente, dando vida
Á las nacientes flores,
Y escuchar por sus límites ufana
Trinar los ruiseñores.
El ave del ramaje suspendida
Con ilusion y con placer se mece,
Y en los flexibles tallos se adormece.

Mira el semblante de la gente toda,
Mira su sonreir y su locura
Pintada en sus facciones;
Si el llanto á sus mejillas se acomoda,
Es de dulces pasiones;
Todo es júbilo allí, todo ternura,
Y tanto amor, por demasiado estrecho,
No cabe ya en el encendido pecho.

Los mozos, las mujeres, los ancianos,
Hasta los tiernos é inocentes niños
Bendicen este dia,
Todos acordes porque son hermanos;

Y apuran su alegría
Cruzando preciadísimos cariños;
Se abrazan, y de júbilo extasiados,
Discurren por doquiera entusiasmados.

Oye el estruendo del cañon vibrante,
Que llena nuestros pechos de alegría;
Desde muy de mañana
Escucharás tambien á cada instante
El són de la campana,
Que vuela por los aires á porfía;
Todo es júbilo, cantos, alborozo,
Entusiasmo, placer, delicia y gozo.

Mira ese mar, que de tu luz retrata
Vistosos y brillantes mil colores,
Y sus mismos reflejos
Forman en manto de azulada plata
Caprichosos espejos;
Cambiándose en riqueza y en primores,
El ancho espacio de la mar salada,
En alfombra de luces esmaltada.

Mira sus verdes ondas espumosas,
Levantarse frenéticas y erguidas
Con faz aterradora,
Y de su imperio audaces y orgullosas,
Veráslas ¡ay! ahora
Descender amansadas y rendidas,
Besando de una nave la ancha quilla,
Que conduce á una Reina de Castilla.

Á una mujer que su mirada sola,
Con mágico poder y raro encanto,
Un punto detuviera
Á la terrible y agitada ola,
Al sol en su carrera;
Trueca en gozo las penas y el quebranto,
Y si fuese posible, el denso velo
Sólo por verla descorriera el cielo.
. . . . . .

Ésa es la Reina que amorosa y bella
Cual madre tierna nos prendió en sus lazos,
Llamándonos sus hijos;
Esa que, de ventura clara estrella,
Nuestros males prolijos
Hizo dormir en sus amantes brazos;
Esa que, en sus encantos inspirado,
Entusiasmo y valor legó al soldado.

Esa cuya presencia solamente
Basta á dar paz al pecho dolorido
Con su sola mirada;
Esa que con su hechizo de repente
Deja el alma extasiada;
Y en amoroso afan adormecido,
Descansa el corazon soñando gloria,
Con recuerdos que cruzan la memoria.

Esa que vuelve á revivir ahora
Los mismos de su afan y sus cuidados
Por ese pueblo entero,

Que loco y que frenético le adora:
Leal y caballera,
Ve sus deseos para fin colmados,
Besando el leve polvo que levanta,
Al dirigir el pié, su régia planta.

Pero ¡ay! la huella del dolor marcada
Del tiempo aciago en tu meijlla veo,
Y tu frente se mira
Del mismo insomnio y del martirio ajada,
Y mi pecho suspira
Al calcular que allende el Pirineo
Devoraste en silencio la amargura
De ausente Madre que el dolor apura.

Mas nunca, mi CRISTINA, ménos bella
Te contempló mi corazon de fuego;
En mi delirio amante
Fuiste á mi pensamiento rara estrella
De ese cielo radiante;
Y en su luz celestial quedando ciego,
Te dirá mi laud de cualquier modo
Que eres mi Dios, mi religion, mi todo.

D. AGUSTIN SALIDO.

LA VÍRGEN DE LOS DESAMPARADOS,

QUE SE VENERA EN VALENCIA,

Á S. M. LA REINA

DOÑA MARÍA CRISTINA DE BORBON,

EN SU REGRESO Á ESPAÑA.

(1844)

SONETO.

Henchido el corazon de celo santo,
Con santa fe mi proteccion buscaste,
Y si cual madre llanto derramaste,
Tambien cual Madre recogí tu llanto.
«Ampara, me dijiste, bajo el manto
»Mis tiernas hijas.»—Un sollozo ahogaste,
Y en ferviente oracion te afinojaste,
Ablandando á las piedras tu quebranto.

Te vi surcar los mares abatida,
Y vi tu angustia desde el alto cielo,
Cuando de Luisa y de Isabel la vida
Ocultaba á tus ojos denso velo.
Ángeles recibí, capullos de oro;
Yo te vuelvo ¡oh CRISTINA! tu tesoro.

D. PELEGRIN GARCÍA-CADENA.

I.

AL DESEADO REGRESO
DE S. M. LA REINA D.ª MARÍA CRISTINA.

(1844)

¡Patria de alto renombre! ¡Suelo amado!
España, un dia poderosa y buena,
Y ora, al bramar del Euro desatado,
De luto, escombros y de espanto llena;
¿Cuándo el rigor se aplacará del Hado,
Que á tu jardin bellísimo condena
Espectáculo á ser de las naciones,
Entregada á contínuas disensiones?

¿Cuándo, patria infeliz, lucirá el dia
En que unidos los nobles castellanos,
Extirpando la infame rebeldía,
Que empaña sus laureles soberanos,
Sofoquen de ambicion la sed impía,
Y unidos para siempre como hermanos,
Cobren su fuerza y esplendor primero,
Espanto para ser del orbe entero?

¿No son aquellos nobles infanzones,
Crisoles de valor infatigables,
Que miraban temblar á cien naciones
Al golpe de sus iras formidables;
Aquellos que llevando sus pendones
Por desiertos de arena inevitables,
Á su potente diestra subyugaron
Cuanto sus ojos de águila abarcaron?

En sus pechos, modelos de hidalguía,
Cuyos rasgos legaron á la historia,
Jamas otra ambicion ni sed ardia
Que la noble ambicion de eterna gloria;
La fama que alcanzaron algun dia
Del lustre de su patria por memoria,
Otro escondido fin nunca tuviera
Que el generoso ardor que los moviera.

Los hechos lo dirán del gran Rodrigo
Y el hijo esclarecido de Jimena,
Que el espanto y horror llevan consigo
En medio de la infiel hueste agarena;

Mirad por donde quier del enemigo
La sangre enrojecer la ardiente arena,
Y de él cada ciudad, cada llanura
Trocadas en inmensa sepultura.

Dígalo de Guzman el ardimiento
Y el número sin fin de sus hazañas;
Jamas del corazon el noble aliento
Se mostró con proezas más extrañas;
Él á las garras del leon hambriento
Pedazos arrojó de sus entrañas,
Primero que de Calpe ver abiertas
Al contrario feroz las anchas puertas.

¿Dónde están la nobleza y cortesía
De aquellos nobilísimos guerreros
Que ántes la luz faltára al claro dia
Que faltar á la ley de caballeros?
Jamas la sinrazon y felonía
Pudo evitar sus ínclitos aceros,
Ni jamas sus venganzas evitaron
Los que á nobles matronas insultaron.

¡Todo acabó en mi patria sin ventura!
No adornan nuevos timbres su trofeo,
Y en vez de amedrentar con su bravura,
Las garras del leon cortadas veo;
Y si ansiando saciar su saña impura,
De sangre y destruccion muestra áun deseo,
Contra su mismo pecho las afila,
Y en su impotente rabia se aniquila.

¡Cierra, patria infeliz, cierra tu historia!
Que esa que cunde ya, torpe semilla,
De infamia y mezquindad impura escoria,
Tus páginas brillantes amancilla!
De tus gloriosos hechos la memoria
Te resta sólo ya, noble Castilla;
Que los que dieron gloria á tus trofeos,
Trocados miro en débiles pigmeos.
. . . . . .

Los hijos que por nobles se vendieron,
Tambien contra su Reina conspiraban,
Y con la capa del honor cubrieron
Los planes de maldad que meditaban.
¿Sabeis de qué traicion capaces fueron?
Los que á la augusta víctima acechaban
Osaron ¡oh baldon del pueblo hispano!
Su púrpura oprimir con torpe mano.

¡Venganza, hijos del Cid! La impura afrenta
Venganza está pidiendo á nuestro acero,
Y el que en esta ocasion su sed no sienta,
Ni es noble, ni español, ni caballero.
¡Hijos del gran Pelayo, no consienta
Vuestro pecho jamas borron tan fiero,
Ántes que al ver ajados sus blasones,
Se burlen de vosotros las naciones!!

¡Qué! ¿Me escuchais? El pecho generoso
Vuelve á cobrar su temple y su pujanza,
Y á vindicar su agravio presuroso

Ya con espanto por doquier se lanza.
¡Traidores! ya lo veis: leon brioso
El que juzgais cordero, su venganza
Va á fulminar sobre la raza impía;
Te conozco por fin, ¡oh patria mia!

Tú eres el pueblo aquel que si un instante
Puede olvidar su gloria y su nobleza,
Se agita de improviso amenazante,
Airado levantando la cabeza;
Sí, ya miro tu brazo fulminante
Cercano á castigar la vil proeza;
Y al monstruo aquel de maldicion y encono,
Ya le miro temblar desde su trono.

. . . . . .
. . . . . .

Vén luégo á nuestra voz, ¡oh Reina mia!
¡Vuelve á pisar tu suelo ya dichoso!
Grandes penas te dió fortuna impía,
Porque es tu corazon grande y hermoso;
Mas tras noche de horror el claro dia
Aparece más bello y luminoso,
Y tras las iras de la suerte airada,
Es más bella la dicha, más preciada.

II.

AL REGRESO

DE LA REINA DOÑA MARÍA CRISTINA,

LOS ESCOLARES DE LA UNIVERSIDAD LITERARIA DE VALENCIA.

(1844)

ODA.

Decid, ¿no es una vela,
Que cortando veloz el mar sereno,
Hácia mi patria vuela?.....
¡Oh, cómo de impaciencia y gozo lleno,
Late á su vista mi anhelante seno!

¿No veis una matrona,
Cuya noble expresion y augusta frente
La majestad pregona?
¿No la veis por su patria al manso ambiente
Un suspiro entregar de amor ardiente?

¡Oh, sí; mi pecho amante
La celestial imágen adivina
De su ilusion constante!
No es delirio fugaz que me alucina:
¡Miradla, es mi delirio, mi CRISTINA!

¿De quién esa mirada
Y esa amante sonrisa ser pudiera?
¿Quién á mi patria amada
Con más ardiente anhelo protegiera?
¿Quién se ofreció en sus aras la primera?

Yo te vi, Reina mia,
Por ella devorar penas sin cuento,
Y á la ambicion impía
De tu sólio ceder el alto asiento;
¡Brillante rasgo de tu noble aliento!

Yo vi cuál los traidores
Tu corazon de madre destrozaron,
Y entre acerbos dolores
De tus amantes brazos arrancaron
El ángel cuyo brillo ambicionaron;

Y con osada lengua,
Para eterno baldon de su memoria,
Te condenan ¡oh mengua!
En lueñes climas á ocultar tu gloria,
Manchando así de tu nacion la historia.

Mas no tanta mancilla
Pudo sufrir el pueblo castellano,
Y de la régia silla
Derribando al fingido soberano,
Lavó tu afrenta en sangre del tirano.
. . . . . .
. . . . . .

Batel de mi esperanza,
Cruza impelido pronto el mar hundoso
Por brisas de bonanza;
Que jamas se encerró, batel dichoso,
Tesoro en tus entrañas más precioso.

Vén ¡oh Reina! en buen hora
El aura á respirar grata y serena
Del Turia, que te adora;
Vén ¡oh Reina! á trocar su vega amena
Por el negro vapor del turbio Sena;

Que aquí te espera amante
Un pueblo que, á tus piés arrodillado,
Te adorará constante;
Un pueblo que, á tu vista arrebatado,
Te aclama sin cesar entusiasmado.

Mírale por doquiera
Acorrer á tu vista sin aliento
Del Turia en la ribera,
Tu nombre y tu loor con gran acento
Sin cesar entregando al manso viento.

D. RAMON DE CAMPOAMOR.

I.

Á LA REINA CRISTINA,

RESTAURADORA DE LAS LIBERTADES PATRIAS,

AL PARTIR PARA SU DESTIERRO.

(1840.)

¡Italia! ¡Italia! á tu angustiado seno
Vuelve ya la deidad de tí adorada;
La trajo el iris, y la lanza el trueno,
Cual hoja seca, de aquilon llevada.

JUAN DONOSO CORTÉS.

ODA.

Lleva en paz esa nave,
Aura gentil que hácia el Oriente vuelas;
Que nunca en pompa grave
Á tu influjo suave
Otra más rica aparejó sus velas.

Marca su rumbo incierto,
De Italia en las regiones apartadas,
Señalando su puerto,
Por estas que ahora vierto
Lágrimas tristes, de rencor preñadas.

Adios, Reina querida;
Si al ronco són del huracan que zumba
Te abre la mar guarida,
Yendo de muerte herida,
Feliz serás en encontrar la tumba.

¿Por qué doliente mides
Con esos ojos, que la paz vertian,
La tierra que despides?
¿Quién sostendrá las vides
Que al dulce arrimo de tu amor crecian?

¿Por qué con pecho fiero
Da á sus hijos la tórtola por padre
Al infiel ballestero,
Que amargó carnicero
La blanca sien de la inocente madre?

Y tú, pueblo aguerrido,
Que la proscribes con ardor bizarro,
Recuerda cuando uncido,
Como alazan vendido,
Llevarte pudo á su triunfante carro.

Si dejaste beodo

La régia frente de baldon sellada,
Nunca el imperio godo
Debió ver por el lodo
De una mujer la dignidad ajada.

Aparta, infiel alano,
Que osaste profanar con ira insana
De tu dueño la mano;
Hoy te alzas soberano,
Y un vil rufian te azotará mañana.

No apagues insolente
Mi voz, porque la mísera fortuna
De una madre lamente,
Que sofocó valiente
Las sierpes que me ahogaban en la cuna.

En buen hora con saña
Solemnices en orgía placentera
Tu criminosa hazaña:
¡Gloria al leon de España,
Que el pecho hirió de una infeliz cordera!

Engrie tus pendones,
Agobiados de bélicas coronas:
Quien venció Napoleones,
Añada á sus blasones
La baja prez de proscribir matronas.

Y en tanto que serena
Ria la mar, ó que sus senos abra,

Aduérmete sin pena
Al bronco són que atruena
Del yunque atroz que tus cadenas labra.

¡Ya abandonó á Castilla!!
Cantad, hijos del Cid, la alta victoria;
En mí fuera mancilla,
Magüer que, cual Padilla,
Me agito en sed de libertad y gloria.

II.

AL REGRESO DE S. M. LA REINA

DOÑA MARÍA CRISTINA DE BORBON.

(1843)

ODA.

Ya torna la que viéndose ultrajada
Por enemigo bando,
De Valencia en las costas, irritada,
La corona abdicó de San Fernando.

¡Digna Reina del pueblo que algun dia,
Con su indomable tropa,
El mundo entero á prosternar salia
Desde un rincon de la asombrada Europa!

Llegad, por fin, donde, en amor iguales,
Ya os miran embebidos,
Como signo de honor vuestros parciales,
Cual bandera de paz vuestros vencidos.

Mostrad, para vengaros dignamente
De pasados agravios,
Señales de perdon en vuestra frente,
Palabras de piedad en vuestros labios.

Los que hoy al *bendeciros* os admiran,
De vos *benditos* sean;
Pues *¡Madre!* os llaman cuantos hoy os miran,
¡Hijos! tan sólo vuestros ojos vean.

No piden sangre, no, las nobles almas
De muertos defensores;
El mártir de una Reina exige palmas,
El héroe de una dama exige flores.

Con harta gloria ha de contar su suerte
La venidera historia;
Que si es lidiar por vos buscar la muerte,
Morir por vos es alcanzar la gloria.

Y aunque vengar vuestra altivez quisiera
Su inútil osadía,
¿Qué existencia sus vidas redimiera,
Ni cuál sangre su sangre expiaría?

Á cuantos hoy con bárbaros enojos

Conciten vuestra saña,
Eternamente á sus voraces ojos
La lumbre les esquive el sol de España.

Sed, cual fueron en bélicas edades
Los grandes corazones:
Fuente de amor para manar bondades,
Tumba inmortal para enterrar baldones;

Que no hay gloria en el mundo más cumplida
Que ser, cual vos, Señora,
El genio del orgullo, si vencida;
El ángel del perdon, si vencedora.

D. BUENAVENTURA CÁRLOS ARIBAU.

A S. M. LA REINA

DOÑA MARÍA CRISTINA.

(1844)

ODA.

No en vano en triste dia
La luz de mi esperanza
Ardió sin apagarse al soplo fiero;
No en vano contra impía,
Invasora pujanza,
La voz de salvacion dí yo el primero.

A su eco el pueblo ibero
Despierta cual leon de su modorra,

Y agita su melena,
Y se alza y ruge; y al feroz rugido,
Que por los valles cóncavos resuena,
Hierven los campos, arden las ciudades;
Y tiembla el fementido,
Y huye despavorido,
Y en las aguas sepúltase de Gádes;
Y á manos sin mancilla
La patria, libre de opresion, entrega
El heredado cetro de Castilla.
¿Qué más?..... ¿No basta aún?..... No; que un vacío
Queda en el pecho mio,
Y hay bien que, como el mal, pide un consuelo.
Falta un sol, falta un dios en este cielo.
Ya viene, ya está aquí..... ¡Salve, Señora!
Que harto tardó la hora
De ver cumplido mi ferviente anhelo.
Salve otra vez; la celestial clemencia
Oyó los votos del que fiel te adora.
Déjamelo creer, ¡oh Providencia!

Yo la vi refulgente de hermosura,
Por doquier derramando resplandores,
Anunciando á la España la ventura,
Como llega el Abril entre las flores.
La vi despues al engañado esposo
Arrancar de los brazos de la muerte,
Destruir el ardid del alevoso,
Salvar al pueblo de su injusta suerte.
Yo la vi, de la gloria al incentivo,
Abrir del templo del saber las puertas,

Y abrir las de la patria al fugitivo,
Que sólo estaban al extraño abiertas.
Yo la vi!..... á esa hija de cien reyes,
La atmósfera rompiendo pestilente,
Ir á evocar las olvidadas leyes
Que la prez fueron de la hispana gente.
Yo la vi á los bizarros paladines
Animar con su aspecto soberano,
Hasta que de sus ásperos confines
Lanzaron á los siervos y al tirano.
Pero tambien (¡oh mengua,
Torpe baldon de pechos de pantera,
Do no se anida un corazon que lata!)
La vi insultada por infame lengua,
Y con audacia fiera
Escarnecida por la turba ingrata,
Abandonada, errante
De ciudad en ciudad, hecha ludibrio
De la comprada plebe,
Y de uno en otro instante
Blanco seguro del puñal aleve.
Por el polvo arrastrado se veia
En mil jirones su purpúreo manto,
Y roto allí yacia
El justo cetro de Fernando el Santo;
Pero los ojos de ella todavía
Señal no dieran de su atroz quebranto,
Si con semblante torvo
No le ofreciera el desleal soldado
En su copa de hiel el postrer sorbo;
Que si en la triste playa

Fausto, poder, corona,
La noble Reina impávida abandona,
La Madre á tanta crueldad desmaya
Cuando con fria calma
Arrancan de sus brazos
Aquellos dos pedazos
Unidos á su alma.
Venid y ved, traidores,
Si hay un dolor igual á estos dolores.

Basta; y si nos es dado,
Borremos en la mente
De tanto crímen la hórrida memoria;
Al suspirar pasado
Suceda el bien presente,
Y empiece desde aquí la era de gloria;
Que nunca más brillante
Chispea el ojo animador del mundo,
Que despues que su dardo fulminante
Lanzó las tempestades al profundo;
Y así como en el claro firmamento
Ninguna sombra su esplendor empaña,
No se mezcle tampoco en el divino
Raudal de néctar que embrïaga á España,
Ponzoña de enojoso pensamiento;
Pues trocado el destino,
No hay contento mayor que este contento.

Pura como el incienso
Sea mi ofrenda, y como el sol serena,
Ya que el amor inmenso

Que mi alma ardiente rebosando llena,
Lugar no deja al ódio ni á la pena.
Yo soltaré á los vientos
Mi débil voz en cántico sonoro,
Oirán mis acentos
Mil y mil vates, y con arpas de oro
Á mi cantar responderán en coro:

« Al soplo de los céfiros,
» Postrados á tu planta,
» En brazos de los ángeles,
» Que tu virtud encanta,
» Vuelve, ¡oh deidad benéfica!
» Vuelve á tu pueblo fiel. »

Sí, vuelve, ¡oh Reina!
Al pueblo que te llama,
Al que otra vez te aclama
Genio de bendicion, Madre y Señora.
¿Óyesle alzar ahora
El grito de placer?..... Es que tu labio
Vió abierto á la sonrisa encantadora,
Sublime más despues de tanto agravio.
¿Óyesle cómo llora?
Es que profundamente
Del infortunio el sello
Grabado mira en tu radiosa frente.
Éste es el pueblo, ¡oh Reina! ésta es España;
Tierra de inspiracion, patria de fuego,
Á ningun grito de entusiasmo extraña.
¿Quieres que en estos pechos,

En lágrimas deshechos,
Infunda nuevo ardor y sed de gloria,
Y les recuerde sus famosos hechos
Cuando tú les guiaste á la victoria?
Dame, dame la trompa de Tirteo,
Y á tu nombre la tierra
Temblará desde Calpe al Pirineo.
No fratricida guerra,
No desleal venganza,
Voy á anunciar en cántico inhumano;
Que el fiero tingitano
Ya apresta sus caballos y su lanza,
Y su arrogancia inculta
La fe quebranta y á mi patria insulta.
Acudid, ¡españoles!
Vosotros, cuya audacia
No hielan nieves ni derriten soles,
Ni la abate el temor ni la desgracia.
Venced al que os provoca,
Porque para vencer á los esclavos
Sabeis qué nombre el español invoca;
Y cuando, á fuer de bravos,
En áspera pelea
Ahuyenteis á la turba circuncisa,
Sea CRISTINA vuestra fiel divisa,
Siempre CRISTINA vuestro grito sea.

D. JUAN AROLAS.

Á S. M. LA REINA MADRE

DOÑA MARÍA CRISTINA.

(1844)

ODA.

De sus barras blason omnipotente
Hoy rinde á vuestros piés, bella CRISTINA,
Nuestra ciudad, la de aromoso ambiente,
La que sobre las ondas se reclina
Del Turia encantador;

La que en sus tibias noches, que enamoran,
Recibiendo del mar conciertos puros,
Como lejanas arpas, que la lloran

Por estar apartadas de sus muros,
Tiene un dormir de flor.

A sus lindes llegad, porque os espera,
Como el arca flotante en las espumas
Esperó la paloma mensajera,
Que ostentaba entre el blanco de sus plumas
Verde oliva de paz;

Y reposad en su regazo bello,
Como cisne al tocar linfa encantada,
Que en líquido cristal hunde su cuello,
Y busca de la luna allí pintada
La soñolienta faz.

Ántes que de las torres de Castilla
Las almenas veais, Edeta ufana
Disfrute vuestra luz, que en torno brilla,
Cual lucero que viste de oro y grana
La mano del Señor;

Su brisa encantadora, que murmura
En sus ramajes trémulos y bellos,
Gozad la siempre amada, que sois pura
Cual gota de rocío en los cabellos
Del ángel del amor.

Guardará tanto bien en su memoria
Cuando salveis sus límites de flores,
Henchido el corazon de fausta gloria,
En busca de los plácidos amores

Que os preparó Isabel;

El ósculo de paz sobre su frente
Cuánto encierra de dicha y de consuelo
Sólo á una madre revelar consiente,
Como secreto místico del cielo,
El Santo de Israel.

Al lado de esa niña que desea
Tributaros caricias inocentes,
En el jardin la mariposa es fea,
Hiriendo el sol sus alas trasparentes,
Y es tosco el colibrí;

Tierno es su corazon, cándido el labio,
Su rostro es nueva luz que no vió nubes,
Su frente no tocó sombra de agravio,
Porque velan por ella los querubes
Del grande Adonaí.

Las dos disfrutaréis vuestra ventura,
Ella empuñando el cetro diamantino,
Llena de claridad y de hermosura,
Y siendo el talisman de su destino,
Al lado suyo, vos;

Flores de igual corola y atavío,
Péndulas de los bordes de una rama,
Nutridas de igual céfiro y rocío,
Gloria del suelo que las ve y las ama,
Siempre bellas las dos.

D. PEDRO SABATER.

Á S. M. LA REINA

DOÑA MARÍA CRISTINA DE BORBON.

Homenaje de gratitud y amor de la juventud valenciana.

(1844)

ESCENA.

Don Jaime el Conquistador.
El Cid.
Valencia.

DON JAIME.

¿Qué vale ¡oh Dios! que cual audaz gigante
Del cielo vengador, se alce en la tierra
Héroe indomable que el dogal quebrante
Con que á los buenos la traicion aterra?

¿Qué vale ¡oh Dios! que en perdurable guerra,
Del árabe feroz siempre triunfante,
Conquistase, ¡oh ciudad de los placeres!
Paz á tus hijos, lecho á tus mujeres?.....

Como tu dueño, vil, ciudad impía,
Como odalisca del harem liviano,
Á tu Reina miraste en su agonía,
Y el fuerte acero se aflojó en tu mano.....
¿Qué no supo alcanzar en su porfía
Y en tu silencio el pérfido tirano?
Quiso ser rey, y coronó su frente,
Y el regio trono profanó imprudente.

Y tú, en tanto, ciudad, ciudad medrosa.....
¿Qué hiciste por vengar aquel ultraje?
¿No viste, no, en la noche pavorosa
Negra vision de fúnebre ropaje
Llamar doquier tu juventud briosa,
Porque al traidor en su carrera ataje?
¿No viste, no, mi sombra con su lanza
Hender los aires, demandar venganza?

¿No viste ennegrecerse el firmamento,
Rugir la tempestad, cruzar la esfera
El rayo asolador, bramar el viento
Como brama el cañon en su tronera?
¿No temblaste ¡oh ciudad! en tu cimiento,
Y escuchaste doquier voz plañidera,
Miéntras se alzaba en la nocturna orgía,
Desbocada y feroz, la tiranía?.....

No; que cegada por cobarde llanto,
Avara de tu mísera existencia,
Sufriste se rasgára el regio manto,
De los hijos del Cid en la presencia.
Sí, lo sufriste, y tu Reina en tanto,
Á despecho del cielo y su inocencia,
El cetro deja, y á nacion extraña
Parte llorando por la triste España.

Vedla pisar las márgenes del Sena,
Vedla ¡oh baldon! del galo consolada,
Miéntras su patria escarneció su pena,
Su pena, por sus hijos apurada.
Hermosa, tierna, de virtudes llena,
Rompió su cetro criminal espada,
Y al ver su llanto la nacion vecina,
Sus brazos abre á la inmortal CRISTINA.

¿Dónde están ¡vive Dios! mis caballeros,
Que al orgulloso moro te arrancaron?
Oiga sonar sus fúlgidos aceros,
Que prez y gloria á España conquistaron.
Perfúmense entre muelles pebeteros
Los que ahora tal crímen toleraron;
Que no es mi hijo, y mi renombre infama
Quien no sabe morir por Reina y dama.

Así del Aragon el Rey potente
Con severo ademan hablaba un dia.

Puesta en el polvo la abatida frente,
Llorando le escuchó la patria mia.
Levántala hácia el cielo de repente,
Serénanse su llanto y su agonía,
Y al Rey conquistador con faz guerrera
Valencia contestó de esta manera.

VALENCIA.

No me culpes, ¡oh Rey! si el hado impío
Negó á mis hijos la anhelada muerte;
De esclava vil el lúgubre atavío
Cúpole entónces á mi adversa suerte.
En vano convocaba al lado mio
De juventud guerrera el brazo fuerte;
Ella, cual yo, amarrada á la cadena,
Sólo podia lamentar su pena.

¡Oh! ¡Cuántas veces reclamé del cielo
O luchar ó morir, y siempre en vano!
¡Oh! ¡Cuántas veces en mi ardiente anhelo
. . . . . .
Mas él vivia en roedor desvelo,
El puñal matador siempre en la mano,
Acechando cruel, rey y vampiro,
Hasta el sollozo triste y el suspiro.

¿No te recuerda, no, tu excelsa mente
Del regio alcázar la inmortal jornada?

Allí rugiendo tu leon valiente
Vibró indignado la tajante espada.....
¡El plomo del suplicio abrió su frente!
Su frente, de laureles coronada;
Y España áun en su dolor profundo
El luto viste, que le aplaude el mundo.

DON JAIME.

¡Luto! ¡Luto no más! Sangre debiera
Templar de nuestra patria la amargura.....
Bien sienta la enlutada vestidura
Á vírgen tierna en su orfandad primera;
Pero ¡llorar la juventud guerrera!
¡Ostentar con crespones su tristura!.....
Casco, robusta lanza, ardiente acero:
Ése el luto ha de ser del caballero.

Alza ¡oh ciudad! tu faz envilecida;
Á tus hijos convoca á la pelea,
Y aquí la expiacion el mundo vea,
Aquí do vió la iniquidad cumplida.
Truene pronto el cañon; hacha encendida
El Dios de los ejércitos flamea;
Y el tirano sucumbe si Valencia
Arroja en la balanza su existencia.

¿Y cómo no, si su imprevisto vuelo
El poder tenebroso se afianza?
Gozóse el ave que hácia el sol se lanza

Estando el sol en la mitad del cielo;
No el murciélago vil, que deja el suelo
Cuando, huyendo la luz, la noche avanza,
Pues llega el dia y le deslumbra, y cae,
Si á su hermoso esplendor no se sustrae.

VALENCIA.

Caiga en buen hora: rómpase la valla
Que á los sufridos pueblos contenia,
Y ruede la execrada tiranía
Al sonar el clarin de la batalla;
Cual cae el rayo cuando el trueno estalla,
Caiga sobre el villano la hidalguía.
¡Sombra augusta del Cid! abre la tierra
Y proclame tu voz venganza y guerra.

¿No la veis? ¿No la veis? Se alza tremenda,
El mármol de la tumba quebrantando;
De indignacion y de placer temblando,
Llama á la lid, provoca la contienda.
Seguid, mis hijos, la brillante senda
Que su invencible espada está trazando;
Guerra á la raza que oprimió traidora
Á su Reina y su Madre bienhechora.

EL CID.

Harto tiempo en la tumba dormido
Vi impasible de España el dolor;

Dadme luégo el acero bruñido,
Llene el aire guerrero fragor.

De mis hijos he visto la afrenta,
De mi tumba la losa rompí;
Arda pronto la lucha cruenta,
Que harto tiempo el baldon consentí.

¿Dónde están las soberbias legiones
Cuya enseña fué siempre vencer?
Enervados los fuertes varones,
Gimen ora cual débil mujer.....

Del impúdico harem arrancada,
En mi Rey encendistes amor;
En hurí corrompida trocada,
Has burlado á tu tierno amador.

¡Cuál se mece el villano en tu abrazo!
¡Cuál retiembla de gozo el infiel!
¡Oh! quebranta el adúltero lazo;
Que á la lucha te llama Isabel.

¿No la veis enlutada y llorosa
Demandar á los cielos piedad?
Ella sufre coyunda enojosa;
Á romperla, edetanos, volad.

¡Una Reina os convoca, y la espada
En el cinto prendida teneis!
Á las armas corred, y vengada

Vuestra afrenta oprobiosa veréis.

Harto tiempo en la tumba dormido
Vi impasible de España el dolor;
Dadme luégo el acero bruñido,
Llene el aire guerrero fragor.

Como el poder de Dios alto y sublime,
Que al sol le enciende la fulgente llama,
Vida, calor y movimiento imprime,
Que por el orbe súbito derrama;

Así del Cid el poderoso acento
Rápido corre la leal Valencia,
Y suena al punto bélico instrumento
Y arde doquiera bélica impaciencia.

La juventud de blonda cabellera,
Á las luchas de amor sólo avezada,
La ancianidad decrépita y austera,
Del temor de morir atormentada;

El ministro de Dios, que en los altares
Con oloroso incienso le perfuma.....
Todos aman la guerra y sus azares,
Que á todos ¡ay! la iniquidad abruma.

La jóven que soñaba con las hadas,
Y temblaba del viento á los silbidos,

Se goza al rechinar de las espadas
Y del sonoro bronce en los tronidos.

La Madre tierna, la constante Esposa
Vuelan al templo do la Vírgen brilla,
Y escúchase plegaria belicosa,
No el ruego del pavor, en la capilla.

La imágen santa, pálido el semblante,
Triste mirada hácia el Olimpo tiende,
Y ángel hermoso, de esplendor radiante,
Á consolarla súbito desciende.....

Ya el ángel del Señor, la mar cruzando,
Ha pisado de Francia la frontera.....
Ya torna, su trompeta resonando,
Y en pos conduce juventud guerrera.....

¡Vedla llegar!..... Augurio de victoria,
Se apiña en derredor la muchedumbre;
Pronto en el campo, de envidiada gloria
Le ceñirá la esplendorosa lumbre.....
. . . . . .

¡Ved cuál se aclama por la España toda
La ungida del Señor!..... ¡Ved los pendones
El rebelde ocultar, como en su boda
La meretriz astuta sus pasiones!

¡Ved á la ofensa régia el desagravio
Al momento seguir!..... ¡Noble CRISTINA!
El cielo es justo, prepotente, sabio,
Y premio ha dado á tu virtud divina.

D. MIGUEL VICENTE ALMAZAN.

(1844)

SONETO.

Tornad, CRISTINA, á España, y esplendente
Brillaréis como sol tras la tormenta;
Que ya de la anarquía turbulenta
Se hundió en el polvo la encrespada frente.
Tornad, tornad, y en la española gente
Ved el amor que por el trono alienta,
Borrada ya la vergonzosa afrenta,
Vengado el crímen que os lanzó inclemente.
Los que lloraron vuestra ausencia un dia,
Con vuestras Hijas os aguardan ora.....
¿Qué más para una madre, Reina mia?
Abrazad á la Hija encantadora,
Abrazadla sin fin..... Dios lo ha querido.....
Y el decreto del cielo se ha cumplido.

D. LUIS LAMARCA.

(1844.)

OCTAVAS.

Salud, Princesa augusta; que ya el cielo
La embravecida tempestad serena,
Y no lanzada en extranjero suelo,
Dais vuestro llanto al nebuloso Sena;
Hoy, en lugar de aquel amargo duelo,
Y en premio justo de tan ruda pena,
España toda en vuestro amor se inflama
Y entre mil vivas vuestro nombre aclama.

Un dia infausto vomitó el averno,
En que soplaba el ábrego sañoso;
Perdió Valencia su esplendor eterno
Y vió su cielo triste y tenebroso;

Os miró á vos, Señora, y llanto tierno
Anublaba el semblante cariñoso;
Que entónces, ¡ay! del seno que abrazaban
Las dos prendas de amor os arrancaban.

Lloró con vos Valencia en aquel dia,
Que os amaba Valencia con fe pura,
Y á la playa os siguió triste y sombría,
Devorando en silencio su amargura;
Allí os miró arrostrar la furia impía
Del crudo noto en tabla mal segura,
Y allí, al abandonar el patrio suelo,
Os vió ofrecer vuestro dolor al cielo.

Aceptó Dios el alto sacrificio,
Y el galardon á la virtud prepara;
Y como nunca impune deja al vicio,
Ni al ánimo constante desampara,
Airado un dia en hondo precipicio
El poder despeñó que os ultrajára,
Y vuestro nombre de esplendor corona,
Y vuestro triunfo por doquier pregona.

Gozad, pues, años mil, Reina adorada,
De este pueblo el amor puro y sincero,
Y al lado de Isabel, siempre acatada,
Sed el primer sosten del sólio ibero.
Tal es el voto que, ante Dios postrada,
Hace hoy Valencia, firme y duradero;
¡Óigalo el cielo, y que á la patria mia
Por fin un genio protector sonria!

D. JUAN SUNYÉ.

CÁNTICO.

(1844.)

INTRODUCCION.

Yo lo oí, yo lo oí; con fe sencilla,
Para tus hijas, anegada en llanto,
Te oí pedir un pliegue de su manto,
Del huérfano á la Madre sin mancilla.
Yo te vi abandonar en frágil quilla
Á mi patria, sumida en el espanto.....
Yo te seguí, y en templo sacrosanto
Oré contigo en extranjera orilla.
Y hoy, que al tornar á la ciudad famosa
Do fué tu humillacion y nuestra mengua,
Te encaminas al ara presurosa

Para cantar la gratitud tu lengua,
Yo loaré tambien con mi salterio
Al Dios que del inicuo hundió el imperio.

CÁNTICO.

¡Jehová! ¡Jehová! Los cielos y la tierra
Proclaman tu grandeza y poderío;
De cuanto sér el universo encierra,
Sólo te desconoce el hombre impío.

«Orla mis sienes lauro de victoria»,
(Pensó en sus desvaríos el guerrero)
»Guarda á mi planta pedestal la gloria.....
»Mas ¿no se alza más alto el trono ibero?

»Yo vi rodar, sin esgrimir la espada,
»Usurpados un cetro y la diadema.....
»Sea con arte igual mi sed colmada,
»Y ódieme el español con tal que tema.

»¿No es el valor ante quien dobla muda
»Su rodilla y cerviz la especie humana?
»¿No aclama siempre muchedumbre ruda
»Al que hoy libertador, su rey mañana?

»Arredren, pues, humanas atenciones
»La juventud ó á los que canas peinan.
»Yo probaré con estos batallones
»Que no es por Dios por quien los reyes reinan.»

¡Jehová! ¡Jehová! Los cielos y la tierra
Proclaman tu grandeza y poderío;
De cuanto sér el universo encierra,
Sólo te desconoce el hombre impío.

Mirad su exaltacion. Con furia loca,
Conculcando el deber, rasgando leyes,
Osa clamar, y á sedicion provoca
Contra la Esposa y Madre de sus Reyes.

¿Qué importa, qué, del maternal regazo,
Con el alma, arrancar entrambas hijas?
¿No acalló con brutal desembarazo
De honor y religion voces prolijas?

Contempladle en las gradas de ese trono,
Do se sienta indefensa tierna niña.
¿Qué falta ya para que en ciego encono
Su cetro usurpe y su corona ciña?

¡Qué le falta!..... ¡Gran Dios! El pueblo hispano,
Que de tamaña presuncion se indina,
Ministro del Señor, con fuerte mano
Arroja al loco audaz, y alza á CRISTINA.

¡Jehová! ¡Jehová! Los cielos y la tierra
Proclaman tu grandeza y poderío;
De cuanto sér el universo encierra,
Sólo te desconoce el hombre impío.

D. JAVIER DE BURGOS.

AL FELIZ ENLACE DEL REY, NUESTRO SEÑOR,

CON LA

SERMA. SRA. PRINCESA DE NÁPOLES.

(1829) [1].

ODA.

El Pirene derrama
De su falda oriental fulgor divino,
Y súbito la llama

1 Esta hermosa composicion debió insertarse entre las primeras del presente volúmen, por la época en que fué escrita; mas habiendo llegado tarde á nuestras manos, hemos preferido invertir el órden de las fechas á privar de ella á nuestros lectores. Muy al principio hubiera debido colocarse tambien otra hermosa composicion que en 1829 escribió el ilustre Donoso Cortés á la venida de la Reina Cristina, y entre las del año 40 hubiéramos tenido la mayor satisfaccion en incluir la que el mismo célebre publicista y orador católico

Se extiende hasta los campos de Barcino,
Y del Turia á la vega,
Y á la que humilde el Manzanares riega.

Tras de larga agonía,
El vuelo elevan, por feliz portento,
Las artes á porfía,
Y al insólito alegre movimiento
De brazos y talleres,
De la alma paz renacen los placeres.

La suäve pintura
Por allí vida imprime al lienzo blando;
Por allá la escultura
Va los mármoles duros animando;
Con tan nobles ejemplos,
La arquitectura erige arcos y templos.

Allá mejor Vulcano
Que el que armas en las fraguas sicilianas
Á Marte forjó insano,
De plata y oro ricas filigranas
En preseas ajusta,
Que brillen luégo sobre sien augusta.

escribió con ocasion de los tristes sucesos de aquel año; pero las más exquisitas diligencias no han logrado proporcionarnos una ni otra, y sólo podemos consignar aquí los recuerdos de ambas, que se encuentran en los epígrafes de las composiciones de Pacheco y Campoamor, páginas 185 y 289.

Por la razon tambien de haberlas recibido tarde, figuran fuera del lugar que por su fecha les corresponde las cuatro composiciones siguientes. (*Nota del Editor.*)

Allí hábil lapidario
Labra el topacio que el Brasil envia,
Ó en ejercicio vário
Pule el diamante que Golconda cria,
Y engarza perlas ora,
Que en conchas cuaja el reino de la aurora.

Débil infante rica
Malla, entre tanto, de sutil celaje
Junto al Segre fabrica,
Que á normandas y belgas aventaje,
Y á la belleza ufana
Con vistosos tejidos engalana;

Miéntras el blondo rizo
Realza de la púdica matrona
El penacho pajizo
Que al pájaro de Eden ciñe y corona,
Y sobre el hombro ondea
Que envidiára la misma Citerea.

Mas ¿cómo de repente
Todo en la noble España galas viste?
¿Qué hado feliz consiente
Trocar en gozo abatimiento triste,
Luto en pompa festiva,
Silencio inquieto en jubiloso viva?

De pebete sabeo
Olorosa columna al cielo sube;
El plácido Himeneo

Velado baja en refulgente nube,
Y entre aromas y flores
Triscan los genios, vuelan los amores.

Con dedo rutilante
Enlaza el Dios á la diadema hermosa
De preciado diamante
Fresca guirnalda de jazmin y rosa,
Y en los esposos brilla
La esperanza y ventura de Castilla.

Turbólas la Pobreza,
Que entre montes de escombros alzó un dia
Su horrorosa cabeza;
Siguiéronla el Encono, la Anarquía,
La verdinegra Envidia,
Con que en vano, tal vez, la Virtud lidia.

Hoy, que Himeneo sella
El pacto á que homenaje el amor rinda;
Hoy, que la Real doncella
Al tronco de Borbon vástagos brinda,
Del Dios ante las aras
Rien las artes á Minerva caras.

Del gozar opulento
Ellas dilatan la anchurosa esfera;
Al pobre dan sustento,
Y alegría á su prole placentera;
Que el trabajo asegura
Doquiera la riqueza y la ventura.

Donde él reina, su tea
No en faz convulsa la Discordia agita,
Mas derrama Amaltea
El cuerno opimo que á gozar excita;
Que nunca el venturoso
Turbar de los demas piensa el reposo.

Bien tal, que dure eterno,
Al consorcio Real debe ya Iberia;
Con el Ocio al Averno
Húndese torpe Saña, vil Miseria,
Y el patriotismo ufano
Hoy en cada español mira un hermano.

Vuele, si á tanto alcanza,
Con el himno de paz, de polo á polo,
El himno de alabanza,
É inmortalice del dorado Apolo
La cítara divina
Las bodas de Fernando y de CRISTINA.

D. LORENZO NICOLAS QUINTANA.

Á S. M. LA REINA GOBERNADORA

DOÑA MARÍA CRISTINA DE BORBON.

(1832)

SONETO.

En vano al Rey en su mortal dolencia
Asedió la traicion: juzgó un desdoro
Seguir consejo infiel, y el cetro de oro
Fió á tu mano y varonil prudencia.
Cristina celestial, la humana ciencia
Debió á tu ilustracion justo decoro,
Y á mil familias enjugaste el lloro
Con un rasgo inmortal de tu clemencia.

¡Cristina! nombre que mi pecho inflama;
Claro esplendor de su brillante historia,
Con noble orgullo el español te aclama.
¿Quieres que el mundo admire tu memoria?
¿Quieres llenar la trompa de la fama?
Dale su libertad: ésta es tu gloria.

D. PABLO PIFERRER.

A SS. MM. Y A.

(1840)

ROMANCES EN LENGUAJE ANTIGUO [1].

Como la Regna Isabela, en compaña de su madre donna Cristina é de l'Infantina Fernanda nombrada, su muy leal villa de Madrid é sus muy suntuossos palacios dexó, é para Barcelona se vino.

I.

En Madrid finca la Regna,
En Madrid, la Real villa;
En sus palacios presciados,
Palacios de gran valía.

[1] Por su mucha extension no insertamos más que los dos primeros.

Allá está en los sus jardines
Olgando con l'Infantina,
Ca, magüer Regna d'Espanna,
Es inocente é muy niña.
Mucho la quiere su madre,
Que dicen DONNA CRISTINA,
Fembra que d'allende traxo
El cielo por nuessa dicha;
Et desvelada é acuciosa
Bien se cura de su fija,
Ca pesante es la corona
Quando la leva una niña,
E se atal fembra non fuera,
Mala la oviera Castilla;
Qu'abaldonados sus fueros,
Rotas sus leyes veria;
Ca luengos annos passados
Son dende que con falsía
Negó un malsin á la Regna
Omenaje é pleitesía;
E en aquestos luengos annos
Sangre espannola corria,
Et punnando el leon bravo,
Su mesmo seno feria.
Diz qu'el su dorado sceptro
A donna Regna cobdician,
E que tollérselo quiso
Ome que nasció en mal dia.
Empero mia donna Regna,
Essa que dicen CRISTINA,
Del su estrado descolgando

Sacro pendon de Castilla,
A bravo adalid lo daba,
E los inicos en liza,
O á nuessa Regna acataban,
O malparados fuian.
Anssí por toda l'Espanna
La su enseña de Castilla
Füir fiz la vil mesnada
D'aquel que nasció en mal dia.
Et agora allá en Morella,
Villa qu'en la peña finca,
Por todos lados taxada
E mucho enfortalescida,
Tendida va ya l'enseña,
Miéntras en la Real villa
Yasce en su jardin la Regna,
Olgando con l'Infantina.

II.

« Dexad el juego, mi fija;
» Dexá el juego á que jugádes,
» E atended á mis razones,
» Que razones son de madre.
» Potente sceptro é corona,
» Qu'en la tierra non han pare,
» Vos dexó el Reye, Isabela,
» El Rey qu'en la gloria estáe.
» Adunia, empero, legóvos
» Pesares á su pesare,

» E cien contrarios sotiles
» A la par de cient cibdades;
» Ca non se vido, mi fija,
» Nin tal nos narran curiales,
» Que fallezcan enemigos
» Onde es niña l'imperante.
» Un vuesso deudo ¡al Sennor
» Plazga de le perdonare!
» Vuesso sceptro cobdició,
» E malconsejado Infante
» En mientes ovo toller
» Espannolas libertades;
» Qu'ansí sagaces locuelas
» Amancillan pechos Reales.
» Cuidára, empero, sesudo,
» Que l'espannola lealtade
» Non aviltan artimañas,
» Nin arteros menguar facen;
» É qu'el muy fuerte leon
» Nunca el yugo llevaráe,
» Ca buenas son é probadas
» Sus uñas por destrozalle.
» Catad Espanna, mi fija,
» Atendet cuál puesto l'háe
» De los enemigos vuessos
» ¡Mal pecado! l'impiedade.
» Catad los sus praderíos,
» Plenos de fermossas aves,
» Muy nobles é muy viciossos,
» Ora de sequero estane.
» Los sus muy nobres castillos,

» Cuyas almenas lëales,
» Blancas al sol relumbraban,
» ¡O cuán mal por tierra yascen!
» Las torres bien enfortidas
» De sus muy fuertes cibdades,
» Onde los ojos avien
» Sabor é placer muy grande,
» Fincan agora estragadas
» Por el finido combate,
» Ca del resciente bater
» Mucho fincan los señales.
» ¡Oh, válame Dios del cielo
» É María, la su Madre!
» ¡Oh, cuánto garzon defuncto,
» Cuántas niñas sin galane!
» Pues las viudas acuitadas
» Un muy triste plancto facen,
» É los pequennitos lloran,
» Lloran porque non han pane.
» Alzadvos ende, mi fija,
» Dexá el juego á que jugádes;
» Que mucho al pueblo sus cuitas,
» Mucho l'empescen sus males.
» Si Espanna doliente llora,
» Por vos la triste lo face;
» É se yasce dessangrada,
» Mi fija, por vos l'estáe.
» Onde, se las sus feridas
» Feridas son de lealtade,
» Ley es que la melecina
» Vayádes vos á aplicare;

» É anssí compliréis, mi fija,
» Con lo que cumple á equidade;
» Que rey que non faz justicia
» Non debiera de regnare;
» É anssí el ardido español
» Faréis que su prez recabde,
» Ca par al sol es el rey:
» Claror é substancia dáe. »

Atal platica la Regna,
Essa d'Isabela madre,
Á su fija muy querida,
Que bien l'oia fablare.
Las palabras no son dichas,
El juego ya va á dexare;
El juego dexado no era,
La Regna camino váe.
Con ella va l'Infantina,
Con ella va la su Madre;
Ca, magüer Regna, es muy niña
É non sabe los logares.
Mucho triste es el camino,
Amancillado con sangre,
Et de la resciente liza
Llegaban fumos muy grandes.
Pues nuessa Regna Isabela,
¡Oh qué triste planto face!
Planne sobre sus vasallos,
Sobre su Espanna leale.
Desta guisa aternescidas,
Camino van adelante,

Et los pueblos á la via
Acorren con amor grande:
«¿De dó baxaron?», platican;
«¿De dó son las tres deidades?»
De finojos las adoran,
É á grandes voces aplauden;
Ca muy bien catan los pueblos
Que al pasar las tres deidades,
En claror truecan los fumos,
Et despercuden la sangre.

D. MANUEL MILÁ.

EN OBSEQUIO DE SS. MM.

DOÑA MARÍA CRISTINA DE BORBON

Y

DOÑA ISABEL SEGUNDA.

(1840)

ROMANCES DE LOS REYES CATÓLICOS EN BARCELONA.

I.

D. Fernando á D.ª Isabel.

« Esta ciudad peregrina,
» Que al fénix se comparára,
» Pues de las piedras de un monte
» Bella renace y lozana;

» Barcelona, por sus usos
» Famosa y por sus hazañas,
» Famosa por la apostura
» Y el decoro de sus damas,
» Es, ilustre esposa mia,
» La prenda más estimada
» De mi corona..... ó la tuya;
» Que do yo reino tú mandas.
» De los Jaimes el segundo,
» Que la celeste paz haya,
» Al Infante D. Alonso
» Mandando á tierras extrañas,
» Díjole: Guarda, hijo mio,
» Nuestra enseña catalana,
» Pues jamas mancilla alguna
» Fué atrevida á mancillarla;
» Ántes bien, por su lealtad,
» Que el cielo premia y ampara,
» Para llevar mil victorias
» Sólo es fuerza desplegarla.
» Bien, dijo, que no en mis dias,
» Por el frances oriflama,
» Por la puerta de Bizancio
» Ni el sólio de las Bretañas,
» Ni del imperio germano
» Por la investidura sacra,
» Trocára yo el estandarte
» De la nacion catalana.»
Don Fernando de Aragon
Hablaba en estas palabras
Á Isabela de Castilla,

Domadora de Granada,
La que la espada y corona
Del Rey Chico quebrantára,
Y lanzáralas con brío
Á las costas africanas.

II.

El Rey D. Fernando, herido por un demente.

Lamentables son los duelos
En la antigua Barcelona,
Repetidas las plegarias
Y crecidas las limosnas.
Las lágrimas de los mozos
Entristecieran las rocas;
Lloran los tiernos infantes
Al ver que sus padres lloran.
El seso y pudor olvidan
Las más sesudas matronas,
Desgarrando sin mesura
Sus vestidos y sus tocas.
« En mal hora te fundaron,
» Y crecistes en mal hora;
» ¿Para tal fin te guardabas,
» Oh cuitada Barcelona?
» La mancha que te afeára,
» ¡Oh patria mia! no borran
» Ni tus inclitas virtudes,
» Ni tus diez siglos de gloria,
» Cuando del Rey Don Fernando

» Á la sagrada persona
» Se atreviera una vil daga
» Con intencion torpe y loca. »
Ya circuyen el palacio,
Ya sus contornos asordan,
Y el rumor de sus querellas
Y sus gritos son de sobra;
Bien que el nacer del amor
Las disculpa y las abona.
En tanto la noble Reina
Á los balcones asoma
Y dice: «En vez, hijos mios,
» De lágrimas, que os desdoran,
» Del Dueño de nuestras vidas
» Load la misericordia;
» Que mañana por la villa,
» Montado en yegua briosa,
» Cabalgará Don Fernando,
» Si place á Nuestra Señora. »
Tales palabras mitigan
Las amorosas congojas;
Apártanse los vasallos;
Lloraban, mas ya no lloran.

III.

Entrada de Colon.

No al torneo, donde sirve
Á la belleza el honor,
Ni á las lides hoy convidan

La dulcema y atambor.
Las hachas esplendorosas
Vencen la lumbre del sol;
Ramas, flores y tapices
De gran fiesta nuncios son,
Y las pasadas edades
Nunca la vieron mayor,
Desque la ciudad pasea
El almirante Colon.
Su talante mesurado,
Sus traeres y valor
Bien alcanzado le tienen
El renombre de español.
Caballeros le acompañan,
Que no desmerecen, no,
Por llamarse servidores
Del almirante Colon.
Naturales de las Indias
Caminando van en pos,
Pintada en sus cataduras
La ignorancia y el pavor.
Soldados y ricos pajes,
Que cierran la procesion,
Muestran sendos granos de oro,
Frutas de vária color,
Y en luengas varas con cintas,
Que el indio rudo tramó,
Aprisionan verdes aves,
Que imitan la humana voz.
Bajo un dosel, do campean
Barras, Castillo y Leon,

Con su Esposa y el Infante,
El que en buen hora nació,
En la plaza los recibe
Don Fernando de Aragon;
Levántase al allegarse
El leal navegador.
Queria Colon besarle
Las manos con devocion;
El Rey apartó las manos,
Y los brazos le alargó.
El Almirante da cuenta
De los mares que cruzó,
De las tierras que apercibe,
De la fe á la conversion,
Do con ardid en el llano
Levantára un torreon,
En que el cañon ya pregona
Las glorias del español.
Lloran de placer los Reyes
Y se postran al Señor,
Que nuevas playas les muestra,
Como victorias les dió.
Postradas viéronse entónces,
En alabanza de Dios,
Cuantas gentes ha en su seno
La catalana region,
Desde las rudas montañas
Do la niebla cubre el sol,
Hasta la villa que pinta
Una rosa en su blason.

IV.

Al aspecto de una Reina,
Que la misma envidia acata,
Que el estandarte cruzado
Tremolar hizo en la Alhambra,
Y que sangrientas facciones
Con su mano apaciguára,
Cual la del Señor un dia
Apaciguó la mar brava,
¿Por qué no llenó los aires,
En funcion tan señalada,
Del trovador de Barcino,
Dulce la voz, dulce el arpa?
¡Ay! marchita era la gloria
De las trovas de Occitania,
Mustia la violeta de oro
Y rota el áurea cigarra.
Cesaron ya los antiguos
Cantos de amor y batalla
En los alcázares regios
Y en las populares plazas.
Ya no más lais y tensones
De aquellos reyes del arpa,
Que los campos recorrian
Seguidos de alegres bandas;
Ya no más córtes de amor,
Do leyes amor dictára;
Ya no más coronas de oro
En las frentes inspiradas.

Del saber el alto cetro,
Que el catalan empuñára,
Cayó tambien de su diestra
Al olvidarse su habla.
Mas si aquel arte perdiera
Que enseñorea las almas,
Que á los labios da sonrisa
Y los ojos vela en lágrimas;
Si algun dia desparece
Lo famoso de sus armas,
Y el dominio de los mares
Le niega fortuna vária,
Y si un dia tiempo y olas,
En su daño conjuradas,
Del alcázar de sus naos
Devoran las rojas barras,
Siempre el amor á sus Príncipes
Residirá en sus entrañas,
Ni jamas fenecerá
La lealtad catalana.

D. JOAQUIN ROCA Y CORNET.

Á S. M. LA REINA GOBERNADORA

DOÑA MARÍA CRISTINA DE BORBON.

(1840)

ODA GRATULATORIA.

El que, cuando Princesa generosa,
El saludo primer os dió, CRISTINA,
Apénas vuestra planta vagorosa
Tocó del Ter el onda cristalina;

Y el fruto que encerraba vuestro seno
En pro del suelo ibero augurar pudo,
Y el grito santo, de esperanzas lleno,
Por vos al cielo alzó con labio rudo;

Ora con respetoso desaliento,
Depuesto ya el plañido y triste lloro,
Á vos dirige trémulo el acento,
Postrer clamor del faventino coro.

Y no ante el brillo de la faz augusta,
Cuyo sonrís da vida á la esperanza,
Volveré el rostro á la region adusta
Do encadenada brama la venganza.

¡Ah! no á los vates el poder inmenso
Para evocar el crímen dado sea,
Cuando rinde una mano impuro incienso,
Otra agitando la funesta tea;

Ni audaz intento con ardor insano
De lo pasado descorrer el velo,
Cuando por vuestra bienhechora mano
El olivo de paz nos trae el cielo.

El ángel fiel á vuestro lado vela,
Dos prendas de ventura conservando:
Una que empuña el cetro de Isabela,
Otra que guarda el nombre de Fernando.

Augusto par, que entre los siglos brilla
Como modelo de preclaros reyes,
Cuando Aragon, unido con Castilla,
Á dos mundos postrados dictó leyes.

Si al mauritano en la feliz Granada

Supo aterrar la Esposa de Fernando,
Vos, de laureles mil la sien orlada,
Domais la guerra, dichas derramando.

Aquélla á un mundo, que Colombo ardido
Hizo nacer de las sonantes olas,
Vió acatado á sus plantas y rendido
En las remotas playas españolas.

Vos, Madre del gran pueblo, en su agonía
Salud le dais y un porvenir fecundo,
Ofreciéndole en pos, por garantía,
Esa nueva Isabel que dais al mundo.

¡Pimpollo augusto, que en su edad primera
Viene adorada á nuestro dulce suelo!
¡De nuestra patria su salud espera,
Y nuestra patria se la pide al cielo!

Y los pechos, de júbilo latiendo,
Con lágrimas de amor siguen su huella,
Y al veros tan amable, van diciendo:
«¡Qué bellas son, como su Madre es bella!»

Y desde el momento
Que el cañon tronó
Del soberbio alcázar
Del tonante Dios,

Y la bella planta
Pusisteis veloz

Allá en el recinto
De aquel pabellon;

Su primer saludo
Barcelona os dió,
Donde á tantos reyes
Dió el primer honor.

Allí de ternura
Mi pecho latió;
Que el amor de Madre
Tambien es amor.

La leal rodilla
Dócil se dobló,
Y os rindió homenaje
Labio y corazon.

Y al sembrar hechizos
Vuestra dulce voz,
Cogiais por fruto
Amor, bendicion.

Entrasteis cual diosa
Brillando en fulgor,
En carro de triunfo
Las hijas y Vos.

Cien y cien millares
Alzando el clamor,
Incesante *¡viva!*

Los aires llenó;

Y entre el gran tumulto
De la inmensa voz,
Canto de inocencia
Tambien se escuchó,

Que de tiernos labios
Saliendo precoz,
Á la Reina niña
Dulce saludó.

No habia ventana
Ni se vió balcon
De do no saliese
Saludo ó clamor.

Tal vieja leyenda
Nos dice que entró
Vencedor en Búrgos
El Cide español.

¿Y á mí qué más me resta hacer ahora?
¿Qué en loa vuestra yo decir podria?
¡Ah! mucho siente el corazon, Señora,
Pero es débil mi voz: nací en mal dia.

D. ANTONIO RIBOT Y FONTSERÉ.

AL ÍDOLO DEL PUEBLO ESPAÑOL,

LA REINA GOBERNADORA.

(1840)

Si los lamentos sentidos
Que acompañan el quebranto
De los tristes desvalidos,
En vuestros regios oidos
Dejan lugar á mi canto,

A poner me atreveré
Sobre la rica tarima
Que conculca vuestro pié,
Envuelta toda mi fe
En versos de poca estima.

Mi inspiracion, que, indiscreta,
Osa remontarse al sol,
Os revela, aunque imperfecta,
Si no un genio de poeta,
Un corazon de español.

Cantar no debiera yo
Despues que mil han cantado;
Que apénas España os vió,
En docto decir rimado
Ya Quintana os saludó.

Pero sabed, Reina mia,
Que si me entregára Dios
La lira de su armonía,
Mis trovas de más valía
Tambien fueran para vos.

Cristina, en vos su fortuna
La España cree que empieza;
Reina de tal gentileza,
Que á no reinar por la cuna,
Reinárais por la belleza.

Reina de inmenso poder,
Si mil súbditos de hinojos
Ante vos quereis tener,
No el cetro les hagais ver;
Que os basta mostrar los ojos.

Sabeis que si un pueblo entero

Quereis que el acero vibre,
Os basta decir: «Lo quiero»;
Que nunca le falta acero
Al rey que un pueblo hace libre.

¿No es verdad que es el encanto
De los reyes
Reinar sin causar espanto,
Enseñando el libro santo
De las leyes?

¿Verse á menudo cercados
De infelices,
De inválidos, de soldados,
Que muestran ensangrentados
Cicatrices?

Que, á pesar de sus heridas,
Áun quisieran
En mil batallas reñidas
Dar por sus reyes mil vidas
Que tuvieran?

¡Ah! decid: ¿no es el encanto
De los reyes
Reinar sin causar espanto,
Enseñando el libro santo
De las leyes?

¡Cuán dulce entre las nubes del incienso
Que aduladores queman los magnates,

Los vítores oir de un pueblo inmenso
Y el canto independiente de los vates!

¡Quién lo sabe cual vos! Reyes tiranos,
Cuya planta feroz esclavos pisa,
En buen hora emplead hierros insanos;
Que á CRISTINA le basta una sonrisa.

Bajad los ojos y observad, Señora:
Una nacion entera, prosternada,
Que la mireis con entusiasmo implora;
Al español le basta una mirada;

Una mirada vuestra, que, elocuente
Cual la voz poderosa de un profeta,
Humilla á vuestras plantas reverente
Un pueblo entero, y es un pueblo atleta.

Reina feliz del venturoso suelo
Que un dia Europa tímida acataba;
¡Ah! para que la España fuese un cielo,
Un ángel solamente le faltaba;

Y este ángel ha venido: Dios lo quiso.
En vano campos mil taló la guerra;
Una copia feliz del paraíso
A Dios plugo dejar acá en la tierra.

Seguid de cien ciudades las murallas,
Del mar de España la anchurosa orilla,
Los llanos que yermaron las batallas

Y tiñeron los nietos de Padilla.

Oiréis las bendiciones del guerrero
Que del merlon aparta la cureña,
Oiréis cómo os celebra el gondolero,
Con su esquife á la sombra de una peña.

Oiréis al labrador, que placentero
De Dios el nombre á su familia enseña,
Y un porvenir de dichas adivina,
Y al dar gracias á Dios, las da á CRISTINA.

D. GASPAR BONO SERRANO.

EN EL CUMPLEAÑOS

DE S. M. LA REINA MADRE.

(1854)

PLEGARIA.

El sol, astro fecundo,
Doraba del Pisuerga las orillas,
Y despertando el adormido mundo
De su sueño profundo,
Cantó de Jehová las maravillas.

Oia el firmamento
Embebecido su inefable nombre,

Que á repetirlo en humildoso acento,
Por la region del viento
El coro alado convidaba al hombre.

De júbilo señales,
Con la risa de Abril, daba la tierra,
Al recibir en plácidos raudales
De líquidos cristales
Las nieves desatadas de la sierra.

Vigor y nueva vida
El monte recobraba y la llanura,
La estacion bella, al asomar florida,
Por el soplo impelida
De Aquel que reina en la sublime altura.

Al fin amanecia,
Entre nubes bordadas de oro y rosa,
El deseado y luminoso dia
Que en himnos de alegría
Solemniza mi patria generosa;

La siempre noble España,
Que, fiel á sus costumbres y sus leyes,
Desde el palacio egregio á la cabaña,
Con fiestas acompaña
El natal de sus príncipes y reyes.

Cristina bondadosa
La luz contempló en él por vez primera
Del Sebeto en la márgen deliciosa;

La márgen que llorosa
Hoy envidia del Tajo á la ribera.

El pueblo noble cuna
Del Segundo Felipe, que en Lepanto
Eclipsó de la altiva media-luna
Las glorias una á una,
De la bárbara Tracia con espanto,

Á la augusta Señora
Saludaba entre músicas marciales;
Armonía süave, inspiradora,
Que la turba canora
Imitaba por selvas y jarales.

El nombre de CRISTINA
Sonaba cual emblema de ventura,
Y al bosque ameno, al valle y la colina
Que al Pisuerga domina,
Lo llevaba feliz el aura pura.

En tanto que sonoro
Alegra la ciudad, los campos llena,
Como de genios apacible coro,
Al pulsar arpa de oro,
Que de gozo al espíritu enajena;

Á un vate solitario
Sorprendia la aurora matutina
Orando en el antiguo santüario,
Donde envuelta en sudario

Duerme doña María de Molina.

Con llanto de sus ojos
Bañaba el trovador la tumba fria
Que conserva los ínclitos despojos,
Y ante la cruz de hinojos,
En afectuosa voz así decia:

Inclina aurem tuam mihi, et exaudi verba mea. Mirifica misericordias tuas, qui salvos facis sperantes in te.
SALMO XVI.

« Eterno Jehová, que desde el cielo
» Protegeis á la ibera monarquía,
» Y sois del español padre y consuelo,
» Velando por sus reyes noche y dia;
» No desdeñeis mi súplica ferviente,
» Dios de bondad, Señor omnipotente.

» El maná celestial, aquel rocío
» Que nutre á la virtud, que da la calma,
» La gracia, santo dón que á Vos, Dios mio,
» Del mísero mortal sublima el alma,
» Sin cesar conceded á la Señora
» Que tu nombre y poder humilde adora.

» Tu paternal benéfica ternura
» Solícita defienda su existencia,
» Sin permitir la aflijan la amargura,
» El acerbo dolor ni la dolencia;
» Dispensándole amparo sin medida
» Hasta el postrer aliento de la vida.

» El ángel tutelar, el ángel santo,
» Custodio de salud desde su aurora,
» Con sus alas cubriendo y con su manto
» El lecho de CRISTINA aquella hora,
» Á sus ojos, cerrados para el suelo,
» El camino feliz muestre del cielo.

» Ántes, empero, ¡oh Dios! preserva, escuda
» Por luengos años los preciosos dias,
» Que del huérfano son y la viüda
» Alivio en infortunios y agonías;
» Dadle, á despecho de la muerte avara,
» La venerable ancianidad de Sara.

» La tierna Madre de Isabel Segunda
» Vea el cetro filial abriles ciento
» En justicia regir, en paz profunda,
» No interrumpida por fatal acento
» Del funesto clarin, que en són de guerra
» Ya resonó para turbar la tierra.

» Del suelo hispano, de tu amado suelo,
» Alejad ¡oh Señor! tantos horrores;
» Asaz desolacion y muerte y duelo
» Deploraron sus tristes moradores;
» La sangre todavía aquí rojea,
» La sangre derramada en la pelea.

» Bendiga, Dios de amor, tu santa mano
» Á la nacion católica española,
» Que desde el tiempo del impío arriano

» Venera de tu Verbo la aureola,
» Y en los brazos tranquila del sosiego
» Verá extinguirse de discordia el fuego.

» Bendecidla, Señor, y todavía
» Podrá ostentar bajo tu fuerte escudo
» Alto renombre, que escuchó algun dia
» El orbe entero, de sorpresa mudo;
» Nobilísima gloria, sobrehumana,
» Hija de su piedad y fe cristiana.

» Por años mil de tu poder la muestra
» Vea la Madre de la Reina mia,
» Y al derramar con bienhechora diestra
» Tus gracias en la ibera monarquía,
» Prospere ¡oh Dios! con tus sagrados dones
» La progenie Real de los Borbones.

» Viva el vástago augusto de inocencia,
» Delicias de mi patria y esperanza,
» Bajo tu santo abrigo y providencia,
» Como símbolo bello de bonanza;
» Y reine, y á sus hijos en la historia
» Recuerdos legue de virtud y gloria. »

Al religioso bardo,
No bien enmudeció,
Alienta y regocija
La más grata vision.
Venerable matrona,
Radiante de esplendor,

Como las almas justas
Que moran en Sion,
Alzase de la tumba,
Monumento de honor,
Que tan altas virtudes
Recuerda al español.
Era la madre ilustre
Del noble vencedor [1]
Que en el riscoso Calpe
Al Árabe humilló.
En acento solemne,
Que inspira devocion,
Y levantando al cielo
Sus palmas con fervor,
El silencio interrumpe
De la muda mansion,
Y así dicen sus labios
Con suplicante voz:
« Escuchad la plegaria,
» Escuchadla, mi Dios,
» Que de reyes y pueblos
» Sois el Padre y Señor. »
Calla, y aquella frente,
Más fúlgida que el sol,
Las bóvedas ocultan
Del regio panteon.

[1] Fernando IV el Emplazado.

FIN.

ÍNDICE.

Páginas.

Doña María Cristina de Borbon. v

Don Manuel José Quintana.

Al feliz enlace de S. M. C. el Sr. D. Fernando VII con la Serma. Sra. Doña María Cristina de Borbon. — 1829. — Canto epitalámico. 1

Don Juan Bautista Arriaza.

I. Cristina en el advenimiento al trono. — 1829. — Canto epitalámico. 13

II. Al deseado arribo de la Reina nuestra Señora. — 1829. — Octavas. 21

III. Himnos cantados en los teatros.—1829. 23

IV. Poesía al Sol, en los dias de la Reina, nuestra Señora. — 1831. — Soneto. 29

V. A la Reina, nuestra Señora.— 1832. — Soneto. . . . 30

Don Manuel De-Vos y Silva Meneses.

Epitalamio. — 1829. — Oda. 31

Don M. Hernando Pizarro.

I. Himno epitalámico. — 1829. 39

II. Á S. M. la Reina Gobernadora, con el fausto motivo de la apertura del Congreso nacional. — 1835. — Oda. . . 46

Don Alberto Lista.

Á la Reina, nuestra Señora, Doña María Cristina de Bor-

Páginas.

bon, en celebridad de sus bodas con S. M. el Rey D. Fernando VII, Rey de España y de las Indias.—1829. . . 59

Don Juan Bautista Alonso.

I. Marte.—1829.—Oda. 63

II. Con motivo del consorcio de nuestro augusto Soberano. —1829.—Soneto. 69

Don Lorenzo Arrazola.

Al augusto enlace del Rey, nuestro Señor, con la serenísima Sra. Princesa Doña María Cristina de Borbon.—1829. —Oda. 71

El Duque de Frias.

I. Á S. M. la Reina, Doña María Cristina de Borbon.— 1829.—Oda epitalámica. 77

II. Á la Reina, nuestra Señora, en ocasion de haberse dignado S. M. usar el traje andaluz en la corrida de toros que se celebró en Aranjuez el 26 de Abril.—1831.— Soneto. 84

Don M. Breton de los Herreros.

I. A la entrada en Madrid de la nueva Reina de las España=, Doña María Cristina de Borbon.—1829.—Oda. 85

II. Á la Reina, nuestra Señora, Doña María Cristina de Borbon, felicitando á S. M. por hallarse en cinta.—1830. —Soneto. 94

III. Composicion repartida en el teatro del Príncipe, la noche en que asistieron SS. MM.—1832.—Soneto. . . 95

IV. Á la digna Reina de España, Doña María Cristina de Borbon.—1832.—Oda. 96

V. Á Cristina, el Liceo.—1839.. 99

Don F. de la Puente y Apezechea.

I. Ferdinandi et Christinæ, Hispaniarum Regum, in regium conjugium.—1829.—Ode. 101

II. Á S. M. la Reina Doña María Cristina de Borbon, en sus dias.—1830.—Oda. 107

III. Á S. M. la Reina Doña María Cristina de Borbon, dedicándole los exámenes del Real Colegio de Escuelas Pías de San Antonio Abad de Madrid.—1830. 111

Don José María Carnerero.

I. A la Reina, nuestra Señora, Doña María Cristina de Borbon.—1829.—Soneto. 115

Páginas.

II. Á nuestra amada Reina, Doña María Cristina de Borbon. — 1829. —Quintillas. 116
III. Á la excelsa María Cristina de Borbon, Reina de España, en su fausto dia. —1831. —Soneto. 117

Don Mariano Rementería.

I. Á la llegada á España de la Reina, nuestra Señora.— 1829. —Soneto. 119
II. Romance. —1829. 120
III. Anacreóntica. — 1829.. 121
IV. Á los dias de nuestra augusta Soberana. — 1830. . . 122
V. Al feliz alumbramiento de la Reina, nuestra Señora. — 1832. — Soneto. 124
VI. Á la Reina, nuestra Señora, en la mejoría de su augusto Esposo y nuestro amado Soberano. — 1832.— Octavas.. 125
VII. Á la Reina, nuestra Señora, con motivo del cuadro regalado á la Real Academia de San Fernando. — 1833. — Soneto. 128

Don Juan Nicasio Gallego.

I. Al Rey, nuestro Señor, en el dia de su felíz enlace con la Serma. Princesa Doña María Cristina de Nápoles. — 1829. — Soneto. 129
II. Al fausto nacimiento de la Serma. Sra. Infanta Doña María Isabel Luisa. —1830.. 130

Don Mariano Larra.

Con motivo de hallarse en cinta nuestra muy amada Reina Doña María Cristina de Borbon. —1830. —Soneto. . . 139

Don Ventura de la Vega.

I. Al Rey, nuestro Señor, felicitándole por hallarse en cinta su augusta Esposa. — 1830.— Soneto. 141
II. A la Reina, nuestra Señora, Doña María Cristina de Borbon, en sus dias.— 1831. 142
III. Composicion leida en el teatro del Príncipe, la noche del 13 de Junio, en solemnidad de la promulgacion del Estatuto Real. —1834.. 144
IV. La Revelacion. —1835. 146
V. Á la Reina Gobernadora. —1835. —Soneto. 149
VI. En el acto de ir la Reina al palacio de las Córtes á

Páginas.

jurar la Constitucion, el 19 de Julio.—1837. 150

VII. Á la Reina Gobernadora Doña María Cristina de Borbon, visitando el Liceo artístico y literario de Madrid. —1838. 152

VIII. Barcarola cantada en la fiesta que dió S. M. en su Real Casino, el dia 24 de Julio de 1846, en celebridad de los dias de su augusta Madre Doña María Cristina de Borbon.—1846. 156

Don Agustin Durán.

I. Trovas en lenguaje antigo castellano, con motivo de la suspirada sucesion q'ofresce el Real tálamo de nuessos augustos Monarcas D. Fernando VII y Donna María Cristina.—1830. 159

II. Trovas á la Reina, nuestra Señora, por la salud recuperada de nuestro amado Monarca, su augusto Esposo, D. Fernando VII, y en celebridad de sus decretos.— 1832. 166

Don Mariano Roca de Togores, Marqués de Molins.

I. Á la Reina, nuestra Señora, en ocasion de la solemne entrega de banderas y estandartes con que honró su Real mano al ejército español, en el fausto primer cumpleaños de la Serma. Sra. Infanta Doña María Isabel Luisa.— 1831.—Oda. 177

II. Isabel I y Cristina.—1836.—Soneto. 184

Don Joaquin Francisco Pacheco.

Á la Reina, nuestra Señora, con motivo de sus decretos de 15 y 30 de Octubre.—1832. 185

Don B. Sebastian Castellanos.

Al próximo alumbramiento de la Reina, nuestra Señora.— 1832.—Anacreóntica. 197

Don Miguel de la Cámara Cano.

Al próximo alumbramiento de la Reina, nuestra Señora.— 1832.—Octava. 199

Don José de Elola.

Al cumpleaños de la Reina, nuestra Señora, Doña María Cristina de Borbon.—1832.—Soneto. 201

Don Adolfo Ribelle.

Á la Reina, nuestra Señora, por el benéfico decreto de am-

Páginas.

nistía.—1832.—Soneto. 203

Don Florencio Gomez Parreño.

Á la Reina, nuestra Señora, con motivo del decreto de amnistía dado el 15 de Octubre.—1832.—Soneto improvisado. 205

Don Eugenio de Tapia.

Al feliz alumbramiento de la Reina, nuestra Señora.—1832.—Octavas.. 207

Don Joaquin Perez Comoto.

I. Á Lucina. En el feliz preñado de la Reina, nuestra Señora, Doña María Cristina de Borbon.—1830.—Soneto. 213

II. A la Reina, nuestra Señora.—1832.—Oda. 214

Don José de Espronceda.—1831. 219

Don Leon Carbonero y Sol.

Á la Reina, nuestra Señora, con motivo de la apertura de las universidades.—1832.—Oda. 221

Doña María de Lagorda y Bachiller.

Al segundo y feliz alumbramiento de la Reina, nuestra Señora.—1832.—Octava. 225

Don José Elizondo.

Á la Reina, nuestra Señora.—1832.—Soneto. 227

Don Antonio Gil y Zárate.

Á la amnistía decretada por la Reina, nuestra Señora.—1832.—Oda. 229

Don Julian Romea.

Á S. M. la Reina Doña María Cristina de Borbon.—1832.—Oda. 235

Don Antonio Menendez.

1832.—Oda. 238

Don Pedro Galo Montero.

Endecasílabo.. 239

Don Calixto Boldun.

Soneto. 241

Don Alejandro Olivan.

I. Á la proclamacion de Isabel II en la Habana, llevando el estandarte Real D. Francisco de Arango.—1833.—Soneto. 243

II. En la Habana.—1833.—Soneto. 244

Páginas.

Don Mariano José Sicilia.
Himno eucarístico á la Reina de las Españas, Doña María Cristina de Borbon.—1833. 245
Don Antonio de Iza Zamácola.
En los dias de la Reina, nuestra Señora.—1833.—Octava. 249
Composiciones que se repartieron el 13 de Junio de 1834, en el teatro del Príncipe, en que asistió S. M. la Reina Gobernadora.
Don Rafael Carvajal.. 251
Don José María Diaz. 252
Don Pedro de Madrazo.
I. Al cuadro de la Sacra-Familia, pintado por S. M. la Reina Gobernadora, y expuesto en la Real Academia de San Fernando.—1835. 253
II. Á S. M. la Reina Madre Doña María Cristina de Borbon, en su feliz regreso á España. (Leida en el Liceo de Madrid.)—1844.—Oda. 264
Don Juan de la Pezuela, Conde de Cheste.
I. Despues de la batalla de Mendigorría.—1835.—Soneto. 271
II. Á la Reina Cristina, con ocasion de su vuelta á España.—1844.—Soneto. 272
III. Al mismo asunto.—1844.—Soneto. 273
Don Nicomédes Pastor Díaz.
Á S. M. la Reina Gobernadora Doña María Cristina de Borbon, en el acto de jurar la Constitucion de 1837.—1837. 275
El Duque de Rivas.
Soneto leido en el Liceo de Sevilla en la noche del 21 de Julio de 1838, dias de S. M. la Reina Gobernadora. . . 279
Don Gregorio Romero Larrañaga.
A Cristina.—1838.. 281
Don Patricio de la Escosura.
Á S. M. la Reina Gobernadora. Recuerdos de Cristóbal Colon.—1839. 287
Don Enrique Gil y Carrasco.
Recuerdos de la infancia. La niebla. (Dedicada á S. M. la Reina Madre.)—1839. 293
Don Santos Lopez Pelegrin.
El Poeta. (Dedicada á S. M. la Reina Madre.)—1839. . . 301

Páginas.

Don Jaime Morales Soler.

I. Á Doña María Cristina de Borbon, al abandonar las playas de Valencia, el dia 17 de Octubre de 1840. . . . 307

II. Á Doña María Cristina de Borbon, en su regreso á España y tránsito por Valencia, el dia 12 de Marzo de 1844.—Soneto. 310

III. 1844.—Oda. 311

Don José Olanier.

Á S. M. la Reina Madre, en su regreso á España.—1844. . 315

Don Juan Belza.

Á S. M. la Reina Doña María Cristina de Borbon.—1844.—Oda. 319

Don Agustin Salido.

La Vírgen de los Desamparados, que se venera en Valencia, á S. M. la Reina Doña María Cristina de Borbon, en su regreso á España.—1844.—Soneto. 325

Don Pelegrin García-Cadena.

I. Al deseado regreso de S. M. la Reina Doña María Cristina.—1844. 327

II. Al regreso de la Reina Doña María Cristina, los escolares de la universidad literaria de Valencia.—1844.—Oda. 333

Don Ramon de Campoamor.

I. Á la Reina Cristina, restauradora de las libertades pátrias, al partir para su destierro.—1840.—Oda. . . 337

II. Al regreso de S. M. la Reina Doña María Cristina de Borbon.—1843.—Oda. 340

Don Buenaventura Cárlos Aribau.

Á S. M. la Reina Doña María Cristina.—1844.—Oda. . . 343

Don Juan Arolas.

Á S. M. la Reina Madre Doña María Cristina.—1844.—Oda. 349

Don Pedro Sabater.

Á S. M. la Reina Doña María Cristina de Borbon. Homenaje de gratitud y amor de la juventud valenciana.—1844.—Escena. 353

Don Miguel Vicente Almazan.

1844.—Soneto. 363

Páginas.

Don Luis Lamarca.
1844.—Octavas. 365
Don Juan Sunyé.
Cántico.—1844.—Introduccion. 367
Don Javier de Búrgos.
Al feliz enlace del Rey, nuestro señor, con la Serma. Señora Princesa de Nápoles.—1829.—Oda. 371
Don Lorenzo Nicolas Quintana.
A S. M. la Reina Gobernadora Doña María Cristina de Borbon.—1832.—Soneto. 377
Don Pablo Piferrer.
A SS. MM. y A.—1840.—Romances en lenguaje antiguo. . 379
Don Manuel Milá.
En obsequio de SS. MM. Doña María Cristina de Borbon y Doña Isabel II.—1840.—Romances de los Reyes Católicos en Barcelona. 387
Don Joaquin Roca y Cornet.
A S. M. la Reina Gobernadora Doña María Cristina de Borbon.—1840.—Oda gratulatoria. 395
Don Antonio Ribot y Fontseré.
Al ídolo del pueblo español, la Reina Gobernadora.—1840. 401
Don Gaspar Bono Serrano.
En el cumpleaños de S. M. la Reina Madre.—1854.—Plegaria. 407

FIN DEL ÍNDICE.

MUSEO NACIONAL
DEL **PRADO**
Corona poética de
Doña María
Mad/393
1072798